

La percepción del territorio del norte de la Patagonia entre los funcionarios del virreinato del Río de la Plata a fines del siglo XVIII

Autor:
Enrique, Laura Aylén

Tutor:
Nacuzzi, Lidia Rosa

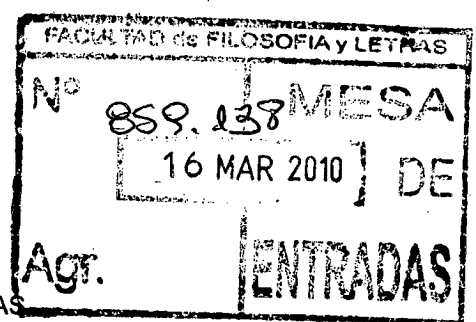
2010

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Licenciatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Ciencias Antropológicas

Grado



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DEPARTAMENTO DE CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS



Tesis
14-3-16

TESIS DE LICENCIATURA

**LA PERCEPCIÓN DEL TERRITORIO DEL NORTE DE LA PATAGONIA ENTRE LOS
FUNCIONARIOS DEL VIRREINATO DEL RÍO DE LA PLATA A FINES DEL SIGLO XVIII**

POR LAURA AYLÉN ENRIQUE

L.U. 29.784.959

DIRECTORA: DRA. LIDIA NACUZZI

**UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DEPARTAMENTO DE CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS**

CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

MARZO DE 2010

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| INTRODUCCIÓN | 3 |
| CAPÍTULO 1: ESTADO DE LA CUESTIÓN | 9 |
| CAPÍTULO 2: METODOLOGÍA Y FUENTES | 19 |
| PARTE 1: INDICIOS DE LA UTILIZACIÓN Y LA PERCEPCIÓN DEL TERRITORIO IMPLÍCITOS EN LOS RELATOS DE LOS EXPEDICIONARIOS | 40 |
| CAPÍTULO 3: UTILIZACIÓN DEL PAISAJE POR PARTE DE LOS VIAJEROS COLONIALES | 41 |
| CAPÍTULO 4: PERCEPCIONES DE LOS EXPEDICIONARIOS SOBRE LAS ESTRATEGIAS Y NEGOCIACIONES INDÍGENAS DESARROLLADAS A PARTIR DEL MANEJO DE SUS TERRITORIOS/RECURSOS | 57 |
| PARTE 2: RELACIONES DE PODER ENTRE LOS INDIOS Y LOS EXPEDICIONARIOS PLASMADAS EN EL PAISAJE | 72 |
| CAPÍTULO 5: LOS SENTIDOS DE LUGAR: CONOCIMIENTO DEL TERRITORIO, ESTRATEGIAS DE PODER Y REPRESENTACIONES IDENTITARIAS | 74 |
| CAPÍTULO 6: FRONTERAS COMO ESPACIOS DE NEGOCIACIÓN | 88 |
| CAPÍTULO 7: PAISAJES DE RESISTENCIA | 101 |
| CONSIDERACIONES FINALES | 115 |
| REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS | 120 |

AGRADECIMIENTOS

Esta investigación no habría sido posible sin la guía de la Dra. Lidia Nacuzzi, quien me orientó y leyó todas las versiones de este trabajo con suma paciencia y análisis crítico, permitiéndome aprender en cada paso.

El equipo de investigación del que formo parte en la Sección de Ethnohistoria de la Facultad de Filosofía y Letras me brindó su aliento constante y compartió mis ansiedades.

Agradezco también a Catalina Saugy, Juan Rozales y Félix Acuto, quienes desde sus diversos lugares me ayudaron a descubrir nuevos enfoques sobre la problemática.

Este estudio fue financiado parcialmente por la Universidad de Buenos Aires a través del otorgamiento de una beca de estímulo a la investigación durante el periodo 2008-2010 (Res. 4484/08 - 6812/09).

Agradezco a mi familia, que permitió que esto fuera posible apoyándome económica y emocionalmente. Cada uno a su forma, ha aprendido conmigo a hacer antropología.

A Agustín, que colaboró con el diseño de la presentación de la tesis y solucionó las complicaciones informáticas, pero fundamentalmente me brindó su apoyo y compañía.

A mis amigos, que no sólo se interesaron por el tema sino que también quisieron entender mis respuestas.

Gracias a todos por sus sucesivas lecturas de mis avances y sus comentarios al respecto, con los que me incentivaron a profundizar los interrogantes iniciales.

INTRODUCCIÓN

A partir de mediados del siglo XVIII, los gobiernos coloniales prestaron mayor atención al interior del territorio americano como consecuencia de la administración centralizada, la liberalización del comercio y el creciente interés por las producciones regionales de las políticas borbónicas. Asimismo, las potenciales amenazas extranjeras sobre las costas patagónicas fomentaron viajes exploratorios. Simultáneamente, en el ámbito pampeano, la progresiva extinción del ganado cimarrón impulsó el interés por ampliar el control territorial y reducir las pérdidas monetarias sufridas en los asentamientos fronterizos.

A fines del siglo XVIII la zona del norte de la Patagonia se encontraba bajo control indígena; no obstante, ofrecía relevancia también para la sociedad hispanocriolla. La región de Sierra de la Ventana, en particular, se constituyó como un centro estratégico de intercambio interétnico y cría de ganado indígena; mientras que la de Salinas Grandes se conformó como un importante núcleo de extracción de sal, un recurso muy apreciado por los blancos para el tratamiento de alimentos y por los indígenas para su comercio. Ambos sitios se vinculaban, además, al circuito mercantil que se conectaba con Buenos Aires por el este, con Chile por el oeste y con los tehuelches por el sur. Los españoles habían instalado en 1779 el Fuerte de Nuestra Señora del Carmen pocos años después de la creación del Virreinato del Río de la Plata, como un punto de avance y control recóndito.

Resulta interesante indagar acerca de los esfuerzos por conocer la región del sudoeste bonaerense y norte patagónico bajo dominio indígena en el período referido, a través de los diarios de viaje de las expediciones llevadas a cabo por las milicias gubernamentales, considerando las formas tradicionales españolas de controlar sus colonias mediante el establecimiento de nodos religiosos y militares. Pretendemos investigarlo porque consideramos que las formas en que esos funcionarios percibían los paisajes y los grupos indígenas que habitaban y dominaban ciertas regiones -que también revestían interés para la sociedad hispanocriolla-, nos permitirán esclarecer la presencia o no de estrategias gubernamentales de inclusión/exclusión de esas poblaciones en relación con el territorio. Particularmente, centramos el estudio en un área que trasciende los límites del avance militar en una época de descenso de la conflictividad interétnica, lo que supone variables en las cuales es preciso profundizar.

Hacia 1780, luego de la creación del Virreinato del Río de la Plata (1776), mermaron los enfrentamientos interétnicos, hasta un nuevo incremento en relación con las luchas independentistas chilenas de 1820. En dichas circunstancias de paz relativa, es posible examinar los modos de conocer y representar los territorios por la sociedad hispanocriolla más allá de lo que se expresaba formalmente como línea de fronteras. En este sentido, la "frontera" puede ser analizada como espacio de interrelaciones, ampliando sus primeras referencias como frente de avance militar. Así, las diversas significaciones que los grupos humanos otorgaban al medio que los rodeaba al vincularse entre sí serían reformuladas continuamente como construcciones sociales inmersas en contextos determinados. En consecuencia, las sociedades que interactuaban no podrían ser consideradas como mundos aislados; por lo cual resulta fundamental tener en cuenta la heterogeneidad intrínseca que las caracterizaba y las influencias mutuas que se revelaban como consecuencia de los múltiples contactos. Por esto, las representaciones sobre el paisaje no se hallarían escindidas de las percepciones acerca de los grupos sociales que lo habitaban.

Además, la consideración de un territorio bajo dominio indígena implica investigar los efectos de la presencia de las poblaciones nativas y las relaciones que se instauraban con ellas en las percepciones de los "blancos" sobre el paisaje. Con el objeto de indagar en la probable impronta de las relaciones interétnicas en las narraciones de los viajeros, es preciso resaltar los roles activos que asumían los grupos sociales que interactuaban. Por ello, más allá de abordar un periodo de relaciones pacíficas, consideramos las fronteras como espacios de luchas por otorgar sentidos a los territorios.

Nos propusimos como objetivos de la investigación, en primer lugar, rastrear en los relatos de los expedicionarios indicios de la utilización y la percepción de los territorios, buscando analizar y comparar las distintas formas de conocer y representar el territorio y sus habitantes producidas por las expediciones al sudoeste bonaerense a fines del período colonial. En segunda instancia, procuramos revisar las estrategias y negociaciones indígenas desarrolladas a partir del manejo de sus territorios/recursos en relación con la presencia de los funcionarios gubernamentales. Por último, nos planteamos el objetivo de identificar las influencias que las relaciones interétnicas pudieron haber generado en las representaciones del territorio por parte de los viajeros.

Un abordaje desde la etnohistoria permite estudiar la cuestión reconociendo una diversidad de actores sociales que comúnmente es invisibilizada por categorías

históricas tradicionales, que homogeneízan a los pobladores desdibujando las diferencias específicas. Además, el enfoque etnohistórico posibilita un enriquecimiento mutuo con respecto a perspectivas inscriptas dentro del marco teórico de la Arqueología del Paisaje que postulan al espacio como un sistema histórico y político que se construye socialmente, recuperando la unidad naturaleza-cultura, que se vincula con la concepción nativa. Así, proponemos un examen de las formas en que las expediciones gubernamentales dan cuenta de su percepción del paisaje y sus habitantes. En este sentido, procuramos evitar que la investigación se circunscribiera meramente al uso de los recursos disponibles, dado que, con frecuencia, los trabajos sobre la utilización del espacio se centran sólo en los aspectos materiales.

El esquema del escrito comprende, luego de la Introducción, el capítulo 1 donde se abordó el estado de la cuestión hasta el momento, dando cuenta de trabajos que consideraron tanto las políticas territoriales coloniales españolas en general, como distintas aproximaciones a la noción de frontera. Asimismo, en dicho apartado hacemos foco en investigaciones sobre las circunstancias específicas del Virreinato del Río de la Plata, y en particular, del establecimiento situado en el río Negro, Nuestra Señora del Carmen. Por otro lado, examinamos estudios que han pretendido aproximarse a perspectivas indígenas, especialmente, los referidos a los modos en que los indígenas utilizaban los territorios y sus estrategias al respecto, los cuales han enfatizado el rol activo de dichos actores sociales. Por último, hacemos referencia a escritos que se centran en las percepciones sobre cómo se usa y representa el paisaje, entre ellos, los que partieron de un punto de vista arqueológico.

En el capítulo 2, referido a la metodología y las fuentes utilizadas, detallamos las diversas interpretaciones que se han dado a conceptos como paisaje, territorio, y espacio. Señalamos las dificultades frente a las que nos encontramos como consecuencia de basarnos en documentos publicados e inéditos, y analizamos el contexto socio-histórico en el que estos fueron escritos a fin de comprender las circunstancias que afectaban y condicionaban las representaciones de los expedicionarios gubernamentales sobre los "otros" y su territorio. En este sentido, atendemos a las relaciones de los expedicionarios con sus superiores de rango, ya que en su condición de militares las disputas internas podrían afectar las percepciones sobre el paisaje.

El capítulo 3 sobre los indicios de la percepción y utilización del territorio se refiere a las formas de comprender el paisaje por parte de los funcionarios. Analizamos el uso de determinados topónimos, la presencia de datos para futuros viajeros, de detalles sobre ciertos recursos y las dificultades que se les presentaron debido al desconocimiento del terreno.

En el capítulo 4 consideramos la percepción hispanocriolla de las estrategias de los grupos indígenas para manejar sus recursos y territorios, partiendo de un interés por abarcar diversas modalidades teniendo en cuenta la heterogeneidad de las sociedades que habitaban el sur bonaerense y el norte patagónico. Prestamos atención a la utilización de determinados recursos de importancia tanto para los indios como para los hispanocriollos así como también al conocimiento diferencial del territorio por los distintos grupos que este uso reflejaba.

En el capítulo 5, abordamos las relaciones de poder que se plasmaban en el uso y percepción del paisaje, teniendo en cuenta los roles activos asumidos tanto por los indígenas como por los hispanocriollos. El concepto de "lugar" de Agnew -explicitado por Oslender (2002)- y los aportes de Rose (1995) nos permiten acercarnos a los estrechos vínculos entre las conformaciones identitarias y las percepciones sobre los lugares.

En el capítulo 6 estudiamos las fronteras como espacios de negociación y resistencia reconociendo las luchas de sentidos en la construcción de los paisajes en disputa. Sostenemos que las relaciones de poder entre los grupos se manifestaban en las actividades desarrolladas en el territorio y en los modos de representar el paisaje, dando cuenta de ciertas estrategias indígenas e hispanocriollas para obtener beneficios particulares.

En el capítulo 7 indagamos acerca de cómo se expresaban esas relaciones de poder teniendo en cuenta la noción de "espacialidad en resistencia" de Oslender (2002) a fin de comprender en mayor medida las alternativas que formaron parte de la historicidad presente en el paisaje. En ese sentido, estudiamos las interacciones entre grupos que reflejaban situaciones de desconfianza mutua y reflexionamos sobre las consecuentes negociaciones que les permitían evitar perjuicios en su contra, a partir del concepto de "límites de la resistencia" de Luiz (2006).

Por último, en las Consideraciones finales retomamos las diversas conceptualizaciones acerca del paisaje y los sentidos de lugar, buscando ofrecer una síntesis general de la investigación realizada. Sostenemos que los indígenas utilizaban el conocimiento sobre el territorio como una herramienta que les otorgaba

poder
saber

poder al tiempo que los expedicionarios hispanocriollos elaboraban sus relatos de viaje como instrumentos de saber. Asimismo, el análisis crítico de ese paisaje heterogéneo -que fue progresivamente homogeneizado después del siglo XVIII- nos incita a reflexionar sobre posibles perspectivas de estudio a futuro.

CAPÍTULO 1: ESTADO DE LA CUESTIÓN

Resulta factible delinear ciertos ejes transversales en la producción académica en la cual surge la problemática de los modos de representar el territorio y las poblaciones del sudoeste bonaerense por las expediciones gubernamentales a fines del período colonial.

En primer lugar, pueden considerarse las investigaciones sobre las políticas territoriales que, a nivel general, fueron llevadas a cabo por la Corona en sus dependencias de ultramar. Weber (1998) expuso que la dinastía borbónica transformó a mediados del siglo XVIII los modos españoles tradicionales de controlar a los indígenas mediante militares y religiosos, otorgando relevancia al comercio en la administración -como en las colonizaciones inglesa y francesa-. Según el autor, ante la ausencia de amenazas extranjeras directas sobre el territorio los indígenas de América del Sur se habrían visto obligados a someterse a relaciones desfavorables con respecto a la Corona. Por el contrario, los nativos de América del Norte habrían podido obtener beneficios estableciendo alianzas con las distintas potencias mundiales.

Previamente, Weber (1990) había sintetizado los aportes de Turner y Bolton, pioneros en la conceptualización de las fronteras en el ámbito norteamericano¹. El autor sostenía que era preciso considerar a "las personas y sus motivos en ambos lados de la frontera" (Weber 1990: 70) si se pretendía comprenderla, ya que la frontera representaba la interacción entre dos culturas diferentes donde tanto el entorno humano como el geográfico eran relevantes. Al respecto, White (1991) propuso el concepto de "*middle ground*" para dar cuenta de los procesos que se llevaban a cabo en la situación de frontera, al estudiar las relaciones entre franceses y algonquinos. White advertía que la noción de indios como *salvajes* había perdurado a pesar de los procesos de interacción y creación del "*middle ground*" producto de las respuestas que las distintas partes habían tenido ante las nuevas circunstancias en su búsqueda por lograr sus respectivas metas. Así, el fenómeno del "*middle ground*" habría surgido de los encuentros diarios entre los individuos

¹ Weber (1990) cuestionó la escasa rigurosidad de Turner para definir los conceptos, dado que "frontera" significaba, en distintas ocasiones, un lugar, un proceso o una condición, y criticó la escasa y poco explicitada influencia de las contribuciones turnerianas en los estudios sobre las fronteras hispanas de Norteamérica. Según él, Bolton -el fundador de la *escuela de la frontera*- había considerado las misiones en las fronteras hispanoamericanas coloniales como organismos tanto de la Iglesia como del Estado, ya que, además de cristianizar la frontera, habrían servido para expandirla, dominarla y civilizarla.

buscando soluciones a las nuevas controversias, más que de los acuerdos formales; y mostraría elementos de ambas culturas, pero que no corresponderían enteramente a ninguna. Como en el caso del norte de la Patagonia, las relaciones entre los franceses y los algonquinos eran frecuentemente negociadas cara a cara, y las decisiones oficiales podían no determinar el curso de las circunstancias.

Más recientemente, Boccara (2005) señaló que era preciso pensar la frontera como un espacio transicional, permeable y fluido para personas y objetos, al tiempo que como una construcción retórica, material e ideológica para poder indagar en las percepciones del mundo indígena que implicaba. El autor subrayó la importancia de comprender las representaciones de las autoridades coloniales acerca de esos espacios ya que “los sistemas de clasificación, las tipologías y representaciones del paisaje étnico-político que los europeos elaboran constituyen un elemento central en la construcción de la frontera como frontera” (Boccara 2005: 46). Pensamos que en este contexto las fronteras pueden plantearse como espacios de luchas por otorgar sentidos a los territorios, superando sus primeras conceptualizaciones como línea de avance.

En segunda instancia, observamos diversos estudios acerca de la problemática interétnica de fines del siglo XVIII en la región del Virreinato del Río de la Plata - creado en 1776- en particular. Al respecto, Pinto Rodríguez (1996) sostuvo que los agentes de poder de la propia sociedad indígena reproducían los mecanismos de dominación impuestos por el invasor y destacó el surgimiento de mediadores étnicos desde el interior de los grupos nativos que buscaban incrementar su poder. Dicho autor advirtió que durante el siglo XVI, se llevó a cabo una conquista de sujetos y no de territorios, a través de un doble proceso de construcción de sujetos excedentarios y cristianos desarrollado por el proyecto colonial. A este proceso también se refirió Quijada (2002b), al afirmar que el interés por convertir a los indios en ciudadanos productivos y sumisos a la doctrina cristiana habría generado una ciudadanización que posibilitó la invisibilización a la que posteriormente fueron expuestos los grupos indígenas². El comercio habría funcionado como fomento de relaciones pacíficas y “civilizatorias” hacia los indios, en el marco de una “sociedad móvil, permeable, compleja y mestizada” (Quijada 2002a: 137). En este contexto, la frontera era percibida, tanto por la sociedad hispanocriolla como por la indígena, como una línea

² Además, Quijada (2002a, 2002b) señaló que las bulas papales y el Tratado de Tordesillas habrían constituido los fundamentos que legitimaron el accionar de los gobiernos en relación con el territorio - que catalogaron las tierras como “realengas” durante la época colonial, y como “públicas” después de la independencia-.

cruzable en el espacio horizontal, que era transgredida por ambos grupos – coincidiendo con lo expresado por Weber (1998)-.

Por su parte, Gelman (1997b) comparó el mundo agrario bonaerense de fines del siglo XVIII con el de la primera mitad del siglo XIX, explicitando el contexto de expansión del mundo rural rioplatense de fines del periodo colonial -que fomentó la producción agrícola y ganadera diversificada-, dentro del cual se hallaban inmersos los autores de la correspondencia y de los diarios de viaje disponibles para abarcar nuestra problemática. Según Gelman, la escasa preocupación del Estado colonial por el problema rural regional se veía reflejada en el interés por mantener la paz con sus adyacencias y, consecuentemente, las modalidades de ocupación del territorio permanecían indefinidas³. Este trabajo nos ha incitado a reflexionar acerca de la importancia del control de las tierras por los indios y la idea de “desierto” como una categoría espacial basada en criterios étnicos -abordada por autores como Palermo (1988), Mandrini (1992), Wright (1998), Luiz (2006)-, que luego será retomada.

Por otro lado, pueden observarse los estudios acerca del caso específico del Fuerte del Carmen -fundado en 1779- como la primera ocupación por parte de la sociedad blanca en el territorio patagónico, muy distante de la línea de fronteras establecidas en ese entonces. Los primeros trabajos al respecto fueron los de Entraigas (1960) y Gorla (1985), quienes abordaron la temática desde una perspectiva fundamentalmente historicista. Más tarde, Bustos (1993) se refirió al circuito de intercambio que vinculaba al establecimiento del río Negro con la zona de la sierra de la Ventana, enfatizando en la importancia del ganado y de la sal en las negociaciones interétnicas. En concordancia con Pinto Rodríguez, señaló que a nivel local en la fortificación, las normativas gubernamentales no eran cumplidas por la conveniencia de no crear dificultades con los indígenas. También Nacuzzi (1998) abordó las relaciones entre las identidades étnicas, el cacicazgo y la territorialidad en la región del Fuerte del Carmen, utilizando una perspectiva etnohistórica. Las fuentes principales en las que se basó fueron los diarios y la correspondencia de Viedma, y analizó el diario del piloto Zizur referido a la zona serrana publicado por Vignati (1973). Nacuzzi señaló la importancia del uso de los recursos y el conocimiento del territorio en la región de Ventania, a la vez que instó a considerar el área de Salinas Grandes en función de la importancia del recurso salino en los intercambios.

³ Desde el punto de vista de Gelman (1997b), en 1810 el Salado aún permanecía como una barrera para la expansión del mundo agrario hispanocriollo, ya que a pesar de los avances “blancos” el dominio territorial continuaba siendo ejercido por los grupos indígenas.

En tercera instancia, resulta preciso considerar los trabajos que ahondan en detallar los distintos grupos indígenas dando cuenta de su heterogeneidad, contraponiéndose a las posturas tradicionales homogeneizadoras. En este sentido, los aportes de Quijada (2002c), Irurtia (2002), Nacuzzi (1998, 2005, 2007, 2008), y Nacuzzi *et al.* (2008) mostraron la relevancia de los análisis a nivel micro de fuentes documentales como una forma de replantear etnónimos generalizados por la historiografía y aproximarse a las estrategias indígenas.

Quijada (2002c) postuló que los estudios de las dos últimas décadas habían logrado superar la dicotomía estereotipada de dominador/dominado; no obstante, aún habría sido escasamente estudiada la inserción de los nativos dentro de las estrategias de la sociedad “blanca” y la acción de los funcionarios locales, y todavía se desconocían en gran medida las influencias cotidianas y la óptica indígena acerca de los contactos. En este sentido, Irurtia (2002) estudió la visión de los indígenas sobre los hispanocriollos en el norte de la Patagonia en los siglos XVIII y XIX, indicando la influencia del Fuerte del Carmen hasta la sierra de la Ventana y los cursos medio e inferior de los ríos Colorado y Negro. La autora advirtió que las estrategias de amenaza y de constitución de alianzas utilizadas por los indios habrían tenido como objetivo lograr que los “blancos” se sintieran menos seguros, y que los esfuerzos por forjar compromisos habrían estado vinculados al interés por conocer a los europeos y obtener ventajas en los contactos.

Nacuzzi (2005) consideró ciertas denominaciones utilizadas tradicionalmente en relación con los grupos indígenas norpatagónicos, concluyendo que aquellos que Falkner había llamado “chechehets” podrían corresponderse con quienes habitaban en las sierras de Buenos Aires a fines del siglo XVIII. Más tarde, Nacuzzi (2007) indicó que la historiografía tradicional había tendido a englobar los etnónimos mencionados bajo los rótulos de ‘tehuelches’ o ‘patagones’ (hasta el río Colorado) y ‘mapuches’ o ‘araucanos’ (en la Pampa como tierra franca). Según la autora, las interacciones dentro del espacio común generado entre indígenas y europeos mostraban reformulaciones en los usos de espacios conocidos, e incluso, la emergencia de nuevos espacios: la cercanía de otras poblaciones habría llevado a una readaptación de las pautas económicas de los diferentes grupos en función de la demanda de bienes.

Luego, en un trabajo presentado en conjunto por Nacuzzi, Lucaioli y Nesis (2008) se propuso un análisis comparativo entre los grupos indígenas de Pampa-Patagonia y el Chaco austral desde la mitad del siglo XVIII, lo cual nos permitió comprender en

un contexto mayor las problemáticas de la región que investigamos. Tanto en esta investigación como en la mencionada previamente, se planteó el nomadismo como una estrategia económica no restringida a las actividades de caza, enfatizando en la alta previsibilidad que tenían los grupos de sus movimientos, identificando sitios con determinados nombres y planificando la obtención de ciertos recursos.

Recientemente, Nacuzzi (2008) retomó sus propias propuestas acerca del cacicazgo en el norte de la Patagonia y la Pampa a fines del siglo XVIII, y propuso que las sociedades indígenas estuvieron organizadas social y políticamente de forma compleja, contraponiéndose a la idea de que éstas se habían complejizado en contacto con los europeos, explicada mediante la noción de "sesgante efecto" por Bechis (2008).

De la misma forma, a fin de abordar los roles activos asumidos por los grupos de Pampa-Patagonia, fue preciso considerar los aportes de Crivelli Montero (1991) quien dio cuenta de ese protagonismo examinando particularmente la estrategia de malonear como un modo indígena para presionar a la metrópoli a fin de favorecer el comercio por medio de acuerdos de paz. El autor cuestionó el móvil del robo de ganado, pensado desde la historiografía para legitimar ocupación de tierras aborígenes y dar tono de salvajes ladrones de ganado sin planificación a largo plazo. Crivelli Montero intentó acercarse a la perspectiva indígena mediante el análisis etnohistórico enmarcado en la época y región de mi interés, lo cual nos permitió aproximarnos a un análisis de diversas estrategias de movilidad.

También, resulta fundamental exponer los estudios de Palermo (1986, 1988), Mandrini (1986, 1992, 1997), Nacuzzi (1991), Nacuzzi y Pérez de Micou (1994) e Irurtia (2006) que indagaron en los modos en que la sociedad indígena utilizaba y percibía el territorio. De esta manera, podrían conocerse los nexos que, posiblemente, influyeron en las representaciones de los viajeros sobre el espacio.

Palermo (1986) subrayó la importancia que tuvo el ganado vacuno y ovino con relación a los cambios económico-sociales, limitando la del caballo; y advirtió que era preciso entender el ganado como un bien de cambio y no sólo como uno de consumo. Palermo (1988) otorgó relevancia al control de las llanuras pampeanas como un importante centro de abastecimiento de ganado vacuno y caballo en la regulación del comercio desde el siglo XVII. Remarcó la autonomía y el control del espacio por parte de los grupos indígenas más allá de los contactos con el mundo colonial, presentando la modificación de las pautas de consumo como consecuencia de procesos de selección propios. De la misma manera, Mandrini (1986, 1992, 1997)

rechazó la idea de la sociedad “blanca” y la indígena como mundos aislados, presentando la expansión territorial bonaerense como estrechamente relacionada a las actividades pecuarias de la élite provincial y a los períodos de mayor conflictividad con los indígenas. El autor ubicó uno de estos auges en los enfrentamientos interétnicos a principios de 1780 -época en la que situamos nuestro estudio-, como resultado de los roces generados por la mayor proximidad.

Al considerar las relaciones interétnicas de los grupos nativos del sur bonaerense, fue fundamental tener en cuenta el circuito mercantil que los vinculaba por el este con Buenos Aires, por el oeste con Chile y por el sur con los Tehuelches, con relación al cual Mandrini (1986) había planteado la existencia de dos circuitos económicos nativos: el “del ganado” -para intercambio- y el “doméstico o comunal” -de subsistencia-. Asimismo, había aludido a la importancia de los tejidos -incorporados por influencia araucana- como medio de suplir necesidades internas y de permuta, y a la amplia difusión de los cultivos entre comunidades “araucanizadas” de las llanuras bonaerenses, ya integradas al circuito económico a mediados del siglo XIX.

Mandrini (1992) criticó la reducción de la problemática a la idea de “ocupación” del territorio y postuló que esta perspectiva concebía a la frontera como un espacio vacío, centrando el interés, únicamente, en la sociedad que estaba surgiendo. El autor cuestionó, además, el mito del “nomadismo”, explicando la alta movilidad como determinada por la circulación de ganado y postulando al comercio como eje de las relaciones sociales. De manera similar, Mandrini (1997) explicó la supervivencia del núcleo ganadero especializado centrado en la región interserrana de Tandil y Ventania debido a que aseguraba, como otras economías semejantes, la provisión de otros productos, especialmente agrícolas y artesanales, a los grupos indígenas para autosustentarse y comerciarlos. El autor señaló como fundamental el control de pastos, aguadas y rutas para el fortalecimiento de las jefaturas del siglo XIX.

Tanto Palermo como Mandrini encontraron en la idea de “desierto” una legitimación de la apropiación de tierras por parte de la sociedad hispanocriolla, así como también una implícita noción de nómades que sólo recorrían el espacio pero no lo controlaban y/o de los grupos indígenas como obstáculos y enemigos, lo cual habría dificultado comprender en profundidad el funcionamiento de la sociedad indígena. En un sentido semejante, Wright (1998) analizó los cambios en el discurso oficial argentino en el uso de la categoría de “desierto” a través de fuentes de primera mano, en relación con las políticas de interpretación necesarias según las

circunstancias. Comparó la situación de Pampa-Patagonia con la chaqueña y, siguiendo a Bonfil Batalla (1972), presentó a los vocablos "indio" y "desierto" como categorías del encuentro colonial, donde la primera era condición de posibilidad de la segunda.

Por su parte, Nacuzzi (1991) caracterizó el nomadismo de los grupos tehuelches del norte y del sur en el periodo comprendido entre 1770 y 1870, advirtiendo que la cuestión de la utilización de los territorios por los distintos grupos étnicos era oscurecida por la caracterización de los mismos como "cazadores-nómades". Nacuzzi y Pérez de Micou (1994) estudiaron los vínculos entre las rutas indígenas y el aprovisionamiento de recursos económicos por parte de los grupos cazadores-recolectores entre los ríos Negro y Chubut durante el siglo XIX, con el objeto de profundizar el conocimiento sobre su economía y sus relaciones interétnicas. Las autoras consideraron la ruta en el sentido de un itinerario, un camino que describía los lugares que recorría, razón por la cual en sí misma se constituía como un territorio de explotación, donde podía observarse la relación entre los paraderos y la oferta de recursos.

El trabajo de Irurtia (2006) acerca de la perspectiva de los indígenas patagónicos y sus relaciones con ciertos "seres sobrenaturales" del paisaje estuvo focalizado en el siglo XIX. La autora señaló que la percepción de la geografía vinculada a las propias experiencias constituía una "construcción social" en la cual resultaban relevantes los factores históricos -como la ocupación territorial- y planteó la necesidad de investigar fenómenos comparables en el transcurso del siglo XVIII.

Además, existen trabajos que analizan las percepciones hispanocriollas acerca de la utilización y representación del territorio como el de Villar (1993), el ya mencionado de Wrigth (1998), y el de Luiz (2006). A través de un estudio etnohistórico centrado en el siglo XIX, Villar (1993) examinó la situación de creciente pugna entre dos patrones de ocupación del espacio y sus progresivas transformaciones determinadas por el desarrollo de la política económica europea en la región pampeana. A medida que el área de control "blanco" se ampliaba y consolidaba, incorporando territorios con la instalación de establecimientos ganaderos resguardados por grupos armados, el área de dominio indígena se restringía simétricamente: por ello el autor distinguía entre "frontera" y "tierra adentro", remarcando la ignorancia "blanca" con respecto a esta última, principalmente cuanto mayor era la distancia hacia el oeste y el sur.

Desde el punto de vista de Luiz (2006), así como las ideas de *bárbaro-infiel-salvaje* fueron utilizadas para caracterizar negativamente a los grupos resistentes al dominio colonial, el conceptualizar a la región como una tierra inhóspita condicionó los modos de interpretar y apropiarse de ese espacio. Paradójicamente, "en las representaciones del espacio patagónico coexisten así las imágenes del 'desierto' y las valoraciones sobre la riqueza natural, la fascinación y el temor por lo extraño" (Luiz, 2006: 272). La autora consideró ciertos aspectos en las fuentes de primera mano que investigamos -en particular los diarios de Villarino- y dio cuenta de los aportes al conocimiento del territorio de Falkner, Cardiel y de un mapa elaborado por Juan de la Cruz Cano y Olmedilla previos al periodo que investigamos, lo cual nos permitió contextualizar nuestras fuentes de primera mano más adecuadamente. Según Luiz, los documentos con los que trabajó permitirían aproximarse a las maneras en que el mundo indígena era percibido, teniendo en cuenta la utilización de determinados etnónimos y topónimos impuestos por otros o creados para identificarse a sí mismos frente a los demás. Sin embargo, Luiz no profundizó el análisis en dicho sentido, aunque realizó un importante aporte sobre los mapas como representaciones gráficas de los modos de conocer que tenían los españoles.

Desde una perspectiva arqueológica, diversos enfoques analizaron los usos del espacio otorgando relevancia al contexto (Bender 1993, Rose 1995), y especialmente a la influencia de la conceptualización occidental del paisaje (Hirsch 1995, Ingold 2000). Así, Bender (1993) planteó que las relaciones sociales se volvían crecientemente dependientes de las estructuras psíquicas pre-establecidas a las cuales la gente tendría distinto acceso. Además, el paisaje sería polisémico, nunca estaría inerte, la gente se comprometería con él, lo re-trabajaría, lo apropiaría y lo cuestionaría. Desde un punto de vista similar, Rose (1995) relacionó los sentidos de lugar con la identidad, ya sea mediante cierta identificación, una contrastación con lo entendido como "hogar", o de manera irrelevante con relación a cómo la gente se identificaba a sí misma. El autor consideró que los sentidos de lugar se expresaban a través de distintos medios y se establecían a escalas geográficas diferentes, que podían cruzarse. Así, las mismas ubicaciones podían ser interpretadas mediante distintos sentidos de lugar, con lo cual estos últimos podían desarrollarse como un cambio en el sentido de lugar dominante. Según Rose, los sentidos de lugar podían volverse más intensos cuando eran percibidos como bajo amenaza, lo cual fue posible observar en las situaciones que investigamos, ya que los contactos interétnicos se daban en territorios indígenas.

Hirsch (1995) advirtió acerca de la necesidad de interrogarse sobre las propias ideas sobre el paisaje concebidas desde Occidente, teniendo en cuenta que los paisajes surgirían de procesos culturales. También Ingold (2000) advirtió que en la conceptualización occidental del paisaje se entendía la producción como una acción *sobre* la naturaleza, e indagó en cómo la gente no-occidental percibía sus relaciones con las plantas y animales domesticados tomando a la sociedad humana como una versión a escala reducida de la sociedad de la naturaleza. El autor notó que en estos casos el hombre se transformaba a sí mismo al transformar la naturaleza, es decir, la naturaleza no era entendida como una superficie material sobre la cual se inscribía la historia humana, sino que la historia sería el proceso en el cual la gente y sus medioambientes eran.

Por su parte, Potteiger y Purinton (1998) concibieron al paisaje como una narrativa, que creaba un sentido de experiencia al ofrecer formas de conocer y configurar los paisajes no típicamente reconocidos. Desde la perspectiva de estos autores, las narrativas estaban implícitas en los paisajes, inscriptas por procesos naturales y prácticas culturales, y nosotros interpretaríamos los lugares a través de estas narrativas, por ello los paisajes ofrecerían la potencialidad única de emplear las narrativas como una parte integral de los procesos culturales y naturales en curso. En este sentido, resulta fundamental reconocer la potencialidad de las fuentes etnohistóricas para un enriquecimiento mutuo de la perspectiva arqueológica y la Etnohistoria.

Por otro lado, en el marco particular de la Arqueología del Paisaje, cuyos fundamentos ha sintetizado Criado Boado (1995), aparecen diferencias sutiles en cuanto al uso de los conceptos de "espacio" y "territorio", aunque en todos los casos se refieren al mismo proceso de construcción social de los mismos. Este enfoque ha postulado que el territorio y las representaciones sobre el mismo reflejaban procesos sociales condicionados históricamente. Así, Criado Boado presentó el espacio como un concepto contextual que daría cuenta de un sistema histórico y político, una construcción social, en movimiento continuo, enraizado en la cultura. Planteó que los efectos de los procesos sociales se reflejaban espacialmente y la percepción era determinada socialmente, de modo tal que los procesos de construcción del paisaje social podían ser reconocidos observando el impacto humano sobre el medio⁴.

⁴ Según Criado Boado (1995), concebir el paisaje como "naturaleza-para-explotar" reduciría el espacio al territorio, razón por la cual resultaría necesaria una revalorización cultural del espacio, recuperando la unidad naturaleza-cultura. Según este autor, el ambiente reflejaba las diversas

Dentro de este marco de referencia, Curtoni (2000, 2004) planteó modelos para comprender la zona oeste de la región pampeana, habitada por grupos ranqueles que se vinculaban con los pobladores del sur bonaerense; y propuso la noción de “espacialización” como construcción del paisaje, según determinada lógica cultural de intervención en el espacio. Según su perspectiva, la relación entre los grupos y su entorno se instauraría a través de la “ordenación diferencial del paisaje” mediante conexiones emocionales que se establecerían en el espacio con el pasado personal y colectivo. De esta forma, las personas serían “localizadas” según sus lugares cotidianos de hábitat, lo cual podemos observar, por ejemplo, en las referencias a los “pampas” como un grupo homogéneo identificado históricamente por su ubicación geográfica.

Finalmente, los aportes de Bayón y Pupio (2003) resultan fundamentales ya que buscaron realizar un modelo de la ocupación del espacio del área rural del partido de Bahía Blanca -sudoeste bonaerense-, aunque en un periodo posterior al de nuestra investigación, entre 1865 y 1879, otorgándole importancia a la zona de Salinas Grandes. Bayón y Pupio señalaron la relevancia del camino entre el Fuerte del Carmen y Buenos Aires -que servía para transportar todo tipo de bienes- y se refirieron a una espacialidad coercitiva planteada por el Estado, que habría generado un paisaje rural altamente complejo y una amplia diversificación de los asentamientos hispanocriollos.

En el contexto expuesto, la presente propuesta de analizar los modos en que las expediciones gubernamentales al sur bonaerense y norte patagónico buscaban conocer los territorios y las representaciones de los mismos que los viajeros relataban, pretendió suplir el vacío dejado por el enfoque histórico tradicional fundamentalmente homogeneizante, así como también el énfasis de otros estudios en los grupos indígenas. Consideramos que resultaría enriquecedor complementar las perspectivas de la Etnohistoria y de la Arqueología del Paisaje para ahondar en los vínculos que se establecían entre los expedicionarios y los pobladores indígenas a fin de analizar sus influencias mutuas en las percepciones sobre el territorio y sus habitantes.

estrategias de visibilización social dada la estrecha relación estructural en las apropiaciones del espacio entre pensamiento, organización social, subsistencia y concepción-utilización del ambiente.

CAPÍTULO 2: METODOLOGÍA Y FUENTES

En primera instancia, resulta relevante señalar que los términos “territorio”, “espacio” y “paisaje” no son concebidos del mismo modo por todos los autores analizados. Como ya se ha explicitado previamente -en las referencias a Criado Boado (1995) y Curtoni (2000, 2004), por ejemplo-, el marco teórico de la Arqueología del Paisaje entiende al espacio como una construcción social y sería erróneo reducirlo al territorio pensándolo como “naturaleza-para-explotar”. En este sentido, la territorialidad y el territorio constituyen relaciones sociales con manifestaciones físicas⁵, como sostiene Nacuzzi (1998: 237): “el tema de la territorialidad se enlaza fuertemente con el de los límites étnicos, es una cuestión geográfica que deviene en una cuestión social”.

De la misma manera, el concepto de paisaje puede dar lugar a malentendidos al vincularlo únicamente a lo geográfico, dejando de lado las cuestiones culturales producto de las interacciones humana que lo conforman. Desde el punto de vista de Ingold (1993), el tiempo y el paisaje son puntos esenciales de contacto entre la arqueología y la antropología. En su intento por superar la dicotomía entre las perspectivas naturalista y culturalista sobre el paisaje, propuso una *dwelling perspective*, según la cual el paisaje sería un registro permanente de las formas de vida de generaciones pasadas que vivieron en él⁶. Según este autor, podrían dibujarse fronteras de varios tipos en el paisaje, e identificarlas con rasgos naturales -como el curso de un río o una escarpada- o con estructuras construidas -como muros o vallas-. El paisaje sólo podría volverse un límite, o un indicador de una frontera, en relación con las actividades de la gente que lo reconoce y experimenta como tal.

De modo semejante, Bayón y Pupio (2003) señalaron que el estudio del paisaje permitiría la articulación teórica de los registros propios de la historia -documental- y

⁵ Desde el punto de vista de Curtoni (2002, 2004), la territorialidad y el territorio serían relaciones sociales activamente construidas por los actores en el contexto. En particular, el territorio sería la manifestación de un modo de pensar, con una doble dimensión física y social, que implicaría acción sobre el paisaje, sociabilidad y temporalidad.

⁶ Para el autor, el paisaje cuenta -y a veces es- una historia; es cualitativo y heterogéneo a diferencia de la tierra (*land*); pero no es naturaleza, pensado como algo externo, ni tampoco la humanidad contra la naturaleza. El paisaje se vuelve una parte de nosotros al tiempo que nosotros somos parte de él. El paisaje no es espacio: en el paisaje, la distancia entre dos puntos es experimentada como un movimiento en el que cambian progresivamente las perspectivas. Con el espacio, los significados están adjuntados al mundo, con el paisaje son recolectados de él.

de la arqueología -material-. Así, consideraron que el paisaje cultural⁷ como producto de la "interacción, incluye el ambiente construido a través de elementos fijos, semi-fijos y no fijos. Estos componentes expresan la organización espacial y, por lo tanto, el esquema cognitivo y el sistema de significados de los actores sociales" (Bayón y Pupio 2003: 346).

Por otra parte, el análisis de Oslender (2002) nos permitió considerar un concepto de espacio político y saturado de una compleja red de relaciones de poder/saber que se expresaban en los paisajes. Según este autor, el espacio estaría constituido por la interacción dinámica entre lo local y lo global, lo individual y lo colectivo, y la resistencia y la dominación. Oslender se basó en una perspectiva de lugar -en el sentido de Agnew (1987)- que facilitaría una visión más integral de los procesos organizativos, y en los estudios de Lefebvre (1991) para plantear la noción de "espacialidad de resistencia" que nos resultó de suma utilidad, más allá de que su investigación se haya referido a la construcción de etnicidad de movimientos sociales contemporáneos -en particular, las comunidades negras colombianas-.

En otro orden de cosas, consideramos relevante dar cuenta de las dificultades halladas al investigar utilizando fuentes etnohistóricas de primera mano, tanto editadas como manuscritos. Reconocimos la existencia de los tres conjuntos de problemas advertidos por Nacuzzi (2002) a tener en cuenta en el trabajo de archivo: 1) qué tipo de papeles existen para el tema de interés y dónde se encuentran; 2) la necesidad de realizar una crítica textual y contextual de los mismos; y 3) cómo llegar a obtener datos confiables a partir de esos documentos. La autora propuso una lectura "entre líneas" de las fuentes históricas disponibles "buscando información sobre temas para los cuales esos papeles no fueron escritos especialmente" (Nacuzzi 2002: 240). Desde su punto de vista, sería preciso realizar un trabajo de comprensión doble: obtener datos sobre personajes generalmente relegados en las fuentes como los indígenas, y aproximarse a la lógica de quien escribió el documento⁸. En este sentido, Roulet (2004: 343) sostuvo que los documentos "no son neutros ni objetivos, sino que sirven los intereses de quienes los redactan".

⁷ La noción de "paisaje cultural" es utilizada por convención, incluso en organismos internacionales especializados como UNESCO, para referirse a los aspectos no geográficos implícitos en el concepto de "paisaje". No obstante, teniendo en cuenta ese marco teórico, resulta redundante aludir a un "paisaje cultural", ya que intrínsecamente, todo paisaje sería cultural por el mero hecho de ser conceptualizado por los actores sociales.

⁸ No sólo deberíamos tener en cuenta "el por qué y el sentido de lo escrito, la situación y el momento en que se escribió, las presiones y pretensiones del autor" (Nacuzzi 1998: 139), sino además superar las limitaciones de no contar con aquello que no fue escrito ni con lo que no ha sido guardado.

Frente a la problemática acerca de cómo nombrar a los diversos actores sociales en correspondencia con las variaciones frecuentes de los apelativos en los mismos documentos, optamos por la determinación adoptada por Irurtia (2002) de utilizar los apelativos que aparecían más frecuentemente en las fuentes: “indios”, “cristianos”, “españoles”, y los nombres propios. Dicha autora señaló que los indios calificaban distinto a los cristianos si intentaban obtener beneficios o denunciar abusos e intentaban controlarlos estableciendo alianzas y compromisos, procurando conocerlos para poder exigirles. Irurtia señaló la utilidad de estudiar el uso de objetos y términos “cristianos” por parte de los indios para intentar reconstruir la perspectiva indígena en el análisis de fuentes escritas por “blancos”.

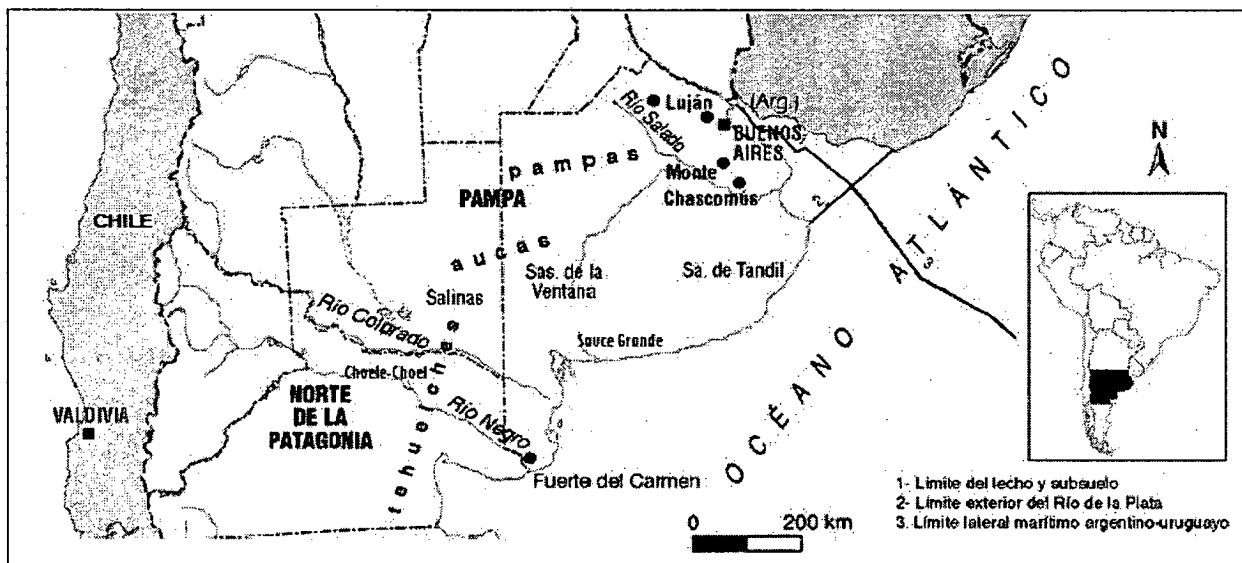
Asimismo, nos encontramos frente a otras dificultades metodológicas sugeridas por Nacuzzi y Pérez de Micou (1994) tales como descubrir los topónimos en los textos, discernir las relaciones entre dos lugares con ortografía semejante, ubicar los sitios en la cartografía actual, y confrontar los significados y ubicaciones presentados por cada autor. Dichas autoras destacaron la importancia del trabajo interdisciplinario, en el marco del cual la etnohistoria permitiría superar las dificultades que limitan a las técnicas arqueológicas tradicionales.

Trabajamos tanto con documentos publicados como con manuscritos inéditos, aunque luego de haberlos analizado, descubrimos que en algunos casos habían sido editados bajo nombres diferentes. Tal es el caso del relato de José Antonio Baygorri de las Fuentes ([1778]), que se encuentra en la Sección Manuscritos de la Colección De Angelis de la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro -en adelante BNRJ- bajo la signatura I 29, 9, 61. El mismo fue publicado sin el nombre del autor por De Angelis (1910) como “Diario que principia el 21 de Setiembre de 1778, en que se da noticia de la expedición y destacamento, que por orden del excelentísimo señor virrey, don Juan José de Vértiz, marchó al campo del enemigo, reconociéndolo hasta llegar a las Salinas, que se hallan en las campañas yermas del sud” dentro del acápite “Colección de viajes y expediciones a los campos de Buenos Aires y a las costas de Patagonia” en el volumen B del tomo IV. Del mismo modo, en dicha compilación de De Angelis (1910) dificultosamente hallamos el diario de Hernández [1770], publicado como “Diario que el capitán don Juan Antonio Hernández ha hecho, de la expedición contra los indios tehuelches, en el gobierno del señor don Juan José de Vértiz, gobernador y capitán general de estas provincias del río de La Plata, en 1º de Octubre de 1770”. Igualmente, dentro del apartado destinado al diario de Basilio Villarino de 1782, De Angelis (1972) ha publicado

oficios de Viedma, Villarino, Varela, Custodio de Sáa y Faria y del virrey Marques de Sobremonde, relacionados con el mismo. De manera semejante, el documento denominado "Diario de Francisco de Viedma, sobre las exploraciones y descubrimientos en las zonas de Río Negro" en la Revista de la Biblioteca Nacional (1938) número 7, Tomo II, comprende los relatos "Continuación del diario de los acontecimientos y operaciones del Establecimiento del Río Negro desde el día seis de Abril de este año de 1781, hasta el último de su fecha" (503-539) y "Continuación del diario de los acontecimientos de la nueva población del río Negro, desde el 18 de Agosto de 1781, hasta el último de la fecha" (539-552).

Con respecto a los manuscritos no editados, han sido transcritos desplegando las abreviaturas y modernizando su ortografía original -excepto en la escritura de los nombres propios y topónimos-. Este es el caso del diario de Nicolás García de 1779 al Fuerte del Carmen -BNRJ I 29, 10, 9-, del de Basilio Villarino del mismo año, de reconocimiento del río Colorado -Archivo General de la Nación, Biblioteca Nacional (en adelante AGN, B. Nac.), legajo 167-, y del de Terrada ([1808]) -BNRJ I 29, 11, 19-. Incluso fue actualizada la ortografía de los documentos publicados en la colección de De Ángelis y por la Revista de la Biblioteca Nacional.

De esta manera, en relación con el primer objetivo propuesto de rastrear indicios de la utilización y la percepción del territorio en los relatos de los funcionarios del Virreinato del Río de la Plata al norte de la Patagonia a fines del siglo XVIII, delimitamos geográfica y temporalmente el área de estudio. Planteamos como ejes las zonas de Sierra de la Ventana, Salinas Grandes y el Fuerte del Carmen, ya que revestían interés tanto para los hispanocriollos como para los grupos indígenas y constituían los destinos de las expediciones aludidas. Esa región está limitada por el arroyo Sauce Grande al este, la Laguna del Monte al norte, y las Salinas Grandes hacia el oeste hasta la zona de Choele-Choel sobre el curso del río Negro, circunscribiéndola al sur, todos sitios mencionados en los relatos. No obstante esta demarcación analítica, consideramos los vínculos de los pobladores con el circuito mercantil que los conectaba con Buenos Aires, Chile y otros grupos indígenas. En primera instancia, esta circunscripción no pretendió ser taxativa, sino sólo servir de orientación para ampliar posteriormente la definición. Es preciso reconocer en la delimitación la alta movilidad de los grupos indígenas y las transformaciones ocurridas en la toponimia al dejar de estar bajo dominio indígena.



Mapa región de estudio con ubicación de grupos étnicos.
Adaptado de Nacuzzi *et al.* (2008)

Con el objeto de analizar y comparar los diversos modos de conocer y representar el territorio y sus habitantes desarrollados por los expedicionarios consideramos como fuentes principales los diarios de Basilio Villarino -piloto de la Real Armada- de los reconocimientos por el río Colorado ([1781] 1972) y el río Negro [1782] (1972), los de Francisco de Viedma -superintendente del Fuerte del Carmen- de 1780 (1938), 1781 [documento inédito] y 1781 (1938), y los de Pablo Zizur -piloto de la Real Armada- a Sierra de la Ventana ([1781] 1973) y a Salinas Grandes ([1786] 1910). Las interconexiones entre dichos documentos y otros que los complementan permitieron dar cuenta de múltiples superposiciones tanto de personajes como de hechos, así como también esclarecer concordancias entre los puntos de vista de los expedicionarios y las épocas en que vivieron.

Por otra parte, al avanzar en la investigación, no sólo fue posible puntualizar en conceptos y problemáticas, sino también resultó necesario reformular ciertas aproximaciones iniciales, como por ejemplo acotar la escala temporal, dejando de lado determinados documentos incluidos en un principio, por ejemplo, los de Pedro Andrés García.

Procuramos conformar una lista de los temas abordados en cada documento citado, a fin de registrar y sistematizar todas las fuentes disponibles, mediante la confección de fichas dando cuenta del autor del relato, el contexto de producción del mismo, los indicios del uso y percepciones de los territorios, las maneras de relacionarse entre los grupos durante los viajes, y las influencias de esos contactos en los modos de comprender el paisaje. El fichado nos facilitó la triangulación de las

fuentes, que por referirse a los mismos períodos y a zonas geográficas similares pueden ser correlacionadas cronológicamente y/o agrupadas según la región de destino de la expedición, lo cual permitió evidenciar omisiones de información en las mismas. No obstante, encontramos fundamental abordar los datos en relación con el conjunto para trascender su particularidad y ampliar los sentidos que puedan tener de forma aislada.

Para la concreción del segundo objetivo de examinar las estrategias y negociaciones indígenas desarrolladas a partir del manejo de sus territorios/recursos en relación con la presencia de los funcionarios gubernamentales, revisamos las fuentes principales y la bibliografía referidas *supra* con respecto al primer objetivo. Consideramos de importancia no pasar por alto la heterogeneidad de los grupos indígenas presentes en la región con los cuales se establecieron múltiples conexiones, más allá de focalizar la investigación en la perspectiva de los expedicionarios blancos. Esto nos permitió dar cuenta de situaciones complejas otorgando mayor profundidad a un cuadro que comúnmente fue naturalizado en un reduccionismo estático. Así, buscamos evidenciar las relaciones de intercambio establecidas, los tratados de paz acordados, los roles asumidos por los caciques en el control del territorio que llevaban al gobierno a la necesidad de solicitar permisos para atravesar los mismos.

La información recogida respecto de este ítem nos permitió enriquecer la lista de los temas a indagar en los documentos, así como también completar las fichas resultantes. Procuramos complementar el análisis con nuevos interrogantes a partir de la revisión de sus contenidos. Asimismo, tomamos la noción de "adaptación en resistencia" de Stern (1990) a fin de evitar convertir a los indígenas en meros elementos adosados al paisaje⁹, reflexionando sobre las potenciales influencias de tales poblaciones en los modos de conocimiento y representación del territorio por parte de los grupos expedicionarios blancos. Pretendimos observar lo antedicho analizando el uso de los topónimos indígenas y la identificación de ciertos territorios como propiedad de los mismos por los autores de los relatos, la presencia de baqueanos en las expediciones, e incluso, los contrastes con las propias costumbres señalados por los blancos.

Finalmente, como último objetivo, buscamos identificar las influencias de las relaciones interétnicas en las representaciones de los viajeros sobre el territorio.

⁹ A pesar de que el concepto de "adaptación en resistencia" fue pensado con relación a las poblaciones andinas serranas de Perú y Bolivia, los aportes de Stern (1990) nos permitieron abordar los roles activos asumidos por los grupos indígenas.

Para ello utilizamos las fichas sobre las fuentes, elaboradas previamente para la concreción de los objetivos anteriores, para diseñar un modelo de base de datos que nos permitiera no sólo almacenar información relevante, sino también relacionarla, dado su caudal. En un principio, los ejes a tener en cuenta fueron los ítems planteados para la confección de las fichas, no obstante, a partir de los mismos y de los cruces de datos hallamos vacíos que nos llevaron a proponer nuevas categorías. Así, dentro de la clasificación de relaciones de los viajeros distinguimos las que se desplegaban sólo al interior de las comitivas, las involucraban a otros españoles, y las que aparecían con respecto a los grupos indígenas, a su vez, diferenciadas en las que respondían a situaciones de intercambio -de bienes, de personas, de información-, de colaboración y agasajo, conflictivas -ambiguas y abiertas-, y las referentes a acuerdos de paz. De manera semejante, reconocimos los vínculos de los indígenas dentro de sus propias agrupaciones, con otros grupos indígenas y con hispanocriollos que no formaban parte de las expediciones. De esta forma, pudimos establecer relaciones en cuanto a los contextos de producción de los documentos y los objetivos de las expediciones, teniendo en cuenta el enfoque de cada expedicionario en el marco de las visiones de sus contemporáneos. A medida que avanzamos con el estudio, los mismos datos que, progresivamente, generábamos, nos brindaban la apertura para nuevas ideas y búsquedas.

A lo largo de la investigación procuramos vincular los aportes de la Etnohistoria y de la Arqueología del Paisaje, a fin de aproximarnos a los modos de vida de otras sociedades mediante los sentidos puestos en juego en las representaciones del territorio y sus habitantes. El abordaje etnohistórico nos permitió ahondar en la investigación de las fuentes de primera mano teniendo en cuenta la diversidad de actores participantes de las narraciones. Paralelamente, nos resultó de utilidad para reflexionar sobre los contextos históricos y políticos en que las mismas fueron escritas. Por otro lado, la consideración del marco teórico de la Arqueología del Paisaje nos permitió pensar en el espacio como un concepto contextual que da cuenta de un sistema histórico y político (Criado Boado 1995). En este sentido, coincidimos con Hirsch (1995) en que el contexto histórico-cultural reviste una importancia fundamental en el análisis del paisaje, ya que éste surge de un proceso cultural, el cual muchas veces fue negado debido a su conceptualización como algo estático.

Así, en el marco del pensamiento ilustrado, Carlos III de España (1759-1788) envió científicos que se “apropiaron” simbólicamente e intelectualmente de los espacios

desconocidos como parte de la posesión efectiva de los mismos¹⁰. No obstante, ante la evidencia de que la Corona no podía defender la totalidad de los territorios que reclamaba como propios, resultaba más prudente en términos militares controlar las regiones ya ocupadas¹¹. Dado que el Virreinato del Perú comprendía una superficie demasiado extensa como entidad administrativa, Carlos III independizó a Buenos Aires convirtiéndolo en la capital del nuevo Virreinato del Río de la Plata (1776). De esta forma, se buscaba también mejorar las defensas frente a potenciales ataques y avances de portugueses, ingleses, franceses y otros extranjeros, y controlar la creciente importancia de Buenos Aires como centro comercial y de acceso al continente, cuestión sobre la cual estaban muy consustanciados los funcionarios Viedma y Baygorri de las Fuentes¹². Así, la política borbónica modificó los modos españoles tradicionales para controlar a los indígenas mediante los militares y los religiosos, convirtiéndolos en administraciones basadas en el comercio, semejantes a las de los ingleses y franceses¹³. Luiz (2006: 324) también sostuvo que la diplomacia y el comercio pasaron a ser “los mecanismos más eficaces para neutralizar los riesgos de la interacción y asegurar la permanencia de los nuevos puestos”. Boccara (2005) ha planteado que, en las regiones donde prevalecía el poderío indígena, los agentes del Estado buscaron civilizar a los grupos de indios implementando determinados dispositivos de saber-poder como, entre otros, ~~tratos~~ ^{trato} tratados, agentes intermediarios de normalización y control, y nuevas formas organizacionales.

Por ello, a fines del siglo XVIII se realizaron diversas expediciones por tierra al norte de la Patagonia y los funcionarios gubernamentales que se aventuraban a

¹⁰ Al respecto, coincidimos con el planteo de Luiz (2006) acerca de que los mapas sintetizaban discursos codificados sobre los modos en que el espacio se percibía, constituyéndose en instrumentos de saber y poder que permitían apropiarlo intelectualmente.

¹¹ Desde el punto de vista de Weber (1998: 147), para los hispanos los indios estaban en las “fronteras del imperio español en el Nuevo Mundo y sus tierras adyacentes; desde la perspectiva de los indígenas no sometidos, los españoles ocupaban las fronteras de las tierras que ellos controlaban, y el territorio circundante”.

¹² Acerca de los intereses españoles por dominar los territorios de sus proclamadas colonias, Baygorri de las Fuentes ([1778]) escribió que consideraba preciso que la Corona estableciera su poderío en la Laguna de las Salinas a fin de disponer libremente de la accesibilidad a los recursos disponibles. Además, “con semejante ocupación quedarían por nuestras, las campañas yermas, y resultarían otros innumerables beneficios, que omito aducir, sin que haya, en todo lo dicho, la más leve duda ni dificultad, bien entendido, que resultando estos, a todas las provincias circunvecinas, es muy de razón, y justicia, trabajen todas ellas igualmente en la consecución y conservación de semejante fortaleza” (Baygorri de las Fuentes [1778: f. 2-2v]).

¹³ Por ejemplo, Viedma [1784] 1910: 459) consideraba de suma importancia para fomentar los intercambios “poner en las guardias o pueblos que se establezcan, sujetos de afabilidad, talento y juicio para tratar con los indios, y que a cambio de abalorios y otros efectos que no nos perjudiquen, se introduzca con ellos comercio de sus propios frutos; [...] por estos medios con utilidad propia vamos conciliando y adquiriendo su amistad como lo hacen y logran los franceses”.

traspasar el río Salado utilizaban como fuentes de información los documentos redactados por quienes habían intentado reducir a los pueblos indígenas de la pampa (Irurtia 2007). Los datos legados por los jesuitas José Cardiel - correspondientes a dos viajes de 1747 y 1748 y un mapa de 1746- y Thomas Falkner -quien había continuado el trabajo cartográfico de Cardiel¹⁴ describiendo recursos de interés económico y sitios aptos para colonizar- se añadían a la experiencia de contacto producto de las relaciones que se mantenían con algunos caciques.

Según Luiz (2006: 276), los registros de estos eclesiásticos darían cuenta de la relevancia de los informantes indígenas en la elaboración de los mapas, quienes “transmitieron su conocimiento del espacio a través de la guía en el terreno, la toponimia [...] y las referencias sobre distancias, rumbos, recursos, ríos y relieve, distribución, características y dinámica de las poblaciones”. Sin embargo, algunos territorios pampeanos y al sur del río Negro habrían permanecido desconocidos, lo cual se habría manifestado “en el uso exclusivo de toponimia indígena en el interior, predominando en la costa atlántica los nombres de origen europeo de carácter religioso o conmemorativo” (Luiz 2006: 278). Aunque la autora advirtió que la cartografía de los jesuitas se encontraba limitada por las referencias de los informantes al espacio vivido y representado cotidianamente, en el marco de nuestro análisis, esos detalles constituyeron elementos relevantes en nuestra investigación que podían leerse correlacionando las distintas fuentes.

Los aspectos en los cuales, según Luiz, hace hincapié Falkner resultaron de utilidad para nuestro estudio, ya que son semejantes a los que podemos encontrar en los documentos trabajados. Por ejemplo, son frecuentes las descripciones y ubicaciones geográficas de recursos de interés económico como agua dulce, tierras fértiles, salinas, vegetación y ganado. Asimismo, en general, se identificaban los “puertos adecuados para la conexión marítima, las vías de comunicación interiores - ríos y caminos- y los sitios aptos para la colonización” (Luiz 2006: 280). Incluso, dicha autora mencionó un mapa presentado por Juan de la Cruz Cano y Olmedilla en 1773, en el cual está representada una red de caminos indígenas que demostraría

la importancia de los valles interserranos de Tandil y la Ventana y de la zona de las salinas del sur bonaerense como áreas de aprovisionamiento y

¹⁴ Aunque tanto José Cardiel como Thomas Falkner eran contemporáneos, los escritos de este último recién fueron publicados en 1774 -a pesar de que las referencias habían sido obtenida dos décadas atrás-.

centros de intercambio comercial como así también la situación estratégica de “Choelechel o El Paso” para el control de las vías de comunicación y comercio (Luiz 2006: 282).

La Corona española avanzaba progresivamente en el territorio indígena estableciendo guarniciones de blandengues en la línea de frontera buscando al mismo tiempo contener las incursiones de las tribus de indios. No obstante, como ha explicado Weber (1998: 169), tanto los españoles como los indios “atravesaban las porosas líneas que los separaban y residían dentro de la sociedad del otro”. También Quijada (2002a) caracterizó a la frontera bonaerense, autoritaria y militarizada, con una movilidad escasamente disciplinada, un débil control estatal y un acceso directo a los medios de subsistencia. En este contexto, conocer los objetivos de las expediciones de fines del siglo XVIII permite ampliar la comprensión del marco en el que se desarrollaban las mismas, los intereses de la época y vislumbrar las razones por las cuales fueron escritos los documentos. El hecho de que Francisco de Viedma ([1783] 1972) propusiese al virrey restaurar por sus presuntas ventajas los establecimientos patagónicos casi abandonados, ejemplifica las preocupaciones de sus contemporáneos con respecto a la protección de Buenos Aires, el estímulo comercial y la difusión del catolicismo a las poblaciones aledañas¹⁵.

Además, coincidimos con Luiz (2006: 287) en que los conocimientos sobre el circuito del ganado y de la sal desarrollado en las pampas podría “haber influido en las evaluaciones sobre la posibilidad de extender la colonización hacia el interior patagónico”, lo cual evidencia la importancia de las fuentes etnohistóricas a fin de estudiar las representaciones acerca del paisaje. Luiz planteó que el reconocimiento de dichas conexiones económicas habría sugerido que los objetivos de la política fronteriza se cumplieran sin que fuese necesario desarticular el sistema de intercambios establecido -el cual también ofrecía ventajas a los centros coloniales-,

¹⁵ Viedma ([1784] 1910: 445) sostenía que era preciso restituir los establecimientos patagónicos porque podían servir “de muro incontrastable a los enemigos de la Corona, de seguridad a esta capital, de fomento a su comercio; y lo que es más de medios para propagar nuestra santa religión, de extender el beneficio de la redención a una prodigiosa multitud de idolatras, que la experiencia me ha hecho conocer son dóciles y de quien sin temeridad se puede prometer una abundante mies a los obreros evangélicos”.

Desde su punto de vista, el proyectado abandono del Fuerte del Carmen amenazaba la promoción del comercio y expansión del catolicismo que habrían conducido siempre “el religiosísimo corazón de los reyes para el logro de estos establecimientos” (Viedma [1784] 1910: 448). Viedma consideraba que era preciso mantener ocupada el área fomentando las relaciones pacíficas con los indígenas a través de intercambios comerciales de modo semejante a la modalidad francesa de los tratados. Desde la perspectiva de Quijada (2002a), se alentaba el comercio con los indios porque se pensaba que constituía un medio esencial para promover la paz y conducir a los indígenas a la “civilización”.

como lo señaló también Nacuzzi (1998). Así, la lectura minuciosa de los documentos reveló detalles que permitieron entrever la trama de relaciones interétnicas y de interacciones con los territorios indígenas, tanto por parte de los hispanocriollos como de los diversos grupos de indios. Por ejemplo, en su memoria, Viedma ([1784] 1910: 457) advertía al virrey acerca de la utilidad de adquirir

conocimiento de las naciones de indios que habitaban los campos de Buenos Aires; sus albergues y retiros, donde se ponían a seguro cuando se veían perseguidos o atacados de nosotros; a cuyo intento había destinado a los peones Antonio Godoy y Juan José González, que con el pretexto de pasar a sus toldos a comprarles ganados, les llevasen aguardiente, abalorios y yerbas, con cuyas dadas se iban familiarizando con unos y tomando noticias de otros; único medio que podía vencer estas dificultades.

Por otro lado, resulta interesante observar cómo los distintos relatos analizados se entrecruzan entre sí agregando información al esquema inicial al vincularse con otras fuentes complementarias. Las simultaneidades temporales y espaciales permiten comprender con mayor profundidad los sucesos relatados en relación con la contextualización expuesta. Por ejemplo, luego de que fuera descubierta la desembocadura del río Negro, una parte de la población del puerto de San José fue trasladada al Fuerte del Carmen, que se había comenzado a construir el 22 de abril de 1779 bajo las órdenes de Francisco de Viedma, luego de que Juan de la Piedra abandonara la misión. Los escritos de Viedma de 1780 (1938) pueden complementarse con las cartas del mismo al virrey Juan José de Vértiz, fechadas respectivamente el 4 y 17 de junio de 1779. Ambos documentos se encuentran publicados por la Revista de la Biblioteca Nacional, aunque sobre la primera trabajamos con el manuscrito existente en el Archivo General de la Nación, bajo el nombre "Informe de don Francisco Biedma sobre el Carmen de Patagones". No nos fue posible hallar el original de la segunda carta donde debería estar el relato de la inundación de la primera ubicación elegida, en la banda sur del río Negro.

Paralelamente, Basilio Villarino ([1779], [1780]) realizaba viajes de reconocimiento de la zona comprendida entre el río Negro y el Colorado, particularmente de la costa, y arribaba al establecimiento del Carmen Nicolás García ([1779]), teniente del regimiento fijo de Buenos Aires y comandante de una expedición -según Viedma ([1781: 368])- , con el objetivo de unirse a la tropa.

La memoria de Francisco de Viedma sobre los obstáculos y ventajas de los establecimientos de la costa Patagónica ([1784] 1910)¹⁶ y dos diarios más firmados por él contribuyen a dar un panorama más completo de la situación en el establecimiento del Río Negro, tan alejado de Buenos Aires: el manuscrito del diario del 1º de octubre de 1781 y la edición de la Revista de la Biblioteca Nacional reuniendo los diarios del 6 de abril y el 18 de agosto de 1781.

Mientras tanto, también en 1781, el piloto de la Real Armada Pablo Zizur fue enviado a reconocer el camino entre Buenos Aires y el establecimiento de Patagones, ya que hasta el momento las comunicaciones entre esos sitios se efectuaban por mar. Según Nacuzzi (1998: 34), ese “camino no se había intentado antes, y tampoco continuará usándose después” hasta su restablecimiento por Pedro Andrés García en 1822¹⁷.

Zizur no sólo debía inspeccionar la campaña, sino además negociar la devolución de los cautivos en manos de los indígenas y tratar las paces con el cacique Lorenzo Calpisqui. Por ser uno de los primeros en transitar esos parajes, explicitaba constantemente la ubicación geográfica y las características climáticas y de los suelos por donde avanzaba, resaltando la presencia de aguas, tanto para los expedicionarios como para el ganado, de leña y la calidad de los pastos. No obstante, durante la travesía, la expedición tuvo que soportar el tiempo desfavorable y la escasez de agua y leña, las deserciones de la comitiva, las borracheras de los indígenas, e incluso las tensiones por potenciales ataques incentivados por la desconfianza de las tribus. El piloto también tuvo que enfrentarse a solicitudes de dinero por parte de los indígenas que tenían cautivos en su poder y no se conformaban con la devolución de los prisioneros que tenían los españoles. Asimismo, se vio perjudicado en reiteradas ocasiones debido a un ambiguo personaje, Chanchuelo, quien había pedido unirse a la expedición para asesinar a Calpisqui y, no obstante, se mostraba sumamente amigable con el cacique, generando confusiones poco propicias para la seguridad de los viajeros. Zizur pretendía que Calpisqui marchara con ellos a Buenos Aires, pero el cacique dudaba y su hermano Pascual Cayupilqui le sugería que no lo hiciera, en su afán por

¹⁶ Para ese momento Viedma ya no se encontraba en el Fuerte del Carmen donde había sido restituido Juan de la Piedra como oficial a cargo desde octubre de 1784,

¹⁷ El diario de la expedición de Pedro García a Sierra de la Ventana se encuentra en la Colección de De Angelis (1910), Tomo IV, Buenos Aires, Editorial Librería Nacional de J. Lajouane & Cía.

vengarse de los cristianos ya que lo habían apresado¹⁸. Más tarde, Pablo Zizur también estableció relaciones con el cacique Negro, quien habitaba al sur del Río Colorado y mantenía vínculos además con la gente del Fuerte del Carmen.

El diario de viaje de Zizur se articula con los de Francisco de Viedma, quien simultáneamente daba cuenta en uno de sus propios relatos de la presencia de Zizur en las tolderías de Calpisqui cuando envió allí a unos emisarios para acordar el rescate de cautivos y comprar ganado. Incluso, Viedma ([1784] 1910: 457) escribió en su memoria que había mandado a los peones Godoy y González con cartas para el virrey, siendo el segundo de los mensajeros “el primero que se aventuró a transitar el camino por entre tantos indios, y dado conocimiento para el viaje que hizo el piloto, don Pablo Sisur, por tierra a dicho establecimiento”.

Al mismo tiempo, es posible complementar este documento con los datos de las fuentes más antiguas analizadas que son producto de dos expediciones al mando del sargento mayor Manuel Pinazo. Sobre la primera, realizada el ocho de mayo de 1770 con destino a Sierra de la Ventana, el entonces gobernador de Buenos Aires Francisco de Bucarelli y Ursúa¹⁹ dio constancia de los capítulos del tratado de paz que debía proponer Pinazo a los indios aucas y de la firma del mismo el veinte de ese mes. Poco después, el capitán Juan Antonio Hernández ([1770] 1910) reseñó otro viaje emprendido el primero de octubre de dicho año, en el cual la tropa de Pinazo debía arremeter contra los indios tehuelches, atravesando las sierras de la Ventana y recorriendo las zonas objeto de nuestro estudio. Tanto Bucarelli y Ursúa como Hernández nombraron a gran parte de los mismos caciques pero adscribiéndolos étnicamente de manera diferente²⁰. Ambos indicaron la presencia de *Tanamanque*, *Alcaluan*, *Epullanca* y *Caullamantu -Caulla Mantu* para Hernández. Posiblemente, el cacique *Lepín Anguel* referido por Bucarelli y Ursúa haya sido quien Hernández señaló como *Lepin Naguel*, y el que el primero llamó *Cadu Pagnilica* quizás fuera aludido por el segundo como *Cadupan*²¹. Además, habrían

¹⁸ Mientras el cacique Lorenzo alojaba a los exploradores, él y su hermano consultaban con otros caciques de la región acerca de la conveniencia de entablar las paces con las autoridades del Virreinato del Río de la Plata y de que Lorenzo Calpisqui viajase a la ciudad de Buenos Aires.

¹⁹ Bucarelli y Ursúa fue gobernador de Buenos Aires entre 1766 y 1770, sustituyó a Pedro de Ceballos, y fue el responsable de ejecutar la orden de expulsión de los jesuitas (1767) dada por el rey Carlos III de España. Antes de cumplir su mandato, el 25 de agosto de 1770, fue reemplazado por Juan José de Vértiz -segundo comandante político y militar e inspector general de la provincia-, y se marchó a España, donde falleció en el año 1775.

²⁰ La imposición de identidades étnicas por funcionarios gubernamentales ha sido estudiada en profundidad por Nacuzzi (1998).

²¹ En la firma del tratado de mayo de 1770 reseñado por Bucarelli y Ursúa habrían participado también los caciques Tambú Naguel, [?]iaguél, Calumilla, Quintellanca, Nabala[.]pai, y Cuhumillanca.

coincido en ambas expediciones el comandante Manuel Pinazo, el capitán José Bague y el teniente Francisco Masedo.

Por otra parte, el mismo año del viaje de Pablo Zizur al Fuerte del Carmen, el piloto de la Real Armada Basilio Villarino [1781] (1972) navegaba nuevamente la desembocadura del río Colorado, la Bahía de Todos los Santos y otras zonas aledañas²². Posteriormente (1782-1783), navegó el río Negro y el Limay buscando una vía de comunicación con Valdivia, y para verificar la posibilidad de avances extranjeros por ese curso fluvial. Este diario puede complementarse con las respuestas del brigadier Custodio de Sáa y Faría [1783] (1972) y del capitán de navío Varela [1783] (1972) ante los requerimientos del Virrey de que evaluaran dicho reconocimiento.

Los diarios de Villarino ofrecen abundante información acerca de la aptitud de las tierras para la agricultura y la ganadería, las rutas indígenas, la presencia de recursos naturales, asentamientos y sitios estratégicos -como la zona de Choele-Choel y la confluencia del río Negro con el Limay y Neuquén²³. Sin embargo, a pesar de la profusión de datos sobre la presencia o no de agua para la comitiva y las cabalgaduras, las facilidades/dificultades para el tránsito, la existencia de leña, pastizales y sus respectivas calidades, ningún otro autor fue tan minucioso con respecto a las mediciones de latitud como Pablo Zizur.

En 1786 Zizur realizó otra expedición que procuraba precisar un camino entre la laguna de las Salinas y la guardia de Luján, detallando las condiciones de los alrededores del cuerpo de agua. Al mismo sitio había marchado en 1778 el maestre de campo Manuel Pinazo a fin de reconocer el territorio hasta las salinas y recoger sal, lo cual fue relatado por José Antonio Baygorri de las Fuentes. Por último, la fuente estudiada más reciente también da cuenta de un viaje a dicha laguna en 1808, realizado por Ignacio Terrada, acerca de quien no se han encontrado otros datos.

Por otra parte, podemos observar las relaciones que los diversos funcionarios tenían entre sí, fundamentalmente las de los autores de los documentos considerados principales en el marco de esta investigación. Por ejemplo, antes de que Juan de la Piedra abandonara su cargo, Viedma ([1780] 1938) informó acerca

²² Como hemos mencionado, Villarino había presentado con anterioridad registros de las navegaciones efectuadas hasta la desembocadura del río Colorado en 1779 y 1780.

²³ Desde el punto de vista de Luiz (2006), Villarino aportó a la geografía de la época una imagen del río Negro perfeccionada con respecto a la brindada por Falkner; y no sólo confirmó los detalles de la ocupación indígena en el norte de la Patagonia provistos por éste, sino que además describió sus redes económicas y la articulación con el mercado colonial.

del desembarco de Nicolás García, de quien también contamos con su narración del viaje fechado en 1779. Viedma quedó al mando del campamento mientras Piedra se embarcaba en busca de agua cercana y Basilio Villarino partía en un reconocimiento. Poco después, regresaba Villarino con la noticia de que había encontrado un manantial de buena agua cerca de una salina y junto a Viedma se lo habrían comunicado a Piedra. El reconocimiento posterior del cuerpo de agua, previo a mudar el campamento, fue señalado también por García ([1779: f. 4]), quien aclaraba: “fuimos a la laguna don Juan de la Piedra, el piloto Villarino y yo”. Asimismo, García indicaba en otro párrafo de su narración la presencia de Francisco de Viedma, ya que junto a él habían acordado “despachar las embarcaciones, los presidiarios y parte de la tropa, quedándose, él, yo y el contador hasta recoger la multitud de efectos que había tirados sobre aquella playa (García [1779: f. 6v]).

En sus diarios Francisco de Viedma también anunciaba los viajes de Villarino, quien escribió sus propios relatos y con los cuales hemos trabajado. Ambos autores dieron cuenta de una exploración de Villarino junto a un indio y una china interprete al puerto de San Antonio el 25 de mayo de 1779²⁴. Asimismo, la inundación y el cambio de ubicación del Fuerte del Carmen relatados por Viedma fueron mencionados también en un fragmento de un diario de Villarino ([1779: f. 22]) cuando se enteró de que “se había inundado todo el fuerte, panadería, herrería, y todo lo demás, y determinaron hacer la población a la parte del norte”. En las narraciones de Viedma de 1781 es posible encontrar testimonio de otros viajes de Villarino, por ejemplo cuando detallaba que “quedó listo don Basilio Villarino, con el bergantín de su mando, el Carmen, y las Ánimas, y la chalupa San Francisco de Asís, para hacer viaje al reconocimiento de la bahía de Todos los Santos y río Colorado” (Viedma [1781] 1938: 504)²⁵. El mismo Viedma ([1781] 1938: 528) advertía esta complementariedad de los documentos reseñando sobre un reconocimiento de la boca del río Colorado efectuado junto a Villarino el 15 de julio: “omito tocar sobre este punto por cuanto con otra claridad puede comprenderse del plan y diario de este piloto a que me remito”.

²⁴ Villarino lamentó haber tenido que volverse quince leguas después del puerto de San José porque se les habían acabado los víveres, y Viedma ([1779: f. 151]) puntualizó: “aunque hicieron diligencias para llegar al expresado paraje, tuvieron que volverse por habérseles acabado los víveres, la falta de agua para los caballos, y malezas de la tierra, y llegaron el 29 en la noche”.

²⁵ Viedma ([1781] 1938: 524) también explicitó que el 10 de julio se había encontrado con Basilio Villarino, quien venía con el peón Juan José González, lo cual Villarino ([1781] 1972: 684) detalló: “monté a caballo, y con el expresado peón, a tesón de galope, fui a encontrarme con dicho superintendente, de nueve a diez leguas de donde salimos”.

Además, mientras permanecía en el Fuerte del Carmen, Viedma también recibía información sobre otras expediciones que fueron analizadas en esta investigación, como la de Pablo Zizur a Sierra de la Ventana ([1781] 1973). Al respecto, puntualizaba que el diez de noviembre había llegado el bergantín Nuestra Señora del Rosario al mando del capitán Manuel Brunez, quien le habría informado que

habían salido de Buenos Aires el peón Juan José González, con el piloto de la Real Armada don Pablo Cicur, un capitán de blandengues, cinco hombres, y una porción de chinas, e indios que había en la residencia, y cárcel de aquella capital, los que venían por tierra a descubrir el camino de este establecimiento (Viedma [1781] 1938: 547).

Poco después, el superintendente Viedma ([1781] 1938: 548) reseñaba que le había escrito una carta a “Miranda y Zicur, expresándoles les enviaba aquel auxilio para que con seguridad de los indios que tenían concluyese su comisión”.

A pesar del interés de extender el territorio bajo dominio español por parte de algunos de los funcionarios gubernamentales, los documentos demuestran que los recursos continuamente escasos y la inestabilidad de los gobiernos ponían con frecuencia en riesgo a las expediciones²⁶. Dado que los vínculos de los autores de los relatos que analizamos con sus superiores influenciaban los ánimos y las actitudes que tomaban los miembros de las expediciones, resulta relevante puntualizar en las huellas que de ellos han quedado en los documentos, ya que esas relaciones afectaban las interacciones de los viajeros con los territorios y sus representaciones sobre el paisaje. Podemos hallar no sólo dificultades al interior de los grupos de expedicionarios sino también con respecto a autoridades administrativas del virreinato. Por ejemplo, Zizur ([1781] 1973) señalaba que el teniente del rey los había presionado mediante cartas a fin de que hicieran todo lo posible para llevar a Lorenzo Calpisqui a Buenos Aires.

No resulta simple identificar las intenciones del autor y, además, los hechos pueden encontrarse distorsionados por la tendencia de los narradores a engrandecer su actuación personal²⁷. Por ejemplo, Viedma se quejaba de la desidia

²⁶ Weber (1998) advirtió que las políticas borbónicas se habrían visto obstaculizadas tanto por los “españoles” como por los “salvajes”, ya que individuos de ambos grupos atravesaban los porosos límites que los separaban.

²⁷ En los documentos hallamos diversos ejemplos de los intentos de los redactores para destacar su propia participación en acciones exitosas a fin de beneficiarse ante sus superiores. El piloto Villarino fue quien más se esforzó por subrayar lo acertado de sus decisiones o directamente atribuirse el total protagonismo en determinados sucesos, especialmente en relación con la obtención de alimentos, debido a la escasez de víveres sufrida por su comitiva. Por ejemplo, escribió que había matado “tres águilas que se cocinaron de noche para que la gente mañana tenga que comer” (Villarino [1780: f.

de ciertos miembros de las comitivas -como De la Piedra- que anteponían sus ambiciones personales al bien común, al tiempo que destacaba su propio comportamiento adecuado²⁸. En su diario de 1780 este autor reflejaba los inconvenientes que había tenido con Juan De la Piedra, quien entonces era jerárquicamente superior en el mando militar, acusándolo de que su incompetencia habría causado las grandes penurias que debían sufrir²⁹. Nicolás García ([1779: f. 1v]) también hacía referencia en su propio relato a ciertos percances entre Juan De la Piedra y el comandante Gabriel De Guerra, “pues don Juan De la Piedra me había informado que el citado comandante en nada quería contribuir”³⁰. Por aquel entonces, García ([1779: f. 2]) ya lamentaba “la poca disposición que había habido en los embarcos anteriores pues nadie sabía lo que habían embarcado, en que buques ni lo que faltaba para embarcar, hallándome con el muelle lleno de caballos bueyes, reses y otras cosas útiles para el viaje”. Así, a lo largo de su relato, García criticó a De la Piedra y su falta de consideración con respecto a los víveres y el

15v]) y, en otra ocasión, habría capturado cuarenta y seis perdices durante un reconocimiento (Villarino [1782] 1972). De modo semejante, mostraba sus actividades como estrategias militares ventajosas afirmando que habría procurado animar al cacique Chulilaquin haciéndole ver que todos los aucaces eran poca gente para los expedicionarios y que habría disparado un cañonazo a pedido del cacique a fin de que “los indios lo viesan y oyesen el estruendo; todo lo cual hacía entender a los indios, ponderando la fuerza de nuestras armas. Y yo se la encarecía bastante, y que diesen gracias a ‘Pepichel’, por haberle en este aprieto socorrido con tan buenos amigos” (Villarino [1782] 1972: 1099).

Por otro lado, también encontramos casos donde los funcionarios gubernamentales halagaban el desempeño de sus jefes. Por ejemplo, Hernández ([1770] 1910: 556) adulaba la táctica del comandante Pinazo –que habría organizado pelotones de cristianos e indígenas para restringir la huida de unos enemigos- diciendo que “con efecto de esta suerte se logró el lance, pues conforme iban huyendo, iban cayendo en las manos de los nuestros”. Posteriormente, se habrían contado las bajas de cada bando, con un corolario muy propicio desde la perspectiva de Hernández ([1770] 1910: 557): los decesos enemigos habrían resultado ciento dos, aunque él aclaraba que no dudaba de que hubiesen sido “más los muertos, pero como fue tanto el desparramo y los lugares tan escabrosos, no se pudo saber con exactitud esta diligencia. En esta refriega perdimos un hombre”.

²⁸ Según Viedma ([1784] 1910: 448), desde el comienzo había reinado “en las principales cabezas un espíritu de emulación de inconstancia y ningún sufrimiento a los trabajos: de cuyas preocupaciones no estaban exentas las personas más caracterizadas, y todas juntas dirigían sus ideas a conmovir los ánimos de las demás gente, para que se abandonase el puerto, cuyos intentos siempre fueron rebatidos por la constancia del superintendente”

²⁹ En su memoria de 1784, Viedma también aludió a esta predisposición de De la Piedra para perseguir los mayores beneficios personales en detrimento del resto de los miembros de la tropa. Manifestó que, una vez que la expedición al mando de De la Piedra instaló un primer establecimiento en el puerto de San José, “por la poca agua que llevaban las embarcaciones, falta de caballos, bueyes y mulas para conducir las a las fuentes que se descubrieron, y mala calidad de los víveres enfermó la gente” (Viedma [1784] 1910: 448). Así, dada la irresolución para aguardar ayuda, el comandante Antonio de Viedma se habría visto obligado a trasladar a toda la gente a Montevideo.

³⁰ Sin embargo, según el escrito, al cuestionar a De Guerra este le habría dicho: “García mío, ¿soy yo santo para adivinar lo que quiere don Juan de la Piedra? Si necesita algún auxilio, por qué no lo pide? ¿Quiere que vaya yo a ofrecérselo a su casa? Vea usted en que puedo servirle a usted, que lo haré con mucho gusto” (García [1779: f. 1v]). A raíz de este comentario, García le habría pedido algunas embarcaciones menores para poder partir inmediatamente y De guerra habría ordenado a un subordinado que colaborase en todo lo demandado por aquel.

ganado, acusándolo de haberse ocupado únicamente de favorecer su propio provecho sin pensar en las necesidades elementales de la comitiva en su conjunto³¹.

García retomó la cuestión cuando reseñó el abandono de la tropa por parte de Juan De la Piedra el 3 de marzo de 1779, quien los habría dejado sin sustento para los enfermos. García ([1779: f. 7v]) tuvo entonces que ponerlos bajo su cuidado, elaborándoles y distribuyéndoles la comida, ya que el último se había marchado

de aquel puerto dejándonos en la mayor infelicidad, pues las aves caseras que en ese destino se embarcaron, por aquel estaba yo persuadido que servirían para sustento de los enfermos; pero nadie las ha visto pues se apropió de ellas este comisionado y se las fue comiendo hasta finalizarlas.

Por otro lado, también encontramos evidencias de las relaciones de tensión entre Villarino y su superior, Francisco de Viedma, principalmente en el diario del primero de 1782-1783 en el cual el segundo agregó críticas constantes discutiendo por escrito en el mismo relato. No obstante, en documentos previos firmados por Viedma pueden apreciarse ciertos comentarios positivos sobre Villarino. Por ejemplo, en uno de sus primeros informes afirmaba que el piloto había estado destinado continuamente “en diferentes comisiones ya por don Juan de la Piedra, y ya por mí, las que ha desempeñado a satisfacción, y es sujeto muy útil para este establecimiento: un sueldo de segundo piloto de la armada no puede soportarle para comer” (Viedma [1779: f. 158]). Luego agregaba que era necesario dejar a Villarino en el río Negro porque resultaba útil “no sólo para levantar los planos de la costa, sino es para los reconocimientos de tierra, en cuyo ejercicio se encuentra sin igual, y absolutamente en toda la expedición no hay otro, que pueda desempeñar estos casos como él” (Viedma [1779: f. 163]).

Sin embargo, como hemos adelantado, hacia 1782 la relación entre Villarino y Viedma se había vuelto tensa y los cuestionamientos eran mutuos, lo cual ha quedado plasmado en las acotaciones en el diario del piloto. Durante su travesía, Villarino se quejaba por la falta de auxilios prestados por el superintendente Viedma

³¹ García reprobaba el comportamiento de De la Piedra, quien habría ocasionado que los botes zarpasen con escasas provisiones y a las pocas semanas de la partida se habrían visto obligados a reducir las raciones de los marineros a pesar de que el virrey Vértiz habría solicitado que tuvieran víveres suficientes para cuatro meses. Según García ([1779: f. 2v]), al momento de cargar no habría faltado lugar “para embarcar porciones de cuarterolas de vino carbón, barriles de aguardiente, pardos de ropa y demás para negocio particular del mayordomo don Juan de la Piedra y según malas lenguas del citado Piedra”. Desde su punto de vista, estas cargas habrían ocupado “los vacíos en donde pudiera haberse embarcado aguada y ganado, renglones más precisos para el lugar adonde íbamos” (García [1779: f. 2v]).

desde el Fuerte del Carmen³², lo cual le habría obligado a permanecer un mes detenido mientras esperaba nuevos víveres. Según el piloto, esto resultaba sumamente perjudicial para la misión y la ponía en riesgo,

ya por lo mucho que baja el río, ya por avanzarse la estación y quedar poco verano, y ya porque se les da lugar a los indios a que se junten para quitarnos los caballos en cualquiera vuelta en que no puedan ir al costado de las chalupas, sin cuyo auxilio es casi imposible este reconocimiento (Villarino [1782] 1972: 1004).

Durante la lectura posterior del relato, Viedma agregó diversos comentarios, molesto por los reproches, los cuales fueron enviados también al virrey dentro del informe final de la tarea desarrollada. Así, aseveraba que

si es cierto cuanto informa Villarino de las circunstancias de estos terrenos, era menester que explicara cómo había de pasar los caballos por la orilla del río, cuando ésta la hace intransitable, o cómo los había de llevar por tierra adentro y camino de los indios, sin el riesgo que se los quitasen, sólo con el resguardo de seis peones (Villarino [1782] 1972: 1038).

Viedma consideraba que posiblemente Villarino habría llegado a la Punta de San Luis hallando el río como deseaba, "sin más víveres que los que sacó del establecimiento, y desde aquel pueblo podía tomar los que necesitara para completar su comisión" (en Villarino [1782] 1972: 1036). En función de esto, rechazaba en reiteradas notas sobre el mismo diario del piloto sus acusaciones de escasez de víveres. Sin embargo, los expedicionarios que iban con Villarino ([1782] 1972: 1058) descubrieron en marzo de 1783 que dos marineros tenían escorbuto³³, razón por la cual, el mencionado piloto elogiaba la utilidad de las manzanas que habían recogido durante el viaje, "pues aquí no hay otro socorro para éste ni otros males, por no haber embarcado dietas, medicinas, ni facultativo proporcionado a una expedición como ésta". Viedma eludió entonces la cuestión del envío de productos desde el fuerte y enfatizó las contradicciones entre la facilidad para efectuar el

³² Aunque en los primeros momentos la relación entre Villarino y Viedma pareciera haber sido más amena, el primero había cuestionado ya en relatos previos la poca ayuda brindada desde el establecimiento del río Negro. En uno de los diarios de dicho piloto encontramos que la escasez de provisiones durante un viaje habría ocasionado el adelanto del retorno "no teniendo ya más que las tres cuartas partes de un saco de pan y muy poca carne [...] determiné volverme faltándome como llevo dicho víveres lo que sentí bastante pues tenía la gente muy conforme y todos deseosos de continuar la navegación y en este paraje puse una cruz de un sauce con este letrado Villarino 1780" (Villarino [1780: f. 13v-14]).

³³ La 22ª edición del Diccionario de la Real Academia Española define el escorbuto como una enfermedad resultante de la carencia de ciertas vitaminas en la alimentación, que se caracteriza por hemorragias cutáneas y musculares y fenómenos de debilidad general.

reconocimiento expuesta por Villarino al secretario del virrey y la enorme cantidad de obstáculos que enumeraba el piloto, quien lamentaba tener “siete marineros enfermos que me hacen notable falta” (Villarino [1782] 1972: 1061). No obstante, aunque protestaba por la escasez de recursos con los que contaba, Villarino ([1782] 1972: 1075) pretendía llegar a la laguna de *Huechum-lauquen* -que él llamaba “La deseada”- o enviar un mensajero a Valdivia para solicitar ayuda y finalizar el reconocimiento “de estos ríos y del Diamante; pues emprendiendo su navegación en las crecientes, no tengo duda en llegar a Mendoza”.

Asimismo, al finalizar el documento de Villarino sobre el reconocimiento del río Negro de 1782-1783, el compilador De Angelis (1972) ha añadido varios manuscritos vinculados con un temor generalizado de la época: la posibilidad de que potencias extranjeras como Inglaterra descubriesen la relevancia de la región patagónica y se apoderaran de ella, logrando una fácil entrada a Valdivia o por la costa sin que los españoles se enteraran. Esta inclusión nos ha permitido dilucidar la existencia de un conflicto generado a nivel institucional debido a la reiteración del piloto sobre las dificultades de navegar el río Negro hacia Chile y la desconfianza por ocupaciones foráneas. A raíz del informe de Villarino y los cuestionamientos de Francisco de Viedma, el virrey Marqués de Sobremonte habría solicitado al brigadier José Custodio de Saa y Faría [1783] y al capitán de navío José Varela [1783] que emitieran su opinión con respecto a la conveniencia de que permaneciera en pie el Fuerte del Carmen³⁴. También en su memoria, Viedma ([1784] 1910: 448) dio cuenta

³⁴ El capitán Varela ([1783] 1972: 1146) manifestó que el esfuerzo de Villarino debía ser recompensado ignorando las críticas de Viedma, aunque no todos los datos eran correctos pero “Villarino merece que se le perdone este descuido, porque no tenía delante la carta de Mendoza”. Aconsejó proteger “a Villarino que ha trabajado mucho y bien: pues el merito contraído por este piloto es real y efectivo, y en lo demás puede haber alguna duda” (Varela [1783] 1972: 1146-1147). Asimismo, opinaba que los enemigos de España no podrían invadir los establecimientos españoles desde el sur, teniendo en cuenta las dificultades que había sufrido Villarino y la necesidad de excesivos víveres. Según Varela, la idea de la invasión había surgido por las afirmaciones de Falkner de que se podía llegar a Valdivia por el río Negro; pero él la menospreció: hallaba pocas ventajas para desarrollar el comercio, la agricultura y la pesca, y consideraba que “el establecimiento del río Negro es inútil, y que para asegurar la posesión de aquel terreno, basta conservar el Fuerte del Carmen, con una mediana guarnición” (Varela [1783] 1972: 1146).

En contraposición, el brigadier José Custodio de Saa respondió al virrey revalorizando la posibilidad de una invasión, aunque desestimando la idea de que se iniciara en el río Negro. Coincidió en que era cierto que dicho río no ofrecía ventajas para la agricultura por la mala calidad del terreno, ni para el comercio por las dificultades de la navegación. Consideraba que una ofensiva extranjera en esa zona sería una tarea escabrosa, y “aún concediendo que dicho río fuera navegable, lo hallo impracticable, teniendo su curso por unas campañas incógnitas y despobladas. ¿Qué embarcaciones serían precisas para conducir tropas, pertrechos, equipajes y víveres? ¿Y de a donde sacarían maderas de que hacerlas? Para marchar por tierra no son menores las dificultades, sin caballos, ni carretas, ni paraje a donde poder hallar víveres, sino a muy largas distancias. ¿Y qué obstáculos habría que superar para atravesar la cordillera, y después de ella hasta Valdivia, u otro establecimiento? Sin disputa sería más fácil buscarlos por el mar del sur que por la parte del río Negro” (Custodio de Saa [1783] 1972: 1150).

de “los fundados celos de las noticias que recibió la corte de España, que intentaba la de Londres establecerse en la Bahía sin Fondo, o punta de San Matías, donde desagua el río Negro”, entre otras razones como consecuencia de la difusión de los escritos de Falkner que describían los paisajes patagónicos.

De esta manera, a lo largo del capítulo hemos dado cuenta de diversos enfoques acerca de los conceptos de “territorio”, “espacio” y “paisaje” que nos permitieron llevar a cabo un análisis con énfasis en las relaciones sociales, trascendiendo lo meramente geográfico.

Asimismo, detallamos el modo en que nos enfrentamos a otras dificultades metodológicas generadas durante el trabajo con fuentes históricas, tanto publicadas como inéditas, tales como su ubicación en los archivos, la comprensión “entre líneas” (Nacuzzi 2002) de lo escrito, y la identificación y adecuación posterior de determinados topónimos y otros términos utilizados por los viajeros.

Finalmente, mostramos la relevancia del contexto histórico-cultural para comprender al paisaje como resultado de un proceso y en constante elaboración, lo cual también hizo posible pensar en los condicionamientos que afectaban a los autores de los relatos por ser parte de jerarquías militares. Además, en dicho marco integramos las percepciones de los viajeros complementando la información hallada a través del cruzamiento de los datos disponibles en los distintos documentos.

Finalmente, el Marqués de Sobremonte remitió un oficio a Francisco de Viedma comunicándole que había recibido el diario y anunciando que Villarino debía presentarse ante las autoridades de Buenos Aires. Posteriormente, Villarino regresó a sus tareas en el Fuerte del Carmen.

PARTE 1: INDICIOS DE LA UTILIZACIÓN Y LA PERCEPCIÓN DEL TERRITORIO IMPLÍCITOS EN LOS RELATOS DE LOS EXPEDICIONARIOS

Partimos de la idea de que las modalidades de uso de los territorios se encuentran íntimamente relacionadas con las percepciones sobre el mismo, siendo ambas evidenciadas en los documentos trabajados. No obstante, con el objeto de simplificar el abordaje analítico, hemos dividido esta primera parte en dos capítulos que agrupan los aspectos referidos a la utilización del espacio y sus recursos por parte de los expedicionarios y las percepciones acerca del manejo indígena del mismo. En ambos casos, nos basamos en informaciones desde la óptica de los viajeros, ya que trabajamos con sus diarios y correspondencia como fuentes históricas.

Nos resultó interesante la propuesta de Potteiger y Purinton (1998) de considerar al paisaje como una red de narrativas, mediante las cuales los paisajes podrían conocerse de modos no típicamente reconocidos, debido a que esto nos permite reflexionar acerca de las íntimas relaciones entre los documentos y sus descripciones sobre los espacios recorridos. Estos autores utilizaron el término "*landscape narrative*" para señalar el interjuego entre el paisaje y la narrativa, afirmando que, así como los lugares configuran narrativas, la gente interpreta esos lugares a través de las narrativas, debido a que aquellos hacen visible la dimensión temporal de éstas: "*landscape narratives mediate the crossing of temporal and spatial experience*" (Potteiger y Purinton 1998: 7). Incluso, nos pareció sugestivo su planteo de que las narrativas espaciales persisten en silencio y, fundamentalmente, el que el observador se vuelve narrador a raíz de que los paisajes no tienen un autor o un narrador previo. Potteiger y Purinton (1998: 19) sostuvieron además que las narrativas están implícitas en los paisajes "*inscribed by natural processes and cultural practices [...] Constantly in process of being made and unmade, landscape narratives become open narratives without the closure and clear plot structure of conventional stories*", lo cual nos permite pensar en una continuidad temporal y una estrecha relación con el presente. Al respecto, coincidimos con Selwyn (1995, en Hirsch 1995: 14) en su concepción del paisaje como una metáfora estratégica para reconstruir valores, lo cual nos lleva a analizar las perspectivas de los hispanocriollos e indígenas a fines del siglo XVIII cuando la autonomía indígena en gran parte del territorio aún no prefiguraba el desarrollo que posteriormente tuvo la historia.

CAPÍTULO 3: UTILIZACIÓN DEL PAISAJE POR PARTE DE LOS VIAJEROS COLONIALES

En primer lugar, reflexionamos acerca de la propuesta de Rose (1995) de que los sentidos de lugar se formaban a partir de diversos sentimientos personales y sociales, implicando referencias a otros sitios. En este sentido, repetidas veces los expedicionarios aludían en sus relatos a lo que conocían de España, tanto a lo que sus potenciales lectores podían reconocer, así como también aquello que no les resultaba familiar y captaba su atención. Al respecto, coincidimos con Bender (1993) y Hirsch (1995) en sus afirmaciones sobre la relevancia de contextualizar el paisaje, teniendo en cuenta que los expedicionarios intentaron brindar información práctica que facilitara las travesías a otros futuros viajeros.

Asimismo, hallamos menciones a elementos ajenos al territorio patagónico -que habrían sido incluidos como consecuencia de la ignorancia de los expedicionarios sobre las especies locales-, así como también referencias a ciertos recursos que encontraban en los trayectos que les resultaban de utilidad para complementar sus propios víveres. En este sentido, podemos observar algunas actividades de los expedicionarios asociadas a la obtención de ciertos alimentos y el seguimiento de los rastros de posibles presas. Los viajeros suponían procedencias y nombres de recursos y planificaban las travesías teniendo en cuenta la disponibilidad potencial, ya que la presencia de los mismos les permitía solucionar algunos percances durante el trayecto.

Por otro lado, los expedicionarios utilizaban los recursos disponibles en el territorio para complementar las provisiones que llevaban y solventar las dificultades de las travesías. Además, el desconocimiento del terreno llevaba a los funcionarios gubernamentales a intentar precaverse en la mayor medida de posibles inconvenientes, valiéndose de baqueanos para orientarse y sobrevivir. Esta inexperiencia en la región les ocasionaba trastornos, ya sea a raíz de las inclemencias climáticas o por la presencia de accidentes geográficos desconocidos.

Así, como hemos mencionado, consideramos los aportes de Rose (1995) acerca de que el "sentido de lugar" estaría basado en sentimientos personales y sociales, y los lugares estarían llenos de significado por ser creados individual y grupalmente por la gente. Los sentidos de lugar -complejos por sus contradicciones internas- serían articulados mediante procesos de representación (Massey 1995, citado por Rose 1995), razón por la cual deberían entenderse en un contexto social amplio, que combinara diversas escalas geográficas (Rose 1995). Retomamos la distinción de

Rose entre las formas en que las emociones sobre el lugar se vinculan a la noción de "identidad"³⁵, focalizando en los elementos asociados a 1) la pertenencia a un lugar, que provee una sensación de seguridad y refugio, y a 2) la identidad por contraste con otros –no por pertenencia–, que se supone *a priori* que influye en la percepción. En este sentido, coincidimos con Bender (1993) y Hirsch (1995) en que el paisaje debe ser contextualizado, ya que es fundamentalmente polisémico: "*the landscape is never inert, people engage with it, re-work it, appropriate and contest it*" (Bender 1993: 3).

Con respecto al **primer inciso referido a la idea de pertenencia a un lugar**, Rose (1995) caracterizó como "domésticos" a los sitios en los que uno se siente cómodo, "como en casa". A pesar de que lamentaban cierta hostilidad del territorio, observamos que los expedicionarios vinculaban lo que veían con lo que estaban familiarizados, especialmente en relación con España, tierra natal de muchos de ellos. De esta manera, incluían en los relatos elementos ajenos al espacio norpatagónico ya que también desconocían gran parte de los recursos autóctonos de la zona. Como sugirió Rose (1995: 96): "*sence of place [...] may explicitly refer to one place, but at the same time implicitly also be making arguments about another place*". Tanto Zizur como Villarino se referían a especies vegetales y animales ajenas al espacio patagónico, propias de Europa y regiones aledañas: retamas (Zizur [1781] 1973), perdices y dátiles (Villarino [1782] 1972). Hernández ([1770] 1910: 548) señaló que "no acaeció otra novedad que la de haber muerto la gente algunos leones y tigres, de que abunda mucho este campo" y Villarino ([1781] 1972: 661) describió que habían hallado "perdices, leones, jabalíes y liebres. Se tendió la red y se pescaron pejerreyes, sollas, y bacalao". Según Villarino ([1782] 1972: 1084), los piñones eran

de bello gusto y mantenimiento, su tamaño es casi como un dátil de Berbería, el gesto casi como los piñones de España; son blancos, de cascara delgada, y si tuviese a esta hora abundancia de esta fruta, sin otros víveres pudiera seguir cuatro meses más el reconocimiento.

Poco después, este piloto contaba que le había solicitado al yerno de Chulilaquin que le entregara dos docenas de piñas con piñones con el objeto de verlas y luego enviarlas al fuerte del río Negro. Pensaba que desde dicho establecimiento podrían remitirse al virrey y la corte, "porque me parecen serían dignas de verse por su

³⁵ En nuestra investigación la cuestión de la identidad ha sido abordada teniendo en cuenta los aportes de Barth (1976).

extraordinario tamaño, según me dicen, y según la proporción que tienen los piñones de España, pues me parece que un piñón de estos excede a uno de aquellos en tamaño" (Villarino [1782] 1972: 1119). Sus opiniones eran semejantes con respecto a las manzanas aunque aseguraba que

en gusto no exceden a las de Galicia mi patria [...] a esta calidad de manzanas las llaman en mi país 'repinaldos reales'. Yo, a lo menos, no he estado en paraje de todos cuanto tengo andados, a donde hubiese tan buena, tan diversa ni tan abundante manzana como aquí (Villarino [1782] 1972: 1121).

Los expedicionarios hacían analogías no sólo asociadas a aspectos naturales del territorio sino también a elementos construidos por la gente. Por ejemplo, Villarino ([1782] 1972: 1033) describió a una barranca "que forma una vista que parece una serie de castillos altísimos" y otras que aparentaban ser "grandes edificios desmoronados" (Villarino [1782] 1972: 1041)³⁶. Al ver un cerro el piloto expuso que:

si no supiera que estas tierras estaban habitadas sólo por salvajes, creería firmísimamente, que en él estaba un castillo con dos baluartes al río con ocho cañones montados. Son varias las figuras que hace esta serranía, pero ninguna más bien representada que ésta (Villarino [1782] 1972: 1078-1079).

Este tipo de comparaciones les permitían a los viajeros establecer nexos con otros rasgos o sitios que los potenciales lectores de los documentos pudieran reconocer, por ejemplo, Viedma ([1781] 1938: 533) describía unas llanuras que eran atravesadas por un río desde el cual se desprendían cursos menores, "de modo que viene a ser como otro Nilo, que fecunda sus terrenos con las inundaciones". Por su parte, Villarino ([1779: f. 5v-6]) aludía a unas "plantas como las del Puerto de San José, apio, llantén, y otros: muchos patos, charlotos, perdices y infinitos lobos de aceite de admirable tamaño" y a unos "árboles de la misma especie que los que sirven para hacer carbón en el establecimiento [Fuerte del Carmen]" (Villarino [1782] 1972: 975). Estas referencias asociadas a aspectos en común con los lectores se explican en relación con la necesidad de los viajeros de hacerse entender lo mejor posible a fin de ampliar el escaso conocimiento de las autoridades virreinales sobre la región.

³⁶ En los relatos de Villarino abundan este tipo de comparaciones, detallando barrancas que simulaban "hornos de teja", o una que "mirándola de lejos [...] parece un gigante de rodillas, de modo que hacen estas barrancas figuras bien extrañas" (Villarino [1782] 1972: 1041). En otro caso, este piloto narraba que un río corría por encima de un enladrillado de piedras blancas que, según él, semejaban "una rambla hecha a mano: la piedra parece labrada y muy igual" (Villarino [1782] 1972: 1058).

Además, en los relatos encontramos alusiones a viajes previos de los mismos autores que les habrían permitido ubicarse mejor en el terreno y acrecentar esa información disponible. Por ejemplo, Villarino ([1781] 1972: 671) señalaba que desde un cerrito había divisado “aunque confusamente dos árboles que se me figuraron dos sauces, junto a los cuales había yo bebido agua el año pasado, en el viaje que por tierra hice al Colorado”.

Asimismo, con el objeto de optimizar la orientación en los territorios ignotos, los expedicionarios denominaban ciertos lugares con términos asociados principalmente a las formas que percibían en el paisaje. Esto fue explicitado por Zizur ([1786] 1910: 232) al aludir a una isla central de arbustos que sugeriría la designación de “Laguna del Monte” o a unos “monigotes” que podían observarse en los “Médanos de los Monigotes” (Zizur [1786] 1910: 237). Además, en los distintos documentos se mencionaron los sitios de “Cañada del zapato”, “Cabeza del buey” (Zizur [1786] 1910: 236; Terrada [1808: f. 1]), laguna “Cruz de guerra” (Zizur [1786] 1910: 237; Terrada [1808 f. 1]; Baygorri de las Fuentes [1778: f. 1]; Hernández [1770] 1910: 548), “Cerro de la Tinta” (Hernández [1770] 1910: 555). Villarino ([1780: f. 8v]) también relató la llegada a “la horca del indio” y Hernández escribió que caminaron hacia “la sierra que llaman de Cuello” ([1770] 1910: 558).

De la misma manera, los viajeros “bautizaban” lugares que consideraban carentes de nombre o que pretendían renombrar, como por ejemplo, “Piedras blancas” (Zizur [1781] 1873: 72), la cañada “Pantanosa” (Zizur [1786] 1910: 225), “Cruz de Villarino” (Villarino [1782] 1972: 974), “Fortaleza de Villarino” (Villarino [1782] 1972: 1133). Baygorri de las Fuentes ([1778: f. 1v]) narró que al hallar unas lagunas sin nombre las llamaron “del Pilar”, y que al pasar por una cañada la nombraron “de Vértiz” (Baygorri de las Fuentes [1778: f. 1v]). Por su parte, el capitán Hernández ([1770] 1910: 549) había encontrado unos altos médanos de arena con “una laguna de agua dulce, y a su orilla vimos un toldo, y en él un indio muerto, pariente de nuestro aliado el cacique Lepin, [...] por cuyo motivo se le puso a dichos médanos el nombre de Indio muerto”. Otras razones que este capitán esgrimió para justificar la imposición de nombres a lugares fueron: “por haber muerto unos toros se le dio el nombre de Médanos de los toros muertos” (Hernández [1770] 1910: 549), y al acampar en “un río, que llaman el Salado, [...] se le puso el nombre de Nuestra Señora del Pilar, por haber llegado este día” (Hernández [1770] 1910: 550). En este sentido, eran frecuentes las denominaciones vinculadas a aspectos religiosos, en particular, a santos y personajes cristianos. Hernández también señalaba que habían llegado “a

+ s' lo percepción o utilización del espacio
→ la apropiación del mismo. → + toldo

una gran laguna, que los indios llaman en su idioma Tenemeche, y nosotros le pusimos el nombre de Santiago Apóstol" ([1770] 1910: 549)³⁷. Viedma ([1779: f. 168]) aludió a referencias cristianas al fundar el establecimiento del río Negro: "A este fuerte y población se le denomina de nuestra Señora del Carmen por haberla elegido de matrona: sírvase excelencia dar disposición para que se haga una efigie de esta señora, y se remita a la primera ocasión para colocarla en la capilla".

Por otro lado, según Bender (1993), los individuos poseerían varios paisajes en tensión³⁸, lo cual observamos en la elección y uso de determinados topónimos para orientarse durante las travesías. Esto nos permite aproximarnos a las maneras en que las comisiones percibían los territorios, en función del conocimiento del mismo mediante observaciones previas o por informantes. El hecho de renombrar los sitios o de recurrir a términos indígenas se vinculaba con los intereses puestos en juego y las relaciones de poder subyacentes. Por ejemplo, Viedma ([1781] 1938: 543) apelaba a los vocablos que usaban los indios al describir "una sierra, que llaman Pillaguenco", y una sierra "que llaman el Calegal, cuya punta está unida a la del Catandil" (Viedma [1781] 1938: 544). Zizur ([1781] 1973: 71) también utilizaba ciertos nombres con los cuales los indios llamaban a diversos sitios para ubicarse en el territorio, tales como "Másanaguida" para referirse a la "Sierra de la Mesa" y el arroyo y la sierra "Guamini" (Zizur [1786] 1910: 231). Por su parte, el piloto Villarino ([1782] 1972: 1044) registró tres ríos llamados "Lolquem", "Huechum" y "Picunutú", la boca de "Oluehechum" (Villarino [1782] 1972: 1046), el río "Huechu-huechen" y el "Catapuliche" (Villarino [1782] 1972: 1094). Según este piloto, Falkner llamaba "Laguna del Límite" a lo que los indígenas conocían como Huechun-lauquen (Villarino [1782] 1972: 1015) y "Pichí-Epianjú-leubú" a un río al norte del "Negro" (Villarino [1782] 1972: 1033).

¿En qué reviste la importancia de que los funcionarios del Virreinato del Río de la Plata utilizaran términos indígenas para referirse al paisaje? El hecho de que los viajeros se refiriesen a los sitios mediante nombres indígenas resulta relevante ya que consideramos que se veían forzados a usarlos para poder orientarse porque ellos desconocían el terreno. Quienes estaban en determinado territorio en el momento que los expedicionarios pasaban eran asociados más estrechamente a

³⁷ En otra ocasión, el mismo Hernández ([1770] 1910: 549) comentó que se detuvieron "a la orilla de un arroyo crecido y pantanoso, y se le puso el nombre de San Bruno". Además, nombraron un arroyo como "San Pedro de Alcantara" (Hernández [1770] 1910: 551) y a otro "se le puso el nombre de Arroyo de San Martín" (Hernández [1770] 1910: 555).

³⁸ Por esta razón, Bender (1993) ha equiparado a los paisajes con palimpsestos.

ese lugar y se tomaban los topónimos que aquellos utilizaban, independientemente de que otros grupos indígenas llamaran de un modo diferente al mismo sitio. Los hispanocriollos recurrían a hitos en el paisaje para orientarse y, en función de que quienes generalmente los guiaban eran indígenas, los funcionarios aprendían esos nombres o apelaban a nombres que aludieran a rasgos físicos característicos del terreno. Por estas razones, los expedicionarios también comparaban las denominaciones que había señalado Falkner, ya que servían de referentes y no siempre coincidían con los que otros indios usaban. Al respecto, según Nacuzzi (1991: 114), Casamiquela (1987) ha planteado que casi el treinta por ciento de los topónimos de origen indígena en la provincia de Chubut se refieren a distintos recursos potencialmente propios de las zonas que designaban, el veinte por ciento aluden a alguna característica topográfica, y otros, a sucesos pasados o nombres propios. El gran porcentaje de las dos primeras categorías de topónimos indicaría, según Nacuzzi (1991), un amplio conocimiento del paisaje y sus posibilidades. Por ejemplo, Viedma [1779: f. 144] especificaba que debido a su caudal, los indios llamaban "Río Grande" al río Colorado. Resultaba relevante destacar esta característica en el nombre del lugar fundamentalmente porque condicionaba el cruce del curso de agua. Asimismo, los indígenas posiblemente denominaban "Sierras de Alcayrú" (Viedma [1781] 1938: 517) a la zona conocida como "Cayrú". Por su parte, Hernández ([1770] 1910: 548) mencionaba "la laguna que llaman *Palantelen*" y Villarino ([1782] 1972: 1009) aludía al "Rincón grande" o "*Tehuelmalal*", al río "*Sanquel*" ("Diamante"), y al "Desaguadero" o río "Negro" como "Pichileubú" (Villarino [1782] 1972: 1042).

También encontramos vocablos que remiten a las interpretaciones de los topónimos indígenas por parte de los viajeros, por ejemplo Hernández ([1770] 1910: 551) señaló que encontraron "un gran río, el que pasamos casi a nado, y está tan poblado de sauces muy grandes y gruesos, que por eso le dan el nombre de los Sauces". Poco después, relató que "a este paraje se le daba el nombre de Ventana, siendo cierto que todas las piedras tienen a su remate muchas quebradas, por donde entran y salen a uno y otro lado de las pampas" (Hernández [1770] 1910: 551).

Retomando la distinción de los sentidos de lugar planteada por Rose (1995), consideramos el **segundo punto acerca de la identidad por contraste con otros** teniendo en cuenta la influencia del comportamiento de las autoridades militares y civiles en las percepciones de los viajeros -dado que formaban parte de rangos

jerárquicos-, mencionada en el capítulo dos. Los casos de Francisco de Viedma como subordinado de Juan de la Piedra, y posteriormente, de aquel como superior al mando de Basilio Villarino constituyen los ejemplos más relevantes. Por ejemplo, Viedma se vio obligado a demostrar la importancia de la instalación española en la costa patagónica con el objeto de obtener apoyo de la Corona para establecerse como le había sido encargado. Así, solicitó provisiones, ganado de carga y embarcaciones tanto para efectuar los reconocimientos como para transportar víveres y “la sal de las salinas descubiertas, en lo que puedan lograr los intereses de su majestad alguna ventaja” (Viedma [1779: f. 162])³⁹.

Por otro lado, dentro del ítem mencionado consideramos las referencias de Villarino a los diarios de viaje del sacerdote jesuita Thomas Falkner, quien había recorrido la región patagónica a mediados del siglo XVIII. El piloto señalaba que Falkner había narrado en su diario que los indios llevaban las cargas de sal en sacos de cuero, lo cual él mismo también veía. Explicaba además que sospechaba que un río pequeño al noroeste, que Falkner había citado como “Pichileubú”, era el “Tunuyán”, porque los indios le habían dicho que no entraba en la laguna de *Guanacache*, como pensaba Falkner y, por lo tanto, estaría muy cerca de Mendoza. Villarino comparaba sus propias interpretaciones sobre la procedencia de un río y la denominación de una isla con las brindadas por el jesuita: el piloto creía que el río del norte venía de *Huechum*, era ramo del principal y se unía cerca, donde terminaba la isla, que podía ser la que Falkner había llamado *Cangapol*. Asimismo, afirmaba que:

Los campos que siguen tierra adentro de las barrancas, no producen pastos, ni arboles, ni están llenos de espeso bosques, como quiere Falkner: antes bien, en lo que he visto, por lo contrario, se hacen estos campos intransitables, a excepción de las orillas de los ríos, porque en ellos falta el agua, la caza y el pasto para las bestias (Villarino [1782] 1972: 1035).

En relación con esto, señalamos la relevancia de contextualizar los sentidos de lugar teniendo en cuenta los efectos del contraste con “otros” en la configuración de

³⁹ En el caso de Villarino ([1782] 1972), por ejemplo, no habría navegado río arriba para atrapar a unos desertores a pesar de considerarlo conveniente porque Viedma le habría ordenado no exponer a la tropa por tales motivos. Según el relato de aquel, Viedma creía conveniente enviar peones y caballada para auxiliarlo, y por eso Villarino ([1782] 1972: 1006) habría decidido “seguir lo que pueda sin los caballos y peones, y remitirlos al establecimiento, porque no se verifique la cláusula que dice, que mire a lo que me expongo si roban los indios los caballos, y acaece algún desgraciado suceso”. No obstante, en una nota en el mismo diario del piloto Viedma aclaró que él no le había ordenado remitir los caballos y peones, sino sólo le había advertido acerca de los riesgos de llevarlos y lo habría dejado a su voluntad.

la propia identidad. En este sentido, analizamos aquello que captaba la atención de los expedicionarios a fin de comprender cómo percibían un paisaje que no les era familiar. Encontramos que en las fuentes aparecen entremezcladas las impresiones de los autores tanto de asombro como de desconsuelo frente a lo inhóspito de los territorios⁴⁰. En este sentido, Villarino resultó particularmente expresivo transmitiendo mediante sus descripciones la desolación que experimentaba. Por ejemplo, retrataba unas barrancas inaccesibles del río por el que navegaba, en cuyas faldas apenas crecían malezas espinosas

pero tan raras y ruines, que jamás llegó a mi imaginación que en todo el globo de la tierra pudiese haber alguna tan infeliz como ésta: no se ven rastros ni animales, pero ni tampoco pájaros. Es infelicísima la tierra de una y otra banda, [...] ninguna hallé como la de hoy; horroriza su esterilidad, y los precipicios de sus barrancas (Villarino [1782] 1972: 1032).

En otra ocasión, este piloto se lamentaba por las dificultades para reconocer el terreno, habiendo tenido que trepar unos cerros muy altos

y no sin bastante riesgo, porque además de ser muy penoso el subir a ellos, por ser preciso subir a gatas, por lo perpendiculares, es el compuesto de ellos de pura piedra cimentada sobre polvo, que a cada paso se desmorona; [...] y es cierto que si fuera por intereses propios míos, por 50.000 pesos no volvería a la eminencia adonde estuve, a cuya subida pudo obligarme el servicio del rey (Villarino [1782] 1972: 1061).

Asimismo, los llamados "otros" no siempre eran los indígenas y podían ser viajeros potenciales, lo cual también afectaba la forma en que se expresaban los autores de los documentos y los aspectos que destacaban en sus relatos. Encontramos que los diarios de viaje brindaban datos útiles para futuros expedicionarios proveyendo información acerca de la caza disponible, de la estacionalidad o no de los cuerpos de agua y demás recursos. Tanto Hernández ([1770] 1910) como Zizur ([1786] 1910) evaluaban constantemente la existencia de

⁴⁰ En diversas ocasiones, los viajeros dieron cuenta del espacio patagónico y su poco acogedor vínculo con los visitantes, especialmente luego de llevar a cabo reconocimientos de los territorios que transitaban. Viedma ([1780] 1938: 366), por ejemplo, detalló la gran aridez de un arenoso terreno "que sólo creaba espinas y malezas; y por de contado hice juicio de ser infructífero e incapaz de poder producir cosa alguna". También destacó el ímpetu de los vientos, advirtiendo una noche calma que aquello se veía "muy rara vez [...] en este paraje donde parece que los vientos tienen su domicilio" (Viedma [1781: f. 6]). Villarino ([1782] 1972: 1045-1046), por su parte, habría regresado de una recorrida "con indecible desconsuelo, porque habiendo estado la mañana muy clara, estuve mirando la cordillera tan clara y tan cerca, que si no hubiera venido hecho cargo de esta expedición, solito yo, y a pie como me hallo, me pondría en camino para ella. Hace una vista bellísima: sus cerros están cubiertos de nieve, y el arroyo Pichi-Picuntú tiene su origen en el cerro".

cuerpos de agua y de los recursos que podían presentárseles a los viajeros ocasionales. Por ejemplo, Hernández ([1770] 1910: 557) señalaba que en el Arroyo de la Tinta “nadan los caballos en partes; tiene bancos o saltos de piedra, sus aguas son cristalinas y dulces, mantiene mucho pescado, especialmente truchas en abundancia”. Por su parte, Villarino ([1782] 1972) comentaba frente un paisaje de llanuras arenosas sin vegetación que habiendo dejado atrás el río Diamante ya no habían hallado más guanacos, liebres ni gamas, salvo algunos escasos patos, avutardas, palomas y perdices pequeñas.

La escasez de agua dulce representaba un problema que frecuentemente era mencionado por los autores, al tiempo que daban cuenta de la presencia de alimentos que podían complementar las provisiones que las comisiones llevaban. Así, Hernández ([1770] 1910: 552) se quejaba de que había tenido que “cavar pozos con los sables y lanzas para poder beber agua, que, aunque abundaba, era toda salada”. Poco después y como consecuencia de no haber hallado agua dulce a lo largo de todo el día se les habían rendido “algunos caballos, viéndonos precisados a dejarlos y a parar a puestas del sol: habiéndose adelantado los indios en solicitud de agua, no comiendo nada este día por defecto de leña y agua” (Hernández [1770] 1910: 554). Al continuar avanzando, llegaron hasta donde había un grupo de indios “que se hallaban acampados en una laguna muy grande, cuyas aguas son salobres: pero habiendo cavado algunos pozos, paramos como cuatro horas para que la gente comiese, y bebiesen las caballadas” (Hernández ([1770] 1910: 554). Por su parte, García ([1779: f. 4]) tuvo inconvenientes para hallar agua dulce en un terreno que desconocían casi en su totalidad. Tuvieron que escavar bastante hasta encontrar

agua en abundancia, pero tan salada como la del mar; conocí que era en balde trabajar en ningún paraje de esta tierra por cuya razón, retiré mi gente y herramientas y fui al referido Piedra a poner en su noticia, la novedad que nos tuvo en el mayor conflicto, pues no era para menos, porque no había en los buques agua para dos días.

Del mismo modo, Villarino ([1780: f. 3v]) escribía que los caballos se habían rendido “por la falta de agua, y uno se quedó cansado, padeciendo nosotros la misma sed; pues se había acabado el agua de los barriles”⁴¹. Viedma ([1780] 1938:

⁴¹ En un diario del año siguiente, Villarino ([1781] 1972: 671) relataba que viendo el escaso agua del que disponía “por la mucha que se había vaciado por la inutilidad de la vasijería podrida, hice cerrar la caldera del mate y di orden que se diese de beber una sola vez a los animales media ración, y que la gente bebiese por un cañón de fusil, y mandé la chalupa a un arroyuelo de agua salada para su seguridad, pues inmediata al bergantín esta expuesta a irse a pique”.

recupción de un recurso + el al paisaje
de tipo

366) comentaba que a pesar de que abundaban matorrales de los cuales las poblaciones podrían abastecerse de leña, "el aspecto de este terreno manifestaba ser incapaz de llevar agua dulce, y así se experimentó en tres pozos que en los siguientes días que estuvimos fondeados en este paraje se abrieron".

No obstante, también encontramos reiteradas referencias al hallazgo de abundante agua, por ejemplo, Hernández ([1770] 1910: 555) exponía que los campos próximos a la Sierra del Volcán, "son muy abundantes de agua por tener muchos arroyos que vienen de las sierras, pero muy pobres de leña, pues no se encuentra más que bosta".

Así, cada elemento del territorio que pudiera resultar útil en el futuro era cuasi inventariado y objeto de detalladas descripciones, aunque no fuera conocido. De esta manera, los documentos muestran comentarios sobre otros recursos disponibles en el terreno que revestían cierta importancia porque los expedicionarios podían aprovecharlos, más allá de llevar provisiones de alimentos y leña. La recurrente escasez de comestibles mostraba amplia correspondencia con la disponibilidad o no de caza en el terreno como complemento de las provisiones de las comitivas, lo cual se veía afectado en gran medida por el rigor del territorio⁴². Por estos motivos, Viedma ([1781] 1938: 533) destacaba la abundancia "de mucha caza, como perdices, palomas, avutardas, patos, liebres, vizcachas, y venados". Los documentos revelan ciertos hábitos de los expedicionarios con respecto al aprovisionamiento de la comitiva, tales como la caza y la pesca⁴³. Por ejemplo, la comitiva que iba con Hernández ([1770] 1910: 555) había matado ocho cerdos en un estero, con los cuales "se proveyó la gente de carne con éstos, y algunos avestruces y venados que se asaron: hubo este día que comer a satisfacción". Villarino ([1779: f. 6v]) también dio cuenta de las prácticas de caza de sus hombres, quienes al desembarcar habían encontrado "perdices, liebres y muchos lobos de aceite, con los cuales se divirtió la gente en matar algunos con lo que aumentaron la alegría de la entrada en el río, que para todos había sido grande". En otros de sus diarios dejó constancia de haber matado "un león [marino] que inmediatamente desollamos y cargamos para comer" (Villarino [1780: f. 2v]) y de haber remitido una embarcación

⁴² Por ejemplo, Villarino ([1780: f. 14-14v]) exponía que no había podido hacer observaciones debido a las imperfecciones topográficas pero "los víveres no me dan lugar de buscar sitio aparente, y por ser estas tierras tan estériles de caza no me determiné a detenerme afuera de la llanura del río, la tierra de sobre las barrancas es la mas árida e infeliz que puede haber".

⁴³ Asimismo, los viajeros recolectaban ciertos vegetales que podían resultarles de utilidad, por ejemplo, Hernández ([1770] 1910: 551) detalló que habían encontrado en unos médanos "bastante tomillo, parrilla y otras yerbas medicinales".

“a la Punta Rubia, con una cuarterola para que la llenasen de aceite de lobo, que los hay en abundancia” (Villarino [1781] 1972: 691). Estos viajeros también cazaban liebres (Villarino [1782] 1972: 973), pescaban truchas (Villarino [1782] 1972: 985) y charqueaban reses (Villarino [1782] 1972: 1007) para ayudar con los víveres.

Para determinar la presencia de las potenciales presas los expedicionarios se orientaban mediante rastros particulares que detallaban en los diarios, tales como huellas de pisadas de animales o la presencia de ciertos depredadores. Por ejemplo, Villarino ([1782] 1972: 1063) comentaba que al subir a unas sierras había encontrado varias pisadas de guanaco, “por lo que se conoce que habrá en estas sierras abundancia de dichos animales”. Asimismo, en otra ocasión puntualizaba que en la zona cercana a la Laguna Grande “las águilas *caranchus* y chimangos comen marisco por lo que no debe haber muchas perdices ni otros pájaros. Lo que no faltan son jabalís pues en cualesquiera parte se halla rastro de ellos” (Villarino [1780: f. 14v]).

Esos recursos que encontraban a medida que avanzaban les permitían, en ciertas ocasiones, solucionar percances que surgían; por ejemplo, Hernández ([1770] 1910: 554) registró el acopio de carne y cueros por parte de la comisión, cuando llegaron a un arroyo salobre y se pusieron

a pescar con unos anzuelos que se hicieron de unas agujas, con los que se pescaron muchas truchas. Todo el campo que este día se caminó abunda mucho en leones, de cuyas carnes se proveyó la gente para comer, y de las pieles se calzaron muchos, haciéndose botas por estar descalzos, y entre ellos el capitán don Juan Antonio Hernández, quien habiendo muerto uno se hizo unas botas, con las que concluyó todo el resto de la expedición.

Los hombres de Villarino ([1782] 1972) hicieron una balsa con postes cortados de una isla y atados con sauces, un corral con otros postes y astas para chuzas con los restos de unos remos rotos.

Así, en función de la disponibilidad de los recursos, los expedicionarios debían planificar los caminos a seguir y las acciones a tomar. Por ejemplo, previendo una futura necesidad de víveres y dadas las dificultades para navegar con excesivo peso en las embarcaciones, Villarino ([1782] 1972: 1047-1048) hizo “meter debajo de la tierra seis barricas y cuatro barriles de carne salada, por no poder cargarla en las chalupas; asimismo se enterraron tres barriles de grasa y ocho botijuelas de aceite: dejé entre unos sauces el barril de brea y un tercio de yerba”. Además, desarmaron

varios barriles de carne y la pusieron a secar para llevarla al plan⁴⁴ de las chalupas, a fin de ocupar menos espacio y alivianar el peso. En otras circunstancias, Villarino ([1780: f. 11]) había encontrado “buena madera de sauce algunos tirantes, arcones, y camas de carro en esta isla se pueden sacar hasta sesenta palos útiles para lo dicho” y Baygorri de las Fuentes ([1778: f. 2]) daba cuenta de las frondosas arboledas “capaces de trabajar tablas, casas, y cuanto se quiera de ellas”. Por su parte, Zizur ([1786] 1910) planeó utilizar como corral una garganta que encontraron a fin de resolver parte de la incertidumbre del trayecto.

A lo largo de los relatos pueden observarse diversas conjeturas acerca de los elementos desconocidos encontrados en el territorio, buscando adivinar sus nombres y procedencias. Viedma ([1781] 1938: 521), por ejemplo, daba cuenta de su desconcierto al intentar conocer un vegetal de madera muy dura presente en las sierras del cual no pudo averiguar la denominación nativa, cuyas matas generalmente crecían “tendidas en el suelo, no tiene espinas y las hojas son como las de sauce poco más anchas y largas, que no saben cómo se llama por no darle nombre los indios, y no haberla en los campos de Buenos Aires y Montevideo”. Asimismo, al hallar una rama seca de manzano, Villarino ([1782] 1972: 1064) suponía que no crecía “de su especie desde la entrada de este río en el océano hasta este sitio. A mí me parece que es ‘alerce’, de cuya madera abunda la Cordillera por frente de Chiloé, pues de allí se conduce en bastante porción a Lima hecha tablas”. Por estos motivos, el piloto había hecho cortar un tronquito y embarcarlo en la chalupa.

Este desconocimiento del territorio les generaba inconvenientes a los expedicionarios⁴⁵, quienes debían tomar precauciones a fin de asegurar los próximos avances. Con frecuencia tenían problemas por tener que atravesar cursos de agua, tales como los manifestados por Hernández ([1770] 1910) con respecto al gran esfuerzo que les significó el cruce de ciertos arroyos, barrancosos y pantanosos. En uno de estos “fue preciso con los sables y lanzas cavar alguna cosa para hacer bajada, pasando las municiones a pie, y poniendo en la carretilla veinte hombres a caballo, que con lazos a la cincha la fuesen deteniendo por lo

⁴⁴ Según la 22ª edición del Diccionario de la Real Academia Española, el plan es la parte inferior y más ancha del fondo de una embarcación en la bodega, se encuentra de cada lado de la quilla.

⁴⁵ Por ejemplo, García ([1779]) protestaba porque Villarino y Juan de la Piedra no estaban de acuerdo con él sobre las características de un sitio que habían hallado. En función de que los otros dos “persistían en hablar de un conocimiento, les dije: esto no es una laguna manantial sino una balsa de agua empozada que creo no hay ocho pipas de agua clara, lo fundo por estas señales que aquí veo patentes, que era menguar la laguna diariamente que se conocía lo bastante por la tierra; en breves días se vino en conocimiento de mi fundada razón” García ([1779: f. 4v]).

perpendicular de dicha bajada” (Hernández [1770] 1910: 551). Posteriormente, tuvieron que pasar a nado el río Dulce porque estaba muy crecido, y como consecuencia

se hubieron de ahogar tres hombres, a no habérseles acudido inmediatamente a favorecerlos: los que se pudieron libertar, aunque con bastante trabajo. Se dispusieron de algunos cueros pelotas para pasar los cañoncitos, pertrechos y demás equipajes, habiendo acaecido el haberse ido a fondo en medio de dicho río una pelota con siete armas y ropa de la gente de la compañía del Salto, la que no se pudo sacar por ser ya de noche y estar la gente rendida de nadar, y se dejó para el día venidero (Hernández [1770] 1910: 561).

De forma similar, Villarino ([1780]) informó que tras verse obligados a costear el río Colorado campo adentro por no poder atravesarlo, habían quedado rodeados de pantanos por estar la marea baja, donde se habían caído su caballo y el de un indio. En otra ocasión, relató que después de caminar más de una legua por “puro pantano, nos hallamos cercados de arroyos sin poder pasar adelante di vuelta y vine por el arroyo donde estaba refugiada la chalupa, y hallé varada, sin que fuese posible en la pleamar echarla al agua” (Villarino [1781] 1972: 672).

Otro obstáculo importante al que debieron enfrentarse los expedicionarios fue la inclemencia de la lluvia, que los obligaba a detenerse reiteradamente. Hernández ([1770] 1910: 559) expuso su sensación de desprotección frente al rigor del tiempo, incrementada como consecuencia del desconocimiento sobre la ubicación de sitios que pudieran brindarles reparo⁴⁶, detallando que se había generado “una gran tormenta de truenos, relámpagos y agua, que nos duró toda la tarde, y nos obligó a parar como a las cinco, buscando un albardón, porque todo el campo estaba anegado, por cuya causa nos mantuvimos a caballo”.

La contención de los animales que las comisiones llevaban consigo también entorpecían el avance, lo cual se erigía como un problema adicional porque los animales retardaban la marcha, ya sea por cansancio o debilitados por la carencia de alimentos y agua dulce. Al respecto, Hernández ([1770] 1910: 552) se lamentaba de que en pocos días se les había muerto “la caballada por defecto de los pastos y

⁴⁶ Podemos encontrar expresiones similares a lo largo de narración; no obstante, ningún otro expedicionario que haya viajado durante la misma época reiteró con semejante frecuencia los lamentos de Hernández con respecto a la asiduidad de las lluvias. Éste realizó su travesía en el mes de octubre de 1770 -cuando es primavera en la región-, durante la misma estación pero unos años después, Zizur ([1781] 1973) emprendió su viaje desde la ciudad de Buenos Aires hacia el fuerte del Carmen y Villarino ([1782] 1972) efectuó parte de su navegación por el río Negro.

el agua salada, y a un mismo tiempo se nos iba acabando el bastimento⁴⁷, pues no había más de siete toros". Villarino ([1781] 1972: 1033) narró que se habían visto obligados a dejar los caballos porque estaban "ya cansados, flacos e inservibles" y los había hecho "reyunar"⁴⁸. A pesar de lo expuesto, el ganado proporcionaba una solución de último recurso frente al hambre de la gente, lo cual, por ejemplo Viedma ([1780] 1938: 379) detalló acerca de una partida que habría tenido que "matar un caballo para comer, a causa de haber estado dos días separados de la chalupa".

Al parecer, según los relatos, las travesías náuticas le habrían causado más inconvenientes a Villarino que los que tuvieron otros viajeros que avanzaban por tierra⁴⁹. En general, Villarino y su gente navegaban constantemente con ayuda de sirgas, remos, espías⁵⁰, sufriendo viento en contra, lluvias, roturas de embarcaciones. En uno de sus diarios, este piloto comentaba que se habían visto obligados a alejar la embarcación del puerto de San José por desconocerlo y, a la mañana siguiente, la fuerza del viento y del mar les habían impedido ingresar. Además, tenían "ya gastados diecinueve días de víveres, los tiempos cerrados y las costas que no ofrecen partido por lo barrancoso, vacíos, y sacos que no permiten tiempos fuertes y cerrados" (Villarino [1779: f. 23]). Por ello, a fin de asegurar la embarcación, la información recabada, los intereses de la Corona y sus propias vidas, Villarino ([1779: f. 23-23v]) determinó amarrar la nave al noreste "y de no aflojar el tiempo, continuar a dar las noticias a Buenos Aires del excelentísimo señor virrey como me lo previno de palabra el superintendente don Francisco de Viedma".

En otro viaje, Villarino ([1782] 1972: 976) se quejaba de que avanzaban poco "por la fuerte corriente, el viento contrario y malos sirgaderos"⁵¹, o que durante toda la tarde había habido viento pero débil como para romper la rápida corriente del río, "y en algunos parajes a vela y remo no pudieron romper las embarcaciones, siendo

⁴⁷ Según la 22^o edición del Diccionario de la Real Academia Española, el bastimento es la provisión para el sustento de una ciudad, de un ejército o similar.

⁴⁸ Aunque el término "reyunar" no figura en el Diccionario de la Real Academia Española sino únicamente en la acepción del adjetivo "reyuno" que se utilizaba para referirse a los caballos pertenecientes al Estado, que llevaban como señal la mitad de la oreja derecha cortada.

⁴⁹ Algunas de estas complicaciones resultan casi anecdóticas considerando la precariedad general de las misiones. Así, Villarino ([1779: f. 1]) contaba que una noche había perdido un reloj al tener que echarse al agua hasta el cuello por el viento y durante otro viaje exponía: "me hice a la vela, y se me cayó el reloj al agua, quedándome sin siquiera una ampolleta para gobierno, y sin reloj alguno a bordo de ninguna especie" (Villarino [1781] 1972: 668).

⁵⁰ Según la 22^o edición del Diccionario de la Real Academia Española, las espías son las cuerdas que se utilizan para fijar la embarcación atándola a un ancla u otro objeto fijo o para hacerla avanzar hacia el mismo.

⁵¹ El vocablo "sirgadero" no es reconocido por la Real Academia Española, sin embargo, remite al denominado "camino de sirga", ubicado a orillas de los ríos y canales para llevar las embarcaciones tirando de ellas desde tierra mediante una cuerda gruesa llamada "sirga".

preciso por esta causa traer siempre los marineros hasta medio cuerpo metidos en el agua tirando de la sirga” (Villarino [1782] 1972: 1010). El piloto lamentaba que por la fuerza de la corriente había sido “preciso con toda la gente ir pasando las embarcaciones una a una, esto es, caminando toda la gente un corto trecho con una, y volviendo en busca de otra” (Villarino [1782] 1972: 1040). Así, la tripulación debía “conducir sobre los hombros la carga de las chalupas, y a ellas poco menos. El viento es en popa bastante fuerte, pero no se puede aprovechar” (Villarino [1782] 1972: 1049)⁵². Se veían obligados a pasar las embarcaciones a pesar de los fuertes vientos y las sucesivas roturas de las espías,

toda la gente desnuda y metida en el agua: la corriente tan fuerte como puede llevar la canal del más violento molino; a esto se agravaba la mala calidad de los cabos, y los viejos y cansados de trabajar, que a cada instante se rompían, por lo que me vi precisado a abrir canal con barras, palas, picos y azadas, alijando las chalupas. [...] Y siguen los vientos fuertes y contrarios, los que nunca experimenté tan duraderos en la costa patagónica, ni en las Islas Malvinas (Villarino [1782] 1972: 1059).

Además, los expedicionarios sufrían diversas afecciones físicas vinculadas a su interacción con el territorio, por ejemplo, Viedma ([1779]) se manifestaba preocupado porque sus hombres contrajeran escorbuto, lo cual finalmente sucedió, aumentando su inquietud dada la cantidad y gravedad de los casos. Por su parte, Villarino ([1781] 1972: 691) puntualizaba que había enviado a otra persona a abalizar un canal próximo a Punta Rubia “por hallarme yo enfermo”. En un viaje posterior, Villarino ([1782] 1972: 1049) escribía: “yo y toda la gente parecemos lazarinos⁵³: todos estamos hinchados de la plaga de jejenes que cayó sobre nosotros hace hoy tres días”. Además, el hecho de tener que permanecer gran parte del día dentro del agua a pesar del frío para mover las embarcaciones les producía deformaciones corporales transitorias. Al respecto, el piloto expresaba:

⁵² Al respecto, Villarino ([1782] 1972: 1081) lamentaba que “en estos pasos y descarga, es adonde más se rinde la gente, porque ya cansados de ir arrastrando por unas corrientes tan violentas las embarcaciones, llegan a estos parajes, en los cuales además de tener que conducir los utensilios por tierra, se necesita hacer el mayor esfuerzo, porque todos los pasos de poca agua están a donde ésta precipitadamente se despeña”. A tal punto varaban continuamente, que el piloto escribió una vez que “no fue preciso que este día se echase la gente al agua, único, en siete meses y nueve días que aquí salí del establecimiento del río Negro” (Villarino [1782] 1972: 1128).

⁵³ Según la 22ª edición del Diccionario de la Real Academia Española, los lazarinos son quienes padecen el mal de San Lazaro, conocido en medicina como “elefantiasis”. Este síndrome se caracteriza por un gran incremento de tamaño en algunas partes del cuerpo, en particular de las extremidades inferiores; según el Diccionario de la Real Academia Española.

temo no les resulte algún daño, por estar todos tan hinchados, que les cuesta trabajo ver por donde caminan, siendo la hinchazón por todo el cuerpo general; y creo que a cualquiera parte que llegásemos en esta disposición, nos harían hacer cuarentena; juzgándonos apestados (Villarino [1782] 1972: 1050).

Villarino lamentaba no poder remediar estos inconvenientes relacionados con la carencia de caballos y la mala calidad de los alimentos que aún les quedaban, ya que pasaban muchas horas intentando avanzar con los botes, descansando poco e ingiriendo escasos alimentos⁵⁴.

Así, en este capítulo hemos abordado los modos en que los viajeros percibían y utilizaban el territorio reconociendo lo que interpretaban como “familiar” y lo que encontraban diferente a ellos, en base a la asociación de Rose (1995) entre las impresiones sobre los lugares y la configuración identitaria. En este sentido, enfatizamos la importancia del contexto socio-histórico para comprender las referencias brindadas por los expedicionarios y los efectos de su relación con los “otros”.

Además, señalamos las dificultades que debieron enfrentar los expedicionarios como consecuencia de su desconocimiento del territorio, lo cual se contraponía con el manejo indígena de los recursos de la región. Al respecto, destacamos la necesidad de los viajeros de contar con baqueanos para sobrevivir, “otros” que conocían la región y surgían de los miembros de los grupos indígenas -aunque podían ser hispanocriollos refugiados entre ellos-. Esta cuestión de los guías, vinculada a las relaciones de poder, será profundizada en los capítulos 4, 5 y 6.

⁵⁴ Por ello, al acabarse el pan de la chalupa San Francisco, Villarino ([1782] 1972: 1069) había escrito que lo sentía “muchísimo, si bien hubiera durado más si no fuera tan mal hecho, la harina de tan mala calidad y el más inferior que he visto, hecho atropelladamente, y así se pudo”. Según el piloto, el problema con el alimento atrasaba considerablemente el viaje, dado que si se hubiese hecho con mayor cuidado “tendría víveres ahora la expedición para dos meses más, y nunca mejor proporción de descubrir, por hallarme en la cordillera y tan cerca de Valdivia, [...] y si a esto se añadiese el tener caballos, mucho se podría hacer (Villarino [1782] 1972: 1078).

CAPÍTULO 4: PERCEPCIONES DE LOS EXPEDICIONARIOS SOBRE LAS ESTRATEGIAS Y NEGOCIACIONES INDÍGENAS DESARROLLADAS A PARTIR DEL MANEJO DE SUS TERRITORIOS/RECURSOS

En primera instancia, es preciso reconocer los diversos actores sociales que participaban en las interacciones con los expedicionarios, para lo cual resultan de utilidad los estudios de Nacuzzi (1998, 2007, 2008) quien ha profundizado en la heterogeneidad de los grupos indígenas, al tiempo que consideramos los aportes de Barth (1976) sobre la identidad. Al respecto, tenemos en cuenta las caracterizaciones sobre los indígenas desarrolladas por los viajeros en las que se enfatizaban las asociaciones con la idea de salvajismo. En este sentido, coincidimos con Irurtia (2002) sobre la dificultad de reconstruir la perspectiva indígena desde los documentos existentes.

Nos acercamos a los modos en que los hispanocriollos comprendían el uso de los recursos y el territorio por parte de los indios a través de las formas en que lo exponían en los documentos: localizando a los caciques, a las agrupaciones y a los elementos clave en el paisaje. En relación con esto, Nacuzzi (1998) advirtió que los etnógrafos tendieron a considerar fuentes de distintos períodos y lugares para describir a los indígenas, y ciertos geónimos se fueron convirtiendo progresivamente en gentilicios. Por ejemplo, los 'pehuenches' debían su nombre al consumo que hacían del fruto del *pehuén* -árbol autóctono de la zona del Neuquén que ocupaban- y los 'ranculches' o 'ranqueles' recibían esa denominación por habitar un área provista de abundante *rancul* -carrizo de las Pampas-. Nacuzzi (1998: 243) señaló también el sentido de otros apelativos: "'pampas' (por la región que ocupaban), 'aucas' (por indio 'rebelde' o 'alzado', al menos en la región pampeano-patagónica)⁵⁵, 'tehuelche' (del araucano: gente 'brava' o 'arisca')".

En este marco consideramos que el uso de términos indígenas por parte de los expedicionarios en referencia a lugares y recursos daría cuenta de las relaciones de poder plasmadas en el territorio. Por ello pretendemos abordar la utilización de recursos clave tanto para los indios como para los "blancos". Las percepciones de los viajeros sobre los saberes de los indios acerca de la disponibilidad de los recursos y de las diversas modalidades en el manejo de los mismos evidenciarían el conocimiento diferencial del territorio que experimentaban los distintos grupos.

⁵⁵ Según Nacuzzi (1998), para los españoles, los grupos de sierra de la Ventana serían "pampas" o "aucas"; para los indios, "auca" aludiría al peligro que esa gente representaba para los españoles, y serían los amigos del cacique Calpisqui del oeste de las sierras.

Finalmente, ese desconocimiento de los viajeros con respecto al paisaje y a la organización de las parcialidades indígenas se habría visto reflejado en el logro relativo de los objetivos propuestos y la necesaria adaptación a los cambios circunstanciales como consecuencia de los errores cometidos, como por ejemplo, la escasa recuperación de cautivos.

Retomando, a partir de los argumentos de Luiz (2006) acerca de que las nociones de “bárbaro-infiel-salvaje” eran utilizadas para caracterizar a los grupos resistentes al dominio colonial, podemos observar cómo los relatos analizados remarcan esta idea de salvajismo vinculada a las “características inherentes” a los indígenas. Por ejemplo, el capitán Hernández ([1770] 1910: 561) realizó una pormenorizada descripción de los indios ‘pampas’ y ‘aucaces’ -en un apartado al finalizar su relato de viaje- detallando que serían de estatura mediana, robustos, de cara ancha y abultada, ojos sanguinolientos, cabello lacio y grueso, y se vestían con “muchos cueritos de zorrillos, pedazos de león y otros de venado, los que van ingiriendo”. Este capitán expuso que los indios de ambos sexos utilizaban diversos abalorios en el cuello y las extremidades; y en caso de lucha, los hombres -muy diestros en el uso de las lanzas y bolas desde el punto de vista del citado capitán- llevaban coletos⁵⁶ y sombreros de cuero de toro⁵⁷. Especificó las actividades que llevaban a cabo los indígenas y captaban su atención, v. gr., el hecho de que por la mañana, al despertarse, fueran a la laguna o río más cercano y se echaran “unos a otros gran porción de agua en la cabeza” (Hernández [1770] 1910: 562). Hernández retrató también, sin ocultar el asco que le causaba, el modo de alimentarse de los indios, el cual él simplificó como comer ganado equino, avestruces, venados y cuanto animal encontraran, aunque lo que más habrían apetecido habría sido la yegua⁵⁸.

De manera semejante, Francisco de Viedma ([1779: f. 142]) subrayó la pobreza y masedumbre de los nativos al encontrar “bastantes tolderías de indios, ya de

⁵⁶ Según la 22ª edición del Diccionario de la Real Academia Española, el colete es una vestimenta hecha de piel, que cubre el cuerpo, ciñéndolo hasta la cintura.

⁵⁷ Además, según Hernández ([1770] 1910), los indios llamaban *guavaloca* a la vestimenta con que se cubrían todo el cuerpo -el autor advertía que los españoles la conocían como *quiapí*-, que los hombres ataban con una faja de cuero de potro en la cintura y las mujeres en el cuello.

⁵⁸ Teniendo en cuenta lo expuesto acerca de las asociaciones con lo salvaje y lo repulsivo, hallamos una descripción de Hernández ([1770] 1910: 562) sobre la caza de un venado: “apenas lo bolean (pues es su modo de cazar), le agarran de las piernas y le dan contra el suelo un golpe, y dándole un puñetazo en cada costillar, lo degüellan, no permitiendo que le salga sangre alguna, sino que se le vaya introduciendo todo por el garguero, y medio vivo lo abren por entre las piernas, cosa que quepa la mano, y echándole afuera todas las tripas, sacan la asadura entera y se la comen como si estuviera bien guisada, sorbiéndole el cuajo, como si fuera un pocillo de chocolate. El sebo, panza y lebrillo de la vaca lo comen crudo y gustan mucho de ello, de suerte que cuando hacen invasión en nuestras fronteras no son sentidos, porque como no necesitan de fuego para comer, se introducen con facilidad”.

nación tigueltchus, y ya de pampas llenos de infelicidad, y miseria, y sólo piden de comer por la desdicha en que se ven: sin gemir manifiestan ser dóciles". Paralelamente, resaltó el papel de los españoles como benefactores de quienes, desde su punto de vista, eran indígenas famélicos⁵⁹. No obstante, Viedma ([1779: f. 149]) puntualizaba en el carácter irritable e insatisfacción frecuente que él observaba en los indios, lamentando que "el aguardiente es lo que más apetecen con tanto exceso, que no hay fuerzas, porque son insaciables en este vicio, y como no tienen más fe, que mientras se les da, y en faltándoles se enojan". En un sentido semejante, Terrada ([1808: f. 1]) hacía referencia al "espíritu nocivo que había reconocido en los indios".

De este modo, podemos observar, en coincidencia con lo expresado por Irurtia (2002), que resulta dificultoso reconstruir la perspectiva indígena a partir de fuentes escritas por "blancos". Sin embargo, pueden leerse "entre líneas" menciones a objetos de los blancos entre los indios, uso de vocablos de blancos y resignificaciones de elementos del "otro" en la vida social indígena⁶⁰.

Como hemos visto, el empleo de términos indígenas evidenciaba relaciones de poder que podemos advertir en el uso del territorio, dentro del cual resulta relevante atender al conocimiento diferencial de los grupos con respecto al mismo. Por ejemplo, Hernández ([1770] 1910: 555), que realizaba su expedición acompañado por un grupo de indígenas, comentaba que habían despachado muy temprano "al capitán Lican con diez indios, para que fuese explorando el campo de la banda del este, por cuanto Caullamantú llevó el orden de internarse al sur hasta dar con el Quequen". Incluso Hernández ([1770] 1910: 555) afirmaba que "queriendo nuestro comandante seguir a las sierras, le previnieron los indios no era posible, por hallarse todo aquel campo sin agua". En contraposición con la ignorancia de los expedicionarios, los indígenas conocían el paisaje y no sólo podían escapar fácilmente de los hispanocriollos, encontrar gente y lugares, sino también prever las mejores rutas para avanzar. Así, Viedma ([1780] 1938: 379) lamentaba la deserción de un esclavo que se le había comprado al cacique Negro, y que se había llevado

⁵⁹ Sin embargo, a pesar de esa supuesta filantropía hispanocriolla, Viedma ([1779: f. 148-149]) no descuidaba sus intereses por mantener al mínimo los gastos cotidianos, ya que "todas estas gentes no comen más, que carne de caballo; y más haberles robado los aucaces parte de la caballada, se hallan muy hambrientos, y nos consumen algunos bastimentos, pues por tenerlos gratos al cacique Negro y sus parientes, tengo los más días, que traerlos a bordo, a comer, y darles así más, y porotos para sus familias, bien que todo lo hago con aquella economía posible".

⁶⁰ La autora también expone que a medida que el siglo XIX avanzaba la autonomía indígena se debilitó y, progresivamente, los indios tuvieron menores posibilidades de imponer sus propios términos en las negociaciones.

cuatro caballos y frioleras de los soldados y Villarino ([1782] 1972) relataba que el cacique Chulilaquin había enviado a dos esclavos suyos a averiguar dónde estaban los marineros del piloto que no aparecían.

Los modos en que los hispanocriollos aludían a los recursos y a su uso por parte de los indios nos permitieron aproximarnos a las modalidades de interacción indígena en el paisaje. Por ejemplo, Hernández ([1770] 1910: 548) mencionaba unas “bolas potriadoras y sueltas, que llaman los indios sacay” y el hecho de que “los indios llaman al pescado challua” (Hernández [1770] 1910: 550)⁶¹. Por su parte, Villarino ([1782] 1972: 1130) reseñó algunos vocablos indígenas como “*daal*” -fruta del chañar-, “*Yajaunaujén*” –para designar el “Cerro de la Imperial”- (Villarino [1782] 1972: 1096), la loma de “*Choelechoel*” (Villarino [1782] 1972: 985) y, según el piloto, “el anta se llama entre los guilliches ‘*haleglique*’, y el pellejo ‘*ysanam*’” (Villarino [1782] 1972: 1117).

En los distintos documentos analizados, los viajeros organizaban de maneras diferentes a los grupos indígenas, sus caciques y localizaciones respectivas; lo cual puede explicarse teniendo en cuenta el grado de conocimiento acerca de los mismos que cada uno tenía⁶². Según Nacuzzi (1998), Viedma habría abandonado progresivamente el término “pampas” al conocer mejor a los grupos, lo cual podemos observar en el diario del superintendente de 1781 en el que expresaba que las tolderías de Calpíquis y Guchulap -ubicadas en las sierras de Casuati-Tandil, Volcán y Salinas, con “permanente domicilio en las márgenes e inmediaciones del río Negro” (Viedma [1781] 1938: 531)- estaban compuestas

de diferentes tribus, o naciones como las de los Chulilaquits, la de Quiliner, y así de otras naciones, cuyos nombres no le he podido comprender, bien me

⁶¹ Este capitán detalló además el significado de los nombres de los caciques que participaron de la expedición: “Lepin Naguel, que en nuestro idioma significa la pluma con el tigre. Lincon Naguel, el grillo con el tigre. Lican Naguel, piedra de tigre. Caulla Mantu, brilla el sol. Calfingere, zorro azul. Epullanca, dos piedras verdes. Alcaluan, guanaco macho. Tanamanque, buitre arrojado. Cadupani, león negro. Guente Naguel, el tigre encima. Lepiguala, pluma de cuervo. Pallaguala, echado de espaldas. Guayquibilu, lanza de víbora” (Hernández [1770] 1910: 548).

⁶² Nacuzzi (1998) advirtió sobre las distintas denominaciones con relación a las relaciones con los diversos autores postulando la necesidad de observar la asociación de caciques con sus grupos que cada viajero hizo. El uso diferencial de gentilicios o la referencia geográfica “indios de...” según las circunstancias implicaría para la autora un indicio de subgrupos en el segundo caso y de grupos más abarcativos en el primero. Incluso, Nacuzzi destacó que Zizur se refería a los indios de la “Pampa” pero posiblemente no identificaba claramente quienes eran clasificados como ‘aucas’, ya que no otorgó información adicional. Para la autora, Viedma creía que los ‘pampas’ respondían principalmente al cacique Negro y eran quienes estaban más en contacto con el Fuerte del Carmen. Los ‘aucas’ habrían estado ubicados más hacia el noroeste con Calpíqui como representante, sin vínculo directo con el establecimiento del río Negro; y sobre los de las Salinas y los ‘ranqueles’ –al oeste de las Salinas- sólo tendrían información por terceros. Según Viedma, los ‘tiquelchus’ se hallaban al sur del río Negro y tampoco tenían demasiado trato con el fuerte.

dijo había otro Cacique poderoso llamado Sn Quil, el que había de ir a visitarle con el Cacique Negro, dentro de pocas lunas" (Viedma [1781] 1938: 531).

Así, Nacuzzi (1998) propuso considerar como territorios reconocidos por cada cacique como propios los sitios en los que acampaban solos: "las sierras de Buenos Aires para Calpisquis, el arroyo Sauce Grande y las desembocaduras de los ríos Colorado y Negro para Negro o Chanel, el interior del río Negro para Chulilaquini" (Nacuzzi 1998: 121) -particularmente, en la "Tierra de las Manzanas"- . Posteriormente agregó al cacique Uzel en el río Colorado y en las Salinas a los caciques Alcaluan y Katruen (Nacuzzi 1998). Según la mencionada autora, las alianzas y movimientos de estos grupos se habrían organizado en relación con la accesibilidad a la frontera de Buenos Aires y al ganado cimarrón.

De esta forma, los viajeros habrían buscado facilitar la convivencia y el trato pacífico con los indígenas, más que delimitar las agrupaciones, señaló Nacuzzi (1998). Dicha autora también identificó cuatro grupos de caciques con respecto a los caciques hermanos de las zonas serranas de la actual provincia de Buenos Aires, teniendo en cuenta las relaciones y proximidad geográfica entre ellos. Quienes estaban confederados con el cacique Calpiski serían los vecinos más cercanos - Catamillá, Falei, Pañancio, Cayunamun, y quizás, Chumiante y Llancagré-; luego estaban los caciques que habitaban las Salinas - Alcaluan, Katruen, Guchulap-; más alejados, los 'ranquichules' -que debían pagar para atravesar el territorio-; y finalmente, los 'peguelchus' del cacique Negro, con quienes tenían relaciones fluctuantes y frecuentemente conflictivas. Algunos de estos caciques habrían estado presentes en la firma del tratado de la Laguna de los Huesos que Pinazo debía proponer a los aucas (Bucarelli y Ursúa [1770]). Entre ellos se hallaba *Alcaluan*, a quien Nacuzzi asoció a los salineros; *Calumilla*, quien podría ser *Catamillá*, uno de los caciques confederados con Lorenzo; y *Caullamantu*, quien podría corresponder quizá por deficiencias de transcripción a otro de los caciques confederados, *Cayunamun*⁶³.

⁶³ A la firma de ese acuerdo de paz concurren también los caciques Lepín Anguel, Tambú Naguel, Cadu Pagnilica [¿]iaguel, Tanamanque, Quintellanca, Nabala[.]pai, Cuhumillanca y Epullanca, según Bucarelli y Ursúa ([1770]).

En este contexto, consideramos relevante indagar en la disponibilidad y el uso de recursos que resultaban claves tanto para ellos como para los hispanocriollos⁶⁴. Por ejemplo, la comitiva de Villarino ([1782] 1972: 1066) habría encontrado

un palo de 3 1/2 varas de largo, y palmo y medio de diámetro, labrado por dos lados a lo largo con una mala hacha u otro instrumento, como azuela mal afilada; y en los extremos tenía alrededor dos incisiones que penetraban como dos pulgadas: cuyas circunstancias me inducen a presumir, que sea, o fuese hecho para balsa, de las que gastan los indios para basquear en la laguna de Huechum-lauquen, y que precisamente habrá de esta madera a la orilla de este río

Asimismo, Villarino ([1779: f. 8v]) intentaba describir el “estado, costumbres y frutos de este país, y sus habitantes” procurando informarse mediante una cautiva que hablaba español -por ser “china pampa” a diferencia del resto de los indios *teguelchus* que habían llegado con ella-. La mujer habría asegurado que

estos indios casi no tienen adoración sólo un poco veneran al sol, comen guanacos, liebres, avestruces y caballos; sacan de debajo de tierra una batatilla muy chica que comen ya crudas ya cocidas, y raíces que tostadas hacen de ellas harina con que hacen poleadas, y así mismo de una semilla muy chica que parece mostaza, también la muelen entre dos piedras, y hacen poleadas (Villarino [1779: f. 8v-9]).

La india también habría dicho que río arriba había “muchos indios aucaces, y *teguelchus*, los aucaces ricos, pues tienen ganado vacuno, caballar, y ovejuno con abundancia, que hacen mantas pellones, y ponchos, que amasan y siembran” (Villarino [1779: f. 9]). Al respecto, Palermo (1986) sostuvo que el ganado ovino criado por los indios resultaba de interés para los hispanocriollos, ya que poseía mayor corpulencia y vellón más largo en comparación con el de los estancieros bonaerenses. Teniendo en cuenta el amplio desarrollo de los textiles artesanales por las parcialidades indígenas así como las mayores necesidades de cuidado que requieren las ovejas con respecto a otros ganados, “la posesión de majadas de ovinos indicaría también aquí la adquisición de conocimientos sobre su cría, vinculada con la alimentación y los textiles” (Palermo 1986: 166). Asimismo, junto al

⁶⁴ En relación con esto, Quijada (2002c) ha señalado que la creciente necesidad de productos de los “blancos” por parte de los indios y la organización en torno a los arreos de ganado pampeano para los mercados chilenos fue acompañada, paralelamente, por el incremento del consumo de manufacturas indígenas -textiles, objetos de plata- y materias primas -plumas de ñandú, pieles de guanaco, cueros vacunos- por parte de la sociedad “blanca”. Así, según dicha autora, el comercio fue alentado como una estrategia política para mantener relaciones pacíficas en los espacios de frontera.

ganado vacuno, el caballo constituyó un bienpreciado por las parcialidades indígenas.

De esta manera, en los documentos encontramos indicios acerca de las estrategias de los indígenas con respecto al ganado que llevaban las expediciones. Por ejemplo, el superintendente Viedma ([1781] 1938: 507) narraba que unos peones habrían descubierto “tres caballos orejanos⁶⁵ los que desconocieron por cuyo motivo recelaba si eran de indios que se les habría venido” y que Piera habría logrado recuperar unos bueyes extraviados, de los cuales “solo faltaba uno que mataron los mismos indios porque decían estaba espiado⁶⁶, y no podía caminar. Aseguran los encontraron inmediato al río Colorado, y los recogieron para volverlos a este establecimiento” (Viedma [1781] 1938: 514-515).

El piloto Villarino destacaba la utilización de caballos reyunos por los indios y señalaba la tenencia y distribución de haciendas por parte de los caciques⁶⁷. Por ejemplo, describía que el cacique Cuyupilqui le habría asegurado que lo acompañaría hasta Valdivia, franqueándole caballos para el viaje, y que cuando el viaje concluyese, regresaría río abajo con él, y sus indios por tierra, para conocer el establecimiento del río Negro, a fin “de allí pasar a las pampas de Buenos Aires a tomar ganado vacuno y caballar para su provisión y mantenimiento, y vender en Valdivia” (Villarino [1782] 1972: 1025)⁶⁸. Acerca de lo cual el cacique Cuyupilqui habría manifestado que

él no hacía daño, pues el ganado que llevaba lo tomaba del bagual que andaba en el campo: que cuando venían de sus tierras, venían con muy pocos caballos, pero que traían ponchos y otras cosas, con las cuales

⁶⁵ Según la 22ª edición del Diccionario de la Real Academia Española, una res orejana no tiene marcas en las orejas ni en otras partes del cuerpo.

⁶⁶ El término hace referencia a que el objeto está afirmado al suelo por medio de espías –cabos-. En otros documentos también se ha hallado el vocablo “despeado” para señalar un caballo al que se le han estropeado los cascos por haber caminado mucho sin herraje, según lo expresaba Villarino ([1782] 1972: 987).

⁶⁷ También Hernández ([1770] 1910) se había referido a las posesiones de ganado indígena señalando que el cacique Lincon tenía sus tolderías próximas a las del cacique Alcaluan, quien mantenía una majada de ovejas y cabras. Zizur ([1781] 1973) frecuentemente describía la presencia de ganado vacuno y yeguada, potencialmente de los indios, en los campos que atravesaban. De manera semejante, Viedma ([1781] 1938) detallaba que el peón Godoy le había informado que los ranqueles tenían ovejas, cabras, y gran cantidad de yeguas y caballos.

⁶⁸ En otra situación, habían indagado a quien se había presentado como Ignacio Delgado, y éste les habría brindado detalles sobre Buenos Aires, Montevideo, Maldonado, Santa Teresa, Santa Fe y Valdivia, informándolos acerca de la distancia hasta Valdivia y de la ubicación de bosques de pinos. El indígena habría contado, además, “que tenía vacas, y que entre los indios había bastante de este ganado, caballar y lanar; que en llegando cerca de sus toldos haríamos trato con algunas vacas” (Villarino [1782] 1972: 1091). Luego, el piloto aclaraba que “contestan muchos indios en que Ignacio Delgado es cacique, y hombre de mucha hacienda; este vive a la orilla del río Catapuliche, un poco más arriba del desagüe de Huechu-huechuen, en dicho Catapuliche” (Villarino [1782] 1972: 1094).

hacían trato con los indios del Volcán, por caballos para correr en la pampa (Villarino [1782] 1972: 1025).

En consecuencia, resultó preciso tener en cuenta no sólo la disponibilidad de los recursos sino también el modo en que se utilizaban los mismos y su territorio. Al respecto, consideramos el aporte de Ingold (2000) acerca de que el hombre se transforma a sí mismo al transformar la naturaleza⁶⁹. En relación a esto analizamos en los documentos lo propuesto por Nacuzzi (1991) sobre las denominaciones de los sitios escogidos por los indígenas como “paraderos” asociadas a las ventajas naturales -tales como disponibilidad de agua dulce, leña, pasturas o refugio- o de rasgos topográficos característicos⁷⁰. Por ejemplo, los diarios de Viedma ([1779: f. 148]) muestran que los indios instalaban sus toldos generalmente en sitios donde había fuentes de agua permanentes: el cacique “Chanen: tiene muchas tolderías, que las más de ellas han hecho su asiento a la margen del río por la parte del norte, y en el día llegaron a cerca de treinta”. En otra ocasión, el cacique Calpisquis mandó al peón Godoy con sus indios a los toldos de los raqueles, quienes después de atravesar la sierra de la Ventana

encontraron dos cerros, y por medio de ellos hay un arroyo de muy buena agua, el que viene de hacia poniente, y pasado hallaron camino abierto hasta los toldos: Que como unas seis a siete leguas de estos cerros hay unos médanos de arena muy altos, y tendrán dos leguas de ancho, de cuyo paraje tienen tres pozos abiertos, inmediato a una laguna de agua llovediza (Viedma [1781] 1938: 540).

Asimismo, la posibilidad de la circulación por el territorio resultaba fundamental para los grupos indígenas, particularmente en lo que respecta al abastecimiento de recursos para la subsistencia. Esto lo encontramos mencionado en el relato de Hernández ([1770] 1910: 563), quien detalló la constitución de las viviendas y dio cuenta de la alta movilidad de las agrupaciones:

⁶⁹ Ingold (2000: 87) postuló que “*human beings do not so much transform the material world as play their part, along with other creatures, in the world’s transformation of itself [...] Nature is not a surface of materiality upon which human history is inscribed; rather history is the process wherein both people and their environments are continually bringing each other into being*”.

⁷⁰ Desde el punto de vista de Villarino ([1782] 1972: 1066), no era causa de sorpresa hallar vestigios de que algunos indígenas habían estado en un “potrerito chico que tiene el río por la parte del norte, y así sucede en todos, porque no hay rincón por chico que sea a la orilla del río, como tenga algún pasto, que no esté trillado y pisoteado de ellos”.

Las casas o poblaciones son de estacas de tres varas, y cueros de caballos por los lados y techos, que ellos les llaman suca y nosotros toldos⁷¹. En cada uno vive una familia, y en medio de dichos toldos tiene el cacique su habitación, la que no es fija, pues en un paraje viven un mes, en otros quince días o veinte, con cuyo motivo es difícil dar con ellos.

En este sentido, Nacuzzi (1991) propuso un patrón de movilidad correspondiente a los tehuelches que es posible extender al resto de las agrupaciones consideradas en este estudio, ya que todas ellas planeaban sus movimientos y la obtención de determinados recursos económicos con antelación, previendo los desplazamientos por rutas conocidas en las que se identificaban ciertos puntos con nombres significativos. Así, como sugirió dicha autora, podemos considerar al **nomadismo** como “una estrategia económica que buscaba maximizar las posibilidades económicas y no estaba restringido a las actividades de caza” (Nacuzzi 2007: 227).

De esta forma, podemos observar cómo las diferentes modalidades escogidas para estimar las distancias y duración de las jornadas de viaje reflejaban ciertos indicios del desconocimiento del paisaje por parte de los hispanocriollos. En el caso del cálculo espacial, los expedicionarios lo hacían con sistemas métricos europeos y, los indígenas, en días de caminata entre un lugar y otro. Por ejemplo, Villarino ([1780: f. 11]) declaraba que habían oído gritar unos pájaros “a dos cuadras de distancia” y había mandado a revisar al día siguiente desconfiando que hubiese sido gente, a raíz de lo cual hallaron “el rastro de tres caballos adonde habían dormido distancia media legua de nosotros” (Villarino [1780: f. 11]). En un diario posterior, el piloto aseguraba que los indios de *Huechun* le habían dicho “que su tierra dista cuatro jornadas de Valdivia; que aunque la distancia es corta el camino es malo; que se pasa la Cordillera por el Portillo; que la tierra del cacique Cangapol nos queda dos días de jornada aguas abajo” (Villarino [1782] 1972: 1018).

De manera semejante, encontramos ejemplos de mediciones indígenas del tiempo efectuadas en cantidad de lunas, lo cual al parecer habrían adoptado los

⁷¹ Nacuzzi (2008) ha definido el “toldo” como una vivienda ocupada principalmente por una familia nuclear, construida con palos y cueros que permitían desarmarla para transportarla con mayor facilidad. Asimismo, estas unidades se agrupaban en “tolderías” o “toldos” con distintas dimensiones y funciones dependiendo de los objetivos buscados. De esta forma, Nacuzzi (1991) y Nacuzzi *et al.* (2008) distingue entre “campamento base” –que duraba varios meses, y generalmente permanecían las mujeres, niños y ancianos mientras los hombres iban a partidas de caza o de intercambio-, “asentamientos próximos en áreas de aprovisionamiento” –formados pocos días en las temporadas propicias de abundancia de algún recurso natural particular, como guanacos o fruto-, “asentamientos transitorios” –donde pasaban un día o una noche durante traslados largos y rápidos-, y “grandes asentamientos mixtos” –que reunían distintos grupos étnicos por razones económicas o políticas, en primavera o verano-.

expedicionarios. Por ejemplo, Villarino ([1779: f. 10v]) relataba que se había encontrado con un cacique al que le había dicho que “iba a buscar qué comer que ya no tenía, y que en una luna me esperase que lo regalaría”. También el superintendente Viedma ([1781: f. 1v]) explicitaba que los indígenas medían el tiempo en lunas y los hispanocriollos en días, señalando que los indios se habían marchado después de que les pagaran por el ganado y los caballos, ofreciéndose “a la siguiente luna traer más ganado”. El modo indígena de concebir el tiempo también puede observarse en otro de los diarios del superintendente, quien escribía que “había otro cacique poderoso llamado Sn Quil, el que había de ir a visitarle con el cacique Negro, dentro de pocas lunas” (Viedma [1781] 1938: 531).

Viedma brindó también indicios de que para los hispanocriollos resultaba más práctico hacer referencia a días de viaje en caso de no poder recurrir a sistemas de medición europeos. Por ejemplo, unas cautivas le informaron que el cacique Guchulap estaba acampado con su gente a “*dos días de camino distante de estos toldos* [los del cacique Calpisqui], en un paraje inmediato a las Salinas donde vienen por sal desde Buenos Aires con carretas y tropas” (Viedma [1781] 1938: 517-518, el destacado es nuestro). Poco después, Viedma dio otra muestra de la preferencia de los expedicionarios por las alusiones al trayecto en cantidad de jornadas:

Cuando las citadas indiadas bajan a estos terrenos, tienen que pasar por el sitio que llaman el Chouche, por ser paso preciso, pues ningún otro paraje más arriba es transitable por falta de agua. Que desde el Cholechen salen dos caminos que va expresado *están dos jornadas de él*, donde hay agua en abundancia, y desde este paraje sigue el camino del Sauce y sierras referidas, y algunas indiadas le suelen transitar sin hacer parada en el Colorado que los terrenos de este río y los del cacique Negro y sus indios (Viedma [1781] 1938: 531-532, el destacado es nuestro).

En relación con estos distintos grados de conocimiento del territorio por parte de los grupos indígenas y de los funcionarios gubernamentales evidenciamos sus implicancias en la correspondencia entre los objetivos de las misiones y los resultados obtenidos. De esta manera, los expedicionarios intentaban solventar su desconocimiento sobre la región mediante la planificación de las acciones ofensivas y defensivas, para lo cual se esforzaban en averiguar datos acerca de la organización de las agrupaciones indígenas. Así, repetidas veces pueden observarse en los relatos menciones acerca de la cantidad de indios en cada toldo y la proporción entre ellos de hombres capaces de guerrear. Por ejemplo, Hernández

([1770] 1910: 548) exponía que “el número de indios que estos caciques llevaban, se componía de doscientos noventa y uno: los ciento veintitrés de lanza, y el resto de bolas potriadoras y sueltas”. En el caso de Viedma ([1781] 1938: 536), el peón Juan José González le había informado sobre la sierra de la Ventana

que las tolderías estaban divididas en distancia de una legua y media legua las que contó y llegaban a ciento cuarenta y siete en dos divisiones y más abajo le dijeron los indios y los cautivos que habían muchas tolderías, hacia la costa de la sierra del Casuati [Ventana].

Asimismo, Viedma ([1781] 1938: 511) envió a la sierra de la Ventana dos peones a caballo protegidos por el cacique Guachan y el indio ladino Mathias - hermano del difunto cacique Thomas- con

cuatro barriles de a mano de aguardiente para los caciques Calpquis, Toro, Guchulap, y Chanel, y les instruí, que reconocieran con prolijidad a aquellos terrenos, y todo el camino que anduviesen qué número de tolderías habría, cuántos caciques, y últimamente todas aquellas advertencias que me parecieron útiles para mi gobierno, y el mejor modo como se debían manejar con los indios.

Villarino ([1782] 1972) destacó que de una población de trescientos indígenas que habían encontrado, sólo seis eran chinas y, muchos de los demás, sólo arreaban o cazaban. En este sentido, observamos que los funcionarios gubernamentales hallaban escasas mujeres durante sus travesías ya que éstas no asistían a las reuniones interétnicas o se ocultaban ante circunstancias de tensión. Como ya hemos mencionado, a partir de la distinción entre tipos de asentamientos según la finalidad del movimiento, Nacuzzi (1991) planteó la existencia de “campamentos base” donde permanecían las mujeres, niños y ancianos mientras los hombres iban a cazar o en partidas de intercambio. Al respecto, también podemos citar un comentario de Hernández ([1770] 1910: 557) que evidencia esta distribución diferencial de los individuos:

Se tomaron once indias cautivas con sus familias a dichos teguelches; y el motivo de no haberse tomado más, fue, porque como dichos indios no estaban de asiento, sino en el servicio de potrero, habían dejado sus familias al otro lado del río Colorado, y se tomaron también cinco de las once que habían cautivado al cacique Lincon, a quien se le entregaron.

Asimismo, resultó interesante observar en las alusiones a las mujeres aspectos que traslucen las distancias culturales implícitas⁷² razón por la cual podemos explicar los esfuerzos de gran parte de los expedicionarios para negociar la devolución de cautivos. Los viajeros anotaban frecuentemente en sus diarios informaciones acerca de los intercambios de cautivos y datos sobre en qué tolderías podría haber otros no registrados⁷³. De esta manera, encontramos detalles acerca de hispanocriollos capturados por los indígenas en un diario de Villarino ([1781] 1972: 685), quien explicaba que había llegado “el marinero que faltaba, al cual lo habían apresado los indios en los toldos, y tenían ya como esclavo”. Asimismo, Viedma ([1781] 1938: 518) escribía que, al ser alojados en los toldos del cacique Calpisqui, unos peones hallaron dos esclavas cristianas vecinas de la Villa de Luján que les habrían contado que el cacique Guchulap “tenía muchos más esclavos que estos indios”.

Sin embargo, no sólo perduraron registros de los cautivos en poder de los indígenas, también pueden vislumbrarse datos sobre ciertos indios que vivieron con los hispanocriollos, entre los cuales no siempre queda completamente clara la obligación o no de permanecer allí que habrían tenido. Por ejemplo, Viedma ([1781] 1938) escribió que la india ladina Juana, sobrina del cacique Calpispis, le había dicho que había estado en la residencia de Buenos Aires y en la casa del teniente del rey, pero no explicitó que grado de elección había tenido la mujer. En el tratado de la Laguna de los Huesos de 1770 reseñado por Bucarelli Ursúa, uno de los capítulos que el comandante Manuel Pinazo debía lograr acordar con los caciques

⁷² Por ejemplo, Hernández ([1770] 1910: 563) relató las distintas labores desarrolladas por hombres y mujeres indígenas: “El trabajo de ellos se reduce a tomar yeguas y potros silvestres, cazar zorrillos, leones, tigres y venados, de cuyas pieles hacen las indias *quiapís* y *guasipicuás*, y de las plumas de avestruz hacen plumeros, siendo ellas [las mujeres] las que todo lo trabajan, pues les dan de comer, cargan las cargas, mudan los toldos y los arman: y aunque las vean los indios, quienes están echados de barriga, no se mueven a ayudarlas en nada; antes sí, si es poco sufrido, se levanta, y con las bolas que nunca las dejan de la cintura, le dan bolazos, y a esto no llora ni se queja la india”.

Con respecto a lo antedicho, el asombro frente a parámetros culturales distintos llevó al capitán a dar detalles sobre la circulación de mujeres, tanto indígenas como hispanocriollas, entre los grupos: “Cada uno tiene las mujeres que pueda comprar, y viéndose aburrido de ellas las vende a otros; y si llegan a tomar algunas cautivas, luego que llegan a sus toldos se casan con ellas: y si dichas cautivas, más que sean indias, no van contentas, luego las lancean y las arrojan del caballo, y aunque estén medias vivas, las dejan” (Hernández [1770] 1910: 563).

⁷³ En sus respectivos relatos de 1779, tanto Villarino como Viedma se refirieron a individuos en poder de los indígenas, particularmente prisioneros de la gente del cacique Negro. Por ejemplo, el primero mencionó que el cacique tenía como lenguaraz a un cristiano que era esclavo de un indio -que en ese momento estaba preso en Buenos Aires- (Villarino [1779: f. 17v]). Por su parte, Viedma ([1779: f. 144-145]) señaló que el cacique Negro le había llevado “una niña cristiana cautiva de las chacras de Buenos Aires y dos negros del mismo paraje. En este día la rescaté, y a uno de ellos por diferente bujerías, bayeta, y aguardiente, y estoy proporcionando el rescate de otro, y demás cristianos que se dijera”.

señalaba que estos tenían que entregar en rehenes al hijo de uno de ellos, siendo reemplazado por otro al término de dos meses, a fin de conservar la paz. Según Bucarelli Ursúa ([1770: s/d]), “convinieron todos en entregarnos todos los cristianos que voluntariamente viven entre ellos siempre que los puedan haber”; sin embargo, en caso de que los caciques no estuvieran de acuerdo con el contenido de todos los capítulos propuestos, “después de haberles esforzado y persuadido a su condescendencia, [Pinazo] los hará retirar a su campo en señal de rompimiento y los castigará con la mayor severidad posible para su escarmiento” (Bucarelli y Ursúa [1770: s/d]).

La información más abundante se refiere a los intercambios de personas entre los expedicionarios y las distintas parcialidades indígenas, más que a la cantidad de prisioneros en poder del bando opuesto. Viedma ([1781] 1938), por ejemplo, reseñó algunos canjes de personas, dejando traslucir ciertas relaciones de poder entre los hispanocriollos y los indígenas. Así, comentaba que el indio ladino Juan Ortuño había partido hacia Buenos Aires preguntando a “Juan José si quería acompañarle, que no aceptó por no tener licencia mía” (Viedma [1781] 1938: 519). Llevaba a una cautiva llamada María, “que la enviaba Calpisquis con un chiquito que estaba criando también cristiano, en cambio de un cacique que estaba preso, y desterrado en la otra banda del Río de la Plata” (Viedma [1781] 1938: 519). En otra ocasión, el narrador daba cuenta del costo de recuperar a dos cristianas cautivas, al enviar a los peones González y Martínez a pagar el importe acordado, salvo unos cuchillos que los indios les habían solicitado, aunque “en su lugar se les dio aguardiente, y mantas de bayeta para que con esto se contentaran pretextando que carecíamos de semejantes armas” (Viedma [1781] 1938: 526). Los peones llevaban también unas cartas dirigidas al virrey y pasaportes para los capitanes de las fronteras de Buenos Aires que les permitirían a los indígenas entrar por donde quisieran. González y Martínez iban acompañados del peón Antonio Godoy, quien dijo que en otro paraje había indígenas de la misma nación con “muchos cautivos cristianos por ser muy numerosa esta indiada, la que está escondida entre los médanos al amparo de dichos pozos y lagunas” (Viedma [1781] 1938: 541).

Como podemos ver en el ejemplo precedente, los expedicionarios constantemente suponían la presencia de mayor cantidad de cautivos que los que veían, los cuales habrían sido ocultados *ad hoc* ante la cercanía de los hispanocriollos. Por ejemplo, Villarino ([1780: f. 13]) daba cuenta de haber encontrado rastros de indios en la playa, particularmente “las pisadas de niños

frescas como de esta mañana o de ayer". En este sentido, fue preciso tener en presente que los indios respondían a sus propias intenciones más que a las de los miembros de la expedición -v. gr., pasando la noche en el campamento de la comitiva en lugar de hacerlo en sus toldos (Villarino [1782] 1972)-.

Además, los indígenas contaban con cristianos entre sus huéspedes que les ayudaban a obtener beneficios en cuestiones que no manejaban completamente. Por ejemplo, Viedma ([1781] 1938: 521-522) relató que unas cautivas le habrían revelado al peón Juan José que había

un cristiano en aquellos toldos como de edad de veinte y ocho años de buen cuerpo, buen parecido, y rubio el que está actualmente bombeando y bicheando en todos los pagos de las fronteras de Buenos Aires donde tienen más ganado, donde hay más descuido, y buenas mozas, y en fin es el único confidente y baqueano que tienen los indios para su entrada y robos, sin el cual no pueden hacer nada con acierto. Que lo más del tiempo está ocupado en esta diligencia, y cuando les avisa a los indios, inmediatamente van a dar el golpe, pero con tanta inteligencia, acierto y seguridad que no sucede contratiempo alguno [...] Que tiene los mejores caballos, que los indios le quieren en extremo, y no hacen nada sin él, y que hacía cinco años que estaba entre ellos.

Viedma reseñó sus posteriores indagaciones acerca de ese individuo que dificultaba a las poblaciones de la frontera de Buenos Aires permanecer a resguardo colaborando con los indios. Así, Juan José González le habría contado luego que los cristianos cautivos y un muchacho que tenía el cacique Negro le habían informado que este personaje no sólo habría asesinado a su propio padre, sino que además "usaba vestido completo de cristiano con lo que no lo echan de ver ni es conocido entre los nuestros, y que este mal hombre nos hace más daño que todos los indios juntos, pues si les faltara no habrían de dar sus avances tan seguros" (Viedma [1781] 1938: 536).

Sin embargo, a veces los hispanocriollos no eran intencionadamente colaboradores de los indios, sino que debían atenerse a las circunstancias a fin de salir airosos. Por ejemplo, Viedma ([1781] 1938: 520) rememoraba que dos hombres habían sido perseguidos por los indígenas, quienes al apresarlos, habían matado a uno "y al otro llevaron tierra adentro, no se sabe en qué paraje, que éste que quedó vivo tenía una pistola y enseñaba a los indios, cómo se tiraba".

A lo largo de este capítulo analizamos cómo los expedicionarios percibían las estrategias indígenas de manejo de los recursos y los territorios que habitaban, focalizándonos en la utilización de determinados recursos que resultaban importantes tanto para los indios como para los hispanocriollos. En este sentido, presentamos las referencias a topónimos y recursos a través de vocablos indígenas por parte de los viajeros como un reflejo de las relaciones sociales implícitas en el paisaje.

Asimismo, resaltamos el conocimiento diferencial sobre el territorio evidenciado en las representaciones y usos llevadas a cabo por los diferentes grupos, lo cual resultaba una herramienta a disposición de los indígenas que podían aprovecharla como estrategia para obtener ciertas ventajas. Las reflexiones acerca de las manifestaciones de estas relaciones de poder en el territorio serán profundizadas en los capítulos siguientes.

PARTE 2: RELACIONES DE PODER ENTRE LOS INDIOS Y LOS EXPEDICIONARIOS PLASMADAS EN EL PAISAJE

En coincidencia con Nacuzzi (2002), consideramos preciso abordar las negociaciones políticas y sociales entre indios y blancos prestando atención a los roles activos que asumían los miembros de ambos grupos en interacción, quienes actuaban como funcionarios, diplomáticos y guerreros. Según dicha autora, los indígenas “adoptaron y/o adaptaron diversos bienes, negociaron, intercambiaron, brindaron y exigieron servicios a ‘los blancos’ en una relación bastante igualitaria” (Nacuzzi 2007: 222). Analizamos estas relaciones de poder teniendo en cuenta el concepto de “lugar” de Agnew (1987, citado por Oslender 2002) -que nos permite aproximarnos a la estrecha relación existente entre el lugar y las construcciones identitarias- replanteado por Oslender (2002), quien lo propuso como compuesto por tres elementos -“ubicación”, “localidad” y “sentido de lugar”- en interacción. Además, nos basamos en la propuesta de Rose (1995) acerca de que los sentidos de lugar establecerían distinciones entre los distintos grupos sociales y su caracterización de tres tipos de sentidos de lugar vinculados al conocimiento diferencial del territorio, a las estrategias de poder y a las representaciones identitarias.

Por otro lado, proponemos acercarnos a la idea de frontera como espacios de negociación y resistencia, teniendo en cuenta que el uso y representación del paisaje reflejan las relaciones de poder entre los grupos. Retomamos la idea de Boccara (2005) de que al implementarse ciertos dispositivos de poder normalizadores se generó un nuevo orden cognoscitivo para reconocer y territorializar, y la distinción de Bayón y Pupio (2003) entre los modos de organizar los espacios adoptados por las sociedades indígenas y “blancas”, los cuales se definen en la interacción. Asimismo, consideramos la propuesta de estas autoras de entender el paisaje como un campo de conflicto, y la relacionamos con las reformulaciones recientes sobre la noción de frontera como una idea compartida por hispanocriollos e indios por parte de Weber (1990) y Quijada (2002a), y el argumento de Boccara (2005) para pensarla como una construcción retórica a través de “límitesfronteras” sin vinculación sistemática con espacios físicos específicos.

En esa construcción de paisajes en disputa, atendemos a la distinción de Bayón y Pupio (2003) entre la “organización espacial” y el “territorio”, deteniéndonos en su afirmación de que las sociedades estadales utilizaban líneas límites para definir sus territorios buscando salvaguardar la tierra. En este sentido, Quijada (2002a) había

paisajes en disputa

señalado que era una lucha por la tenencia del espacio más que por cuestiones de soberanía, y que las fronteras que planteaban los hispanocriollos no eran incompatibles con la visión de los indígenas, quienes desplegaban un sistema de permisos para transitar "territorios ajenos". Así, consideramos la construcción conjunta de los límites territoriales mediante las negociaciones entre los distintos grupos y las diversas estrategias desarrolladas tanto por los expedicionarios como por los indios para obtener ventajas con respecto a los otros, en particular con respecto al paisaje.

Por último, abordamos la cuestión de la resistencia teniendo en cuenta la noción de "adaptación en resistencia" de Stern (1990), y especialmente en relación con el territorio, el planteo de Oslender (2002) del "espacio" como un concepto político cuyas relaciones de poder/saber se expresan en los paisajes. A partir de la idea de "espacialidad de resistencia" (Oslender 2002) analizamos las tácticas de los indígenas y de los hispanocriollos que se ven reflejadas en los documentos, vinculadas a los intereses de dominio, el conocimiento de la región, el control y manejo de los recursos de la misma. Consideramos entonces los límites de la resistencia sugeridos por Luiz (2006), observando tanto estrategias de los indios como de los "blancos" desarrolladas con el objeto de obtener beneficios particulares, focalizándonos especialmente en las negociaciones vinculadas a los usos del paisaje. Examinamos además de qué manera esto afectaba en la planificación de los ataques y defensas, generando desconfianzas mutuas.

CAPÍTULO 5: LOS SENTIDOS DE LUGAR: CONOCIMIENTO DEL TERRITORIO, ESTRATEGIAS DE PODER Y REPRESENTACIONES IDENTITARIAS

Consideramos que el concepto de lugar de Agnew (1987, citado por Oslender 2002) nos permite aproximarnos a la estrecha relación entre determinados sitios y las construcciones identitarias asociadas. Así, analizamos las significaciones asociadas a la región de estudio a través de tres tipos de sentido de lugar propuestos por Rose (1995): natural, construido en base a estructuras de poder subyacentes y como parte de las políticas de identidad.

En el marco del primero de ellos estudiamos la participación de baqueanos para orientar a las expediciones y diversas estrategias de supervivencia de los indígenas en relación con sus saberes sobre la región, entre ellas la relevancia de la comunicación para los grupos. Con respecto al segundo sentido de lugar (Rose 1995) que se construye a partir de estructuras de poder subyacentes, investigamos los modos en que se establecían diferencias entre "miembros" y "no-miembros" de los grupos, teniendo en cuenta los roles de autoridad asumidos por diversos personajes y las tácticas utilizadas para obtener ventajas en el territorio. Finalmente, en relación con el sentido de lugar como componente de las políticas de identidad, indagamos acerca de cómo estas diferencias se vinculaban con la identidad del narrador y la representación de los otros. Analizamos las estrategias indígenas y de los hispanocriollos para representarse a sí mismos así como también la influencia de los supuestos previos en esas representaciones y los efectos de las mismas en las precauciones tomadas con respecto a los "otros".

A raíz de lo expuesto, retomamos el planteo de Oslender (2002) de que el lugar estaba compuesto por tres elementos que interactuarían influyéndose entre sí: la "ubicación", la "localidad", y el "sentido de lugar". La idea de "ubicación" apuntaría al espacio geográfico mismo, e incluiría los influjos de procesos político-económicos más amplios correspondientes a la idea de "localidad". La noción de "localidad" remitiría a los marcos formales e informales dentro de los cuales se conforman las relaciones sociales cotidianas, aunque implicaría además el uso concreto por parte de los actores sociales de los escenarios físicos. Finalmente, el "sentido de lugar" aludiría al sentido de pertenencia y la subjetividad producto de la experiencia de vivir en determinado lugar. En la memoria de Francisco de Viedma ([1784] 1910) encontramos un ejemplo que permitiría explicar con mayor detalle lo expuesto, en el cual el autor sugería la importancia de las zonas de *ChoeleChoele* y de las Salinas

Grandes tanto para los grupos indígenas como para los funcionarios del Virreinato del Río de la Plata. La "ubicación" geográfica específica de esos sitios propiciaba una situación de tensión entre los distintos bandos que elucidaría por qué cada uno constituía estratégicamente una "localidad", en el sentido referido. Viedma exponía que, a partir de la información recogida por Basilio Villarino en un reconocimiento que había realizado, habían podido comprobar los informes de los indios de que no tenían

otro paso los de las naciones Tehuelche, Villiches, Puelches y otras naciones habitadoras del Huechuhuehuem, e inmediaciones de Valdivia en las cordilleras, que el sitio llamado el Choelechel, para transitar al Colorado, sierras de la Ventana, Tandil, Volcán, Cashuatí y fronteras de Buenos Aires, por carecer de aguadas los otros parajes y ser terrenos intransitables (Viedma [1784] 1910: 457).

Viedma ([1784] 1910: 457) había creído que este reporte involucraba a todas las "naciones de indios, que nos causan tanto daño, y que tomando aquel paso estaban sujetos", y pretendía instar a las autoridades a ocupar el sitio y resguardarlo. Sin embargo, luego el cacique José Yati, que aparentemente conocía los terrenos, lo desengañó notificándole que

el Choelechel era paso respectivamente de las naciones de indios que llevo citadas, pero no de todas, pues había otros dos caminos por donde venían y se internaban: el uno caía a las Salinas, de donde se ha proveído de sal Buenos Aires con las carretas; y es transitado de los indios Peguanches y Aucaces, cuyo cacique nombran Guchulap, y el otro más al norte y no muy distante de la ciudad de Córdoba que frecuentan los de nación Ranqueles" (Viedma [1784] 1910: 457).

En este ejemplo, es posible reparar en la influencia del sentido de lugar en la percepción del espacio, el cual a su vez afecta y es condicionado por relaciones sociales más amplias que se generan en las interacciones cotidianas. Desde el punto de vista de Oslender (2002), el abordaje desde una perspectiva de lugar de las interrelaciones entre localidad, ubicación y sentido de lugar permitiría comprender integralmente los procesos organizativos, teniendo en cuenta las múltiples voces de los actores sociales.

Por otro lado, teniendo en cuenta que los lugares no tendrían significados inherentes sino que se los otorgan los seres humanos, retomamos la propuesta de Rose (1995) acerca de que los sentidos de lugar establecen diferencias entre

distintos grupos sociales, enfatizando que las demandas por convertirse en miembro de la agrupación también suelen ser políticas para exigir poder. De esta manera, el autor organizó los sentidos de lugar en tres tipos:

- *Natural*: como un atributo de los humanos, ya sea como una expresión de deseo que responde a un instinto territorial, o como una estrategia de supervivencia.
- *Construido por estructuras de poder subyacentes*: como resultado de los significados que la gente activamente les atribuye a sus vidas. Puede ser un modo de establecer diferencias entre un grupo social y otro, que es una forma de establecer fronteras espaciales, que instauran "miembros" y "no-miembros"⁷⁴.
- *Como parte de políticas de identidad*: las diferencias con los otros son percibidas en relación con la identidad del observador, y las ideas sobre la diferencia están articuladas mediante la construcción del otro⁷⁵.

Con respecto al primer tipo de sentido de lugar propuesto, denominado natural, observamos cómo se reflejaban las estrategias de supervivencia de los grupos indígenas de la región. Tuvimos en cuenta determinados modos de comunicarse de los grupos indígenas que se plasmaban en el terreno, especialmente el uso del fuego. Por ejemplo, Hernández ([1770] 1910) señaló que habían avistado un gran incendio que los indios enemigos habrían generado con el objeto de que impidieran hallar sus huellas a los expedicionarios en caso de que estos avanzaran, frente al cual se vieron obligados a retroceder por carecer de bastimentos suficientes. Asimismo, Zizur ([1781] 1973) expuso que en ciertas ocasiones los indios quemaban pajonales como forma para responderse entre sí. Viedma ([1781] 1938: 545) relató que cuando una partida de hombres llegó hasta donde antes habían encontrado a los *ranquicheles*, un indio que iba con ellos habría divisado que "los seguía un fuego muy chico y retirado, y al instante se apartó de ellos, sin decirles cosa alguna, y no pudieron dar con él más". El piloto Villarino ([1782] 1972: 987) señaló que los indios habían quemado tanto los campos aledaños que la comitiva hispanocriolla no había podido hallar "en todo el día paraje alguno adonde comiese algo el ganado". El piloto explicaba que los indios iban quemando todo al marcharse para que los españoles no tuviesen alimento para el ganado, y para avisar a otros indios que había

⁷⁴ Al respecto, Said (1978, citado por Rose 1995: 100) afirmó que "the idea that the Orient was less civilized than Europe legitimated European invasions and economic exploitation of the area of the globe [...] Senses of place, then, can be seen as a result of underlying structures of power such as colonialism and imperialism".

⁷⁵ Esta noción de identidad ha sido profundizada por Barth (1976).

enemigos en el lugar: "en más de dos leguas no se halla pasto alguno para nuestro ganado, por haberlo quemado los indios" (Villarino [1782] 1972: 988).

Villarino ([1782] 1972) también utilizaba los incendios de los campos para marcar el sitio en el que se encontraba y atraer a los indios. Por ejemplo, en un fragmento de su diario expresaba que había desembarcado con los marineros para prender fuego una maciega a fin de que los indígenas vieran dónde estaba y fueran hasta allí para poder informarle por intermedio de ellos a Francisco de Viedma que había entrado en el río. Más tarde, el piloto repetía la operación con el objeto de avisarle a la gente del establecimiento del río Negro que había emprendido el viaje de regreso. Villarino ([1782] 1972: 986) explicaba que se había enterado "por los indios, que los fuegos e incendios del campo eran señal de reunión entre ellos, y seña de venir algún enemigo de aquella nación, a los cuales sus aliados y parientes le hacían esta seña".

Por otro lado, advertimos este sentido de lugar natural en el conocimiento indígena del territorio. Por ejemplo, Villarino ([1781] 1972) expuso que un indio llamado Chanchuelo le había dicho que el camino por el que estaban yendo unos peones hacia Buenos Aires era el peor, y que el mejor estaba próximo a la costa hacia el Volcán, porque desde el río Colorado hasta el Quequén había cinco días de sendero bueno. Viedma ([1781] 1938: 531) también advirtió esos saberes de los indígenas sobre la región en las palabras del indio Matías, quien le habría asegurado que "mientras más río arriba, era más infeliz el terreno, pero que abundaba de alguna más arboleda, sus márgenes".

Así, a pesar de las desconfianzas, los expedicionarios dependían en gran medida del conocimiento del territorio que tenían los nativos y requerían la participación de baqueanos para orientar a las expediciones. Por ejemplo, Hernández ([1770] 1910) ^{cap. 10} destacaba la importancia de los mensajeros que recorrían la región reseñando que se habían despachado como *chasques* a dos indios de Lepin con cartas del comandante para el teniente Francisco Macedo -con el objeto de que se incorporase a la comitiva principal desde la Sierra de Cayrú donde se encontraba-. Viedma ([1779]) también aludía a la necesidad de los europeos de contar con la guía de los indígenas para movilizarse por la zona y aseguraba que enviaría planos a la capital sobre la punta de San Matías, que los indios le habían informado que se hallaba en la boca de un río en una costa demasiado expuesta para las embarcaciones. Asimismo, comentaba que un indio se había ofrecido a reencontrar al resto de la comitiva hispanocriolla una vez que "se habilitase de pellejos para pasar la estación

del invierno, y manifestó, que iría por mar a aquel paraje sirviendo de práctico por haberle yo dicho que lo regalaría si hacía esta diligencia" (Viedma [1779: f. 147]). Viedma ([1780] 1938) mencionaba además que le había comprado un esclavo al cacique Negro para utilizar como baqueano, y posteriormente, escribía que habían llegado al fuerte tres indios de

las tolderías del cacique Lorenzo (alias) Calpisquis, el uno llamado Lorenzo López, que habla perfectamente castellano, y ha estado preso en la cárcel de Buenos Aires, el otro entiende algo del idioma y se llama José, y otro bozal, me trajeron carta de don Pablo Zigur, y don Bernardo Miranda, capitán de milicias, en que me daba parte de su llegada a dichas tolderías, que no podían seguir su viaje por faltarles quien les debía guiar (Viedma [1781] 1938: 548).

El cacique Calpisquis les habría aconsejado a Zizur y Miranda no continuar avanzando teniendo en cuenta que él y su gente estaban en guerra con los indígenas del Colorado, a raíz de lo cual enviaron aquel mensajero con el objeto de que el superintendente Viedma determinara qué era lo más conveniente realizar.

Así, desde el punto de vista de Nacuzzi *et al.* (2008: 73), la participación-de-los indios de la zona donde estaba instalado el fuerte del Carmen "se traducían en manipular informaciones –sobre características del paisaje, movimientos de los caciques, conformación de otros grupos vecinos– y en el aprovisionamiento de cabezas de ganado" de los españoles. Por ejemplo, Villarino ([1782] 1972: 1072) suponía en relación con unos ríos, "según las noticias de los indios, que el primero es el río Negro, y el segundo el que viene de Huechum-lauquen", y detallaba que los indios llamaban "*Tucamele*" al río y al paraje donde había una capilla y una casa que habían construido los cristianos.

Por otro lado, en relación con el segundo **sentido de lugar, que se construye en base a estructuras de poder subyacentes**, tenemos en cuenta las significaciones que la gente otorgaba activamente a sus vidas así como también cómo éstas afectaban a los otros. De esta manera, nos aproximamos a las relaciones de poder teniendo en cuenta el establecimiento de diferencias entre los grupos indígenas e hispanocriollos mediante la distinción entre los "miembro" y los "no-miembro". Por ejemplo, en el relato del capitán Hernández ([1770] 1910) encontramos comentarios acerca de cómo se las ingeniaban los expedicionarios para distinguir a los indígenas que colaboraban con ellos durante los enfrentamientos con otros grupos de indios. Según este capitán, Pinazo habría ordenado repartir entre los indígenas divisas que

llevaba con ese fin: "a cada indio de los de bolas se le dio una banda blanca de platilla para que pusiesen como turbante, y a los de lanza se les dio para que pusiesen en ellas como bandera, y de esta suerte fuesen conocidos de nosotros en la refriega" (Hernández [1770] 1910: 556).

En el caso de Viedma ([1781] 1938) incorporó como parte de la población del Fuerte del Carmen a una niña cuya madre aseguraba haber tenido con un habitante de dicho establecimiento y su marido habría intentado matar. En consecuencia, la niña habría sido bautizada como cristiana y entregada a una de las pobladoras para que la criase con leche de vaca⁷⁶. Viedma ([1781] 1938: 529) también reseñó cómo una comitiva de indígenas había distinguido como miembro del Fuerte del Carmen a un peón que caminaba a cierta distancia de ellos: escucharon un tiro, "y aunque se asustaron, y quisieron huir reconocieron que era Juan José [González]". En otra ocasión, el peón Godoy le había informado a Viedma ([1781] 1938: 545) que antes del amanecer los habían rodeado "treinta y seis indios a caballo, diez de ellos con chuzas, y los demás con bolas y dagas gritando, y se echaron sobre Manuel Fernández, por estar dormido", pero se habrían salvado porque los indígenas reconocieron que eran gente del fuerte. Se encontraban en buenas relaciones con ellos y al respecto Viedma ([1781] 1938: 545) reflexionaba: "quiso Dios que uno de los indios los conociera, y empezó a gritar a los demás diciéndoles, gente del Capitán Grande (así me llaman) y al instante suspendieron el ánimo de quitarles la vida y robarlos". Así, les devolvieron la ropa y les hicieron ensillar los caballos, pero se fueron con el aguardiente, la yerba, el tabaco y demás bujerías.

Por otro lado, observamos cómo las relaciones de poder subyacentes se manifestaban durante los contactos interétnicos a través de ciertos silencios e interrupciones⁷⁷. Por ejemplo, Zizur ([1781] 1973) no habría podido continuar hablando durante un encuentro con los indios después de que ellos expresaran sus

⁷⁶ Con respecto a la estrecha asociación entre lo europeo y lo cristiano, encontramos repetidas veces el uso del segundo término en las fuentes -en contraposición con los llamados "indios infieles"- aludiendo a los miembros de la sociedad "blanca". Por ejemplo, el peón Juan José habría identificado el atuendo característico de un religioso hispanocriollo en las tolderías del cacique Calpisquis reconociendo los hábitos de "nuestro padre de San Francisco que estaba de cura, en el pueblo de la reducción en la Magdalena, un chapeado de plata muy bueno que este usaba, y otras muchas alhajas" (Viedma ([1781] 1938: 520-521).

⁷⁷ Al respecto, Roulet (2004) señaló que las fuentes históricas con las que trabajó, principalmente tratados, enfatizaban los compromisos asumidos por los caciques y dejaban silencios sistemáticos acerca de las ventajas que oralmente les otorgaban los "blancos". Dado que los indígenas asignaban un valor distinto a la escritura y a la palabra empeñada porque no sabían leer, dicha autora sostuvo que generalmente se realizaban pactos orales dentro de relaciones recíprocas entre entidades independientes y soberanas. Roulet advirtió también que los autores de los diarios ponían en boca de los caciques lo que ellos mismos querían decirles a las autoridades según su conveniencia.

arengas de paz ya que los caciques lo habrían interrumpido, impidiéndole averiguar sus planes secretos. De este modo, la oratoria era utilizada como una estrategia tanto al interior del propio grupo como con respecto a los hispanocriollos⁷⁸. Al respecto, Villarino ([1782] 1972: 1021) exponía, refiriéndose a una tropa de indios, que “todas sus relaciones, que son muy largas, llenas de ofrecimientos, encareciendo su amistad y su poder, se dirigen a que les den; pues todas vienen para pedir, y en no dándoles se enojan”. Por su parte, Zizur ([1781] 1973) comentaba que los expedicionarios se habían sentido satisfechos por los discursos favorables de parte de los caciques Toro, Lorenzo, Pasqual y Casiquillo -hijo del difunto cacique Lepim-, quienes se habrían manifestado a favor de que los demás indios respetaran a los viajeros.

En relación a estas estrategias dentro de las relaciones de poder, también es preciso atender al rol de los caciques, quienes no ejercían la autoridad en el modo en que los españoles la concebían⁷⁹. Por ejemplo, Hernández ([1770] 1910: 563) puntualizó que los indios “no tienen subordinación a sus caciques, pues cuando quieren, dejan a uno y van a vivir con otro; y si el cacique emprende o tiene que hacer alguna empresa, a todos se lo comunica y cada uno da su parecer”. Por su parte, Viedma ([1781] 1938) intentó recuperar más de veinte caballos del Fuerte del Carmen -parte de los cuales habrían sido robados por unos desertores y otros habrían sido hallados extraviados en los montes por los indios al marcharse del establecimiento- que los expedicionarios habían descubierto en los toldos del cacique Vzel. No obstante, no pudieron rescatarlos a pesar “de haber el cacique Vzel, hecho con los indios que los tenían cuantas instancias fueron dables, pues en los indios en mediando interés de rapiña, no reconocen superioridad de cacicazgo” (Viedma [1781] 1938: 509)⁸⁰.

⁷⁸ Según Nacuzzi (2002), Nacuzzi *et al.* (2008) y Bechis (2008), los caciques se desempeñaban como procesadores de información intra e interétnica y negociadores con distintas sociedades, siendo generalmente asociados a los territorios que habitaban.

⁷⁹ Ciertos matices dentro de la problemática de la autoridad y el poder han sido profundizados ya por Nacuzzi (1998, 2008) y Bechis (2008).

⁸⁰ En este sentido, observamos que los grupos no actuaban siempre en conjunto respondiendo a estrategias unificadas, en coincidencia con lo planteado por Quijada (2002a). Por ejemplo, Hernández ([1770] 1910: 562) relató un ataque de indígenas que al hallarse próximos al paraje que pretendían invadir hacían picar sus caballos y emprendían la carrera con gran algazara, “no usando formación alguna sino que cada cual va por donde quiere. En cuanto al despojo, el que más encuentra ese más lleva, y a retirarse, llevando la presa, aunque maten a sus mejores amigos o parientes, no vuelven a defenderlos, sino que cada uno procura caminar sin aguardarse unos a los otros, llevando a las indias con ellos para que éstas se hagan dueñas de las poblaciones que invaden, y roben lo que pudieren, mientras ellos pelean”.

En el caso del piloto Villarino hallamos el mayor grado de detalles en cuanto a los modos en que la autoridad era construida en el marco de esas relaciones de poder, ya que progresivamente estableció vínculos con los indios que le procuraron cierto dominio tanto entre su gente como, en cierto sentido, dentro de los grupos indígenas. Así, por ejemplo, pudo contar con la ayuda del cacique Chulilaquin para hacer una fortificación que planeaba y hasta cuestionar a los indios casi como su jefe al mando. Al mismo tiempo, el temor de los indios de Chulilaquin ante potenciales ataques de los aucas fomentó ese rol de autoridad en Villarino. En relación a esto, el piloto habría mandado a las tripulaciones que desmontasen los sauces y allanasen el terreno raudamente

para que los indios se admirasen. Esto se hizo tan a lo vivo y con tanta presteza, que se quedaron los indios admirados. Mandé a todos los indios y chinas conducir todos los sauces cortados a todos los parajes que eran necesarios para la fortificación, de modo que en breve hice una especie de trinchera por medio de una zanja y sauces (Villarino [1782] 1972: 1107).

Luego, Villarino ([1782] 1972: 1107) habría ordenado a los indígenas “deshacer todos los toldos y conducirlos adentro; se los mandé hacer allí juntos, y no separados como suelen. Todo lo ejecutaron puntualmente”.

No obstante, Chulilaquin y su gente se veían beneficiados por la protección que les brindaba la presencia de los hispanocriollos, por ello el cacique habría conseguido unas vacas para que comprara Villarino y se asegurase los víveres para los próximos días. En función de esto, el piloto exponía que no le desagradaba permanecer allí unos días más, ya que los indios estaban

agradecidos y persuadidos a que sólo por ellos es la detención, y yo deseo el que se junten algunos indios de los aucaces y peguenches: porque, aunque están contrarios tienen parientes casados unas naciones entre otras, y éstos son los que dan los avisos, y puede ser que logre lo que tengo pensado [llegar a Valdivia] (Villarino [1782] 1972: 1116).

En ningún momento Villarino les habría explicado a los indígenas que su comitiva se había detenido por la falta de agua para navegar, y utilizaba esta espera como una estrategia para lograr sus conveniencias⁸¹. Por estos motivos, al no conseguir

⁸¹ La escasa explicitación de los distintos puntos de vista involucrados en el marco de las relaciones interétnicas, evidenciando sólo el de los autores puede observarse puntualmente en los comentarios de Villarino ([1782] 1972) acerca de que el cacique Chulilaquin le habría dicho a su gente que vieran al piloto como a un padre porque los defendería.

No obstante, como sostiene Roulet (2004) la concepción de paternidad por parte de los indios no coincidía de forma idéntica con la que tenían los hispanocriollos, ya que para los primeros aludía a

beneficios precisos, instó a los indios a marcharse, con el objeto de ver si llegaban aucaces o peguenches para poder tratar con ellos.

Como contrapartida de la autoridad que ostentaba Villarino entre los indios, también hallamos ejemplos de la situación inversa en la que algún indígena asumía cierta supremacía entre los hispanocriollos. Por ejemplo, Viedma ([1781] 1938) relataba que el peón Antonio Godoy no sólo habría tenido que esperar a que el cacique Lorenzo Calpisqui regresara de unas tolderías en el Sauce -donde se había reunido con su gente- sino que además, el cacique le habría ordenado a Godoy ir a los toldos de los ranqueles con dos de sus indios.

Por otra parte, en relación con lo antedicho podemos retomar la clasificación inicial de Rose (1995) considerando la tercera clasificación de los **sentidos de lugar como componente de políticas de identidad**, donde las diferencias se construyen con relación a la identidad del observador y la percepción de los otros, como se ha mencionado. Dentro de esta categoría observamos las diversas estrategias indígenas y “blancas” en las maneras de representarse a sí mismos, así como el accionar de los hispanocriollos en base a supuestos sobre los indios. Al respecto, Luiz (2006) planteó que, paradójicamente, a medida que el interés en explotar los recursos naturales patagónicos y poblar esos territorios aumentaba, se alimentaba la idea de que era una región hostil. Según la autora, cuando finalmente existieron los conocimientos geográficos suficientes como para abandonar dicha concepción, la noción de “desierto” -como síntesis de este pensamiento- cobró fuerza. No obstante, Luiz (2006: 268) sostuvo que “la prolongada convivencia fronteriza con los grupos indígenas y el descubrimiento de las potencialidades económicas de estos territorios no justificaban la visión”.

En cuanto a las formas de representarse a sí mismos, los indígenas constantemente se presentaban buscando condicionar la perspectiva de los expedicionarios. Así, podemos observar ciertas formalidades diplomáticas evidenciadas en el acercamiento a los “otros”, por ejemplo, el piloto Zizur ([1781] 1973) rememoraba cierta ocasión en la que unos indios pintados y encoletados se habían acercado a la comitiva, les habían quitado algunas pertenencias, habían

una fraternidad entre indígenas y españoles, donde los padres procuraban consejos y subsistencia a su progenie, y para los últimos, apuntaba a una relación de jerarquía y autoridad.

En este sentido, White (1991) había afirmado que, al establecerse un “middle ground” entre franceses y ottawas, la gente habría considerado congruentes las distintas ideas sobre la paternidad como si luego se pudiesen buscar y ordenar sus significados. Lo cual habría mezclado y encubierto la perspectiva de los franceses -acerca de que toda autoridad era patriarcal, y donde los padres mandaban y los hijos obedecían- con la noción ottawa de padre amable, generoso y protector -en la cual, un niño le debía respeto a su progenitor, pero éste no podía obligarlo a obedecer-.

herido al esclavo del piloto, y los habían amenazado con matarlos, pero habrían desistido porque los hispanocriollos iban acompañados por algunos indígenas⁸². Incluso, Zizur explicitó esta intención de los indios cuando unos cautivos le confesaron que cierta situación de tensión y potencial ataque que habían sufrido los expedicionarios había sido provocada por los indígenas para evaluar la reacción de los españoles. Por su parte, Villarino ([1782] 1972: 1100) exponía que la “lenguaraza” Teresa le habría dicho que estaba cansada de andar entre los indios y que “de Francisco ya no había que esperar otra cosa que robos de ganado y de cristianos, y de buscar confederados que le ayudasen contra nosotros”.

De esta manera, los modos en que los hispanocriollos percibían -a partir de sus propios presupuestos- las representaciones que los indígenas creaban de sí mismos afectaban la actuación de los expedicionarios⁸³. Por ejemplo, Hernández ([1770] 1910: 549), narra que cuando llegaron a donde estaban acampados los indios, éstos los estaban esperando “formados en línea, armados con sus coletos y lanzas, saludándonos con escaramuzas y griterías (que es su costumbre), viéndonos precisados a usar aquellas mismas acciones en correspondencia: y uniéndonos, marchamos”. Zizur ([1781] 1973) contaba que Francisco Piera le había escrito para avisarle que estaba próximo a dónde se encontraba él, pero que consideraba mejor no anticipar su llegada porque no tenía aguardiente ni otros regalos para los indios. De modo semejante, el piloto Villarino ([1782] 1972: 1091) lamentaba que los indios nunca estuvieran conformes por más regalos que les hicieran, a pesar de esto obsequió a quienes les habían llevado alimentos

gastando toda aquella paciencia que se necesita para tratar con ellos, y aquellas rústicas y groseras políticas, que son precisas para hacerse amable

⁸² Frecuentemente hallamos en los diarios de Zizur ([1781] 1973) referencias a este tipo de amenazas vinculadas a la representación de los propios indígenas como peligrosos, v. gr., el cacique Cayupilqui -hermano de Lorenzo Calpisqui-, intimidaba constantemente a los viajeros diciéndoles que iba a matarlos para vengarse por haberlo tenido prisionero en la cárcel de Buenos Aires. Asimismo, Cayupilqui les habría dado diez días al capitán Miranda, su criado, un cabo del alférez y un indio -que iba como baqueano- para que llevaran un mensaje y regresaran a las tolderías, ya en caso contrario mataría al resto de los expedicionarios; paralelamente Calpisqui le ordenó descargar las armas a estos últimos. Zizur también reseñaba que el cacique Katruen había aconsejado a Calpisqui ir a Buenos Aires, advirtiéndole que si los cristianos lo engañaban, ellos se vengarían, y en caso de volver airoso, habría armonía entre todos y cada bando recuperaría a sus cautivos.

⁸³ Además, las imágenes que los indígenas elegían mostrar de sí mismos hallaban estrecha relación con las interpretaciones de los funcionarios gubernamentales. En este sentido, como ha señalado Nacuzzi (2008: 114), encontramos que el cacique “Negro era identificado alternativamente como jefe de los ‘pampas’ (Viedma), de los ‘teguelchús’ (el Virrey) o de los peguenchus (Zizur)”, ya que en distintas oportunidades fue hallado en el río Negro, el Colorado, el arroyo del Sauce, la sierra de la Ventana, y Buenos Aires. Desde la perspectiva de dicha autora, esta ubicuidad tenía correspondencia con su variable auto-adscripción, pues se presentaba tanto como de una parcialidad no-auca, como amigo de ellos y hasta emparentado políticamente, y a veces atacaban juntos Buenos Aires.

entre esta gente salvaje, y pudiera llamarlas finas por lo rústicas y separadas que están de las que se usan entre naciones cultas.

Aunque Villarino resaltaba el salvajismo de los indígenas, es posible entrever que los indios percibían a los viajeros en una situación más penosa que la propia. De esta manera, podemos observar cómo se forjaban paralelamente las construcciones identitarias mutuas. En este sentido, el piloto exponía:

Me ponderaron estos indios su pobreza, y el dolor que tenían en que sus fuerzas no pudiesen contribuir a mi alivio y al de toda la gente: y así éstos como los peguenches que vinieron esta mañana, viendo los marineros desnudos con frío excesivo metidos en el río, arrastrando las embarcaciones decían lastimándose: "pobres soldados", en su idioma (Villarino [1782] 1972: 1091-1092).

Por otro lado, los expedicionarios constantemente mencionaban las borracheras de los indígenas y los conflictos consecuentes, como modo de descalificarlos por su conducta inmoral. Por ejemplo, Hernández ([1770] 1910: 562) los describía como

sumamente viciosos en toda clase de vicio: son grandes fumadores: el aguardiente lo beben como agua, hasta que se privan enteramente: beben mucho mate, y luego se comen la yerba, y con la bebida se acuerdan de todos los agravios que han recibido ellos y sus antepasados, las peleas que han tenido y las invasiones que han hecho: todo lo cantan y otros lloran, que es una confusión oírlos.

Sin embargo, los hispanocriollos utilizaban este tipo de situaciones para obtener ventajas: v. gr., Piera habría provisto a unos indios de alcohol con el objeto de que se embriagaran y pudieran "tenerlos sujetos" (Viedma [1781] 1938: 533). Además, en los textos no sólo se traslucen los problemas resultantes de la ebriedad de los indígenas⁸⁴ sino también de los miembros de las comitivas. El mismo Viedma ([1781: f. 4v]) expresaba que el marinero Francisco Echeverría había herido de un pistoletazo a un lado del cuerpo al albañil Francisco Narváez, quien de "no haber sido porque la bala rompió la fuerza en un tabique de juncos que estaba de por medio, no se hubiera movido. El lance sucedió por inadvertencia, y borrachera de Echeverría". En otra circunstancia, Viedma ([1781: f. 7]) notificaba que el soldado Juan González le había propinado una paliza al poblador Alberto Espinosa porque

⁸⁴ Por ejemplo, Viedma ([1781] 1938: 533) se asombraba de que los indios habrían llegado a tal extremo de embriaguez que "habiéndose peleado una china con otra, le tiró un bocado en la nariz, y le sacó cuasi hasta el hueso, y me aseguraron que se comió el pedazo, esto yo no lo vi, pero si a la china, que lo faltaba la punta de la nariz, y se le descubría el hueso".

habría quedado resentido a raíz de lo que el último le había dicho el día anterior “estando borracho, y se la tuvo guardada hasta la siesta de este día que lo espío yendo Alberto a trabajar en la cantera, y a no habérselo quitado lo hubiera muerto”.

Como puede observarse, las relaciones interétnicas se veían afectadas en función de cómo los hispanocriollos se representaban a sí mismos para mostrarse a los otros, por ejemplo con el objeto de infundirles temor a los indígenas y obtener ventajas estratégicas. Por ejemplo, Zizur ([1781] 1973) aseguraba que estaba esperando la llegada de la gente del fuerte del río Negro para lograr infundir respeto entre los indios. En el mismo sentido, Villarino ([1782] 1972: 984-985) aseveraba que era

imposible hacer cosa buena con los indios, y lo más seguro es el rigor, pues con un escarmiento en una toldería como la de Francisco, no se atreverían los otros a estas y otras burlas que nos hacen; y más cuando esta gente es tan acreedora a que se les castigue.

Asimismo, Villarino ([1782] 1972: 1112) relataba que ante la demora de dos marineros le habría advertido a unos indios -que afirmaban que aquellos habían perdido sus caballos- que si al día siguiente no aparecían los dos hombres,

no sólo convertiría y reduciría todos aquellos toldos, sus indios, chinas y muchachos a cenizas, sino que no quedaría cerro ni montaña en todo aquel distrito que no deshiciese y allanase a cañonazos. Diciendo esto, di una voz de embarcar toda la gente y a prolongar los costados de las chalupas con los toldos, con la artillería prevenida, y las mechas en las manos. Se ejecutó esto con tanta prontitud, que se quedaron asombrados todos los indios: y llenos de terror.

Inmediatamente Chulilaquin habría corrido a la orilla con su gente, suplicándole asustado a Villarino que se calmara porque no le pasaría nada a su gente. Este último le habría dicho que merecían escarmiento porque no sólo el cacique Francisco tenía al desertor Benites sino que además los aucases habían matado a dos fugitivos fingiendo amistad. El cacique Chulilaquin le habría respondido entonces que él y su gente perecerían vengando los agravios que hubiesen recibido.

No obstante, encontramos que en los relatos se presentan diversos signos de que los expedicionarios estaban generalmente indefensos frente a los grupos indígenas. Al respecto, destacamos los comentarios de Villarino ([1782] 1972) acerca de cierta actitud del mencionado marinero Benites, quien luego de desertar habría perdido las pistolas al ser perseguido por una cuadrilla de tehuelches que le habría asestado

dos puñaladas en la espalda. Entonces, al marinero se le habría disparado la pistola atravesándole el muslo la bala; razón por la cual, para escaparse de la muerte, se habría tirado al río perdiendo las armas.

Ese desamparo era conocido por los viajeros y por ello buscaban prevenirse ante los potenciales ataques de los indios. Por ejemplo, Villarino ([1779]) advertía que, al avistar un pelotoncito de gente, había regresado inmediatamente a bordo, cargado las armas y recién entonces había mandado un bote para recoger a unos ocho indios y llevarlos con él antes de que llegaran más. Entre ellos habían llegado a bordo también dos presos -que habían desertado del puerto de San José junto con otros que habrían muerto- y el negro de Juan de la Piedra arrastrados por el calor, el hambre y la sed. Viedma ([1781: f. 3v]), por su parte, relataba que había despachado una partida de veinte soldados y ocho peones para que reconociesen una margen del río y

si encontraban indios los prendiesen, o atacasen, pues no podían ser otros que los que nos hurtaron los caballos, con cuya diligencia aseguraba los recelos de que por ahora se vuelvan a apoderar de los que tenemos, y a un mismo tiempo limpiaba de todo riesgo de indios el camino del puerto de San Antonio para que don Basilio Villarino viniese de aquel puerto.

Asimismo, encontramos que los expedicionarios recurrían a ciertos ardides con el objeto de engañar a los indígenas o, incluso, a sus propios compañeros que habían huido, tales como el uso de disfraces o la realización de determinadas teatralizaciones. Por ejemplo, el superintendente Viedma ([1781: f. 3]) había despachado a los peones Antonio Ferrer y Antonio Gil "vestidos de indios a caballo por si con esta estratagema lograba se vinieran a ellos, pues juzgaba que los tres desertores estarían escondidos en algún paraje esperando se fueran los indios para unirse a ellos". Sin embargo, no sólo los peones no hallaron a los prófugos ni rastros de ellos sino que además los fugitivos habrían estado alborotando a la caballada la noche anterior, porque se había visto "un hombre a pie, el que se les escapó a los caballerizos por la obscuridad de la noche: hice publicar que daba quince pesos por cada uno de los desertores que me trajesen preso" (Viedma [1781: f. 3v]).

En otro relato, Viedma ([1781] 1938) revelaba cómo habían desplegado una suerte de dramatización con el objeto de conformar a unos indígenas descontentos por lesiones propinadas a uno de los suyos por un integrante de la expedición apellidado Cañadas. El culpable fue apresado y llevado amarrado por soldados armados hasta donde se encontraban Viedma y los damnificados, lo cual se efectuó

con el mayor aparato para llamar la atención de los indios, y habiéndolo entrado en mi cuarto le di a presencia de ellos una terrible reñidura, y mandé que luego lo pusiera en el cepo de cabeza, y a los indios que lo presenciasen cuyo castigo manifestaron quedaban satisfechos (Viedma [1781] 1938: 513).

Luego, el superintendente le pidió a los indígenas disgustados que llevaran el herido para curarlo y les dio vendas y bálsamo para aplicarle, con lo cual se marcharon.

Del mismo modo, encontramos indicios de que los indígenas desplegaban dramatizaciones semejantes, por ejemplo, Villarino ([1779: f. 10v]) detallaba que más de cuarenta indios se habían ido “mostrando tal sentimiento de nuestra separación que algunos vertieron lagrimas bastantes. Les hice dar harina, y se fueron dando muestras de que deseaban nuestra pronta vuelta a aquel paraje”.

? [En síntesis, en este capítulo hemos analizado los modos en que las relaciones de poder se manifestaban en las percepciones y usos del paisaje, dando cuenta de los roles activos de los participantes, tanto hispanocriollos como indígenas. Asimismo, estudiamos las articulaciones entre las percepciones sobre ciertos lugares y las conformaciones identitarias basándonos en la distinción de Rose (1995) de tres tipos de sentido de lugar: natural, construido en base a estructuras de poder subyacentes y como parte de las políticas de identidad.] ?

2.1/ En este sentido, abordamos la cuestión del conocimiento indígena de la región, enfatizando en las estrategias de los indios para obtener beneficios en sus vínculos con los “cristianos” -tales como ofrecerse baqueanos para guiar las expediciones- y en la adopción de algunas de esas tácticas por parte de los viajeros -como el uso del fuego para comunicarse-. Planteamos la existencia de ciertas distinciones entre quienes eran considerados “miembros” y “no-miembros” de los grupos y que estas diferencias se asociaban con la identidad de los narradores y las representaciones sobre los “otros”. El tema de cómo eran vividos los paisajes y diversamente significados los sentidos de lugar en los contextos fronterizos y de dominio indígena será retomado en los capítulos 6 y 7.

CAPÍTULO 6: FRONTERAS COMO ESPACIOS DE NEGOCIACIÓN

Coincidimos con el planteo de Boccara (2005) de que a medida que se conocía al indígena se lo “construía” de forma tal de poder actuar sobre él eficientemente, simplificando el paisaje étnico mientras se creaba etnicidad⁸⁵. Desde la perspectiva del autor, la implementación de ciertos dispositivos de poder estuvo acompañada de la generación de un nuevo orden discursivo y de conocimiento con el objeto de reconocer, clasificar y territorializar, entendiendo a estos dispositivos de poder/saber como generadores de normalización y diferenciación, no de homogeneización⁸⁶. Así, consideramos que las relaciones de poder entre los grupos se dejaban traslucir en las actividades desarrolladas en el territorio y en los modos de representar el paisaje.

Retomamos las nociones de “organización espacial” y “territorio” propuestas por Bayón y Pupio (2003) con el objeto de abordar las distintas modalidades de uso del espacio y consideramos el planteo de Quijada (2002a) acerca de que tanto los hispanocriollos como los indígenas percibían las fronteras como una suerte de límites que podían ser traspasados. Al respecto, Bayón y Pupio (2003) sugirieron la necesidad de pensar el paisaje como un “campo de conflicto” para dar cuenta de las relaciones de poder implícitas en el mismo. En este sentido, observamos cómo le resultaba preciso a cada grupo negociar el establecimiento de determinados límites territoriales en función de sus intereses. Por ello utilizaban diversas estrategias que les permitían beneficiarse, por ejemplo exaltando su propia colaboración con respecto a los otros o participando de los intercambios de cautivos.

Así, como expusimos, Bayón y Pupio (2003) distinguieron entre las nociones de “organización espacial” y de “territorio”: la primera más general, entendiendo al espacio como resultado de actividad humana planificada y de su contexto cultural, y la segunda, designando un tipo de espacio organizado, dinámico y con reglas de conducta particulares. El espacio organizado abarcaría asentamientos y locaciones interconectados por líneas y nodos, formando sistemas específicos en cada cultura y, aunque la idea de territorio varíe según el grupo y a través del tiempo, siempre implicaría cierto control en el acceso a los recursos en determinado espacio, generando diversas situaciones de exclusión/inclusión. Además, los territorios

⁸⁵ Con respecto a esto nos hemos referido ya al trabajo de Nacuzzi (1998) con relación a las identidades impuestas.

⁸⁶ Para Boccara (2005), un orden social uniforme se crea a través de la imposición de normas sociales y de la implementación de mecanismos de subalterización.

estarían vinculados con la territorialidad, que comprendería diferentes modos de pensar y construir límites.

En este sentido, observamos cómo las distintas agrupaciones indígenas se establecían en diferentes sitios aprovechando los recursos disponibles y se organizaban en el terreno. Por ejemplo, según Viedma ([1781] 1938: 531), el indio Matías había asegurado que la mayoría de los indígenas -“a excepción de los que están en las sierras del Casuati-tandil, Bolcan y salinas donde se abastece la ciudad de Buenos Aires, respectivas a las tolderías, de Calpiskis, y Guchulap”- “tienen sus tierras y más permanente domicilio en las márgenes e inmediaciones del río Negro. Y que estos indios salen como enjambres en cierto tiempo y vienen a este río; desde donde van a las citadas sierras, a reponer de yeguas, y caballos” (Viedma [1781] 1938: 531). En otra ocasión, exponía que Calpiskis se habría ofrecido a acompañar a los expedicionarios hasta un paraje a cinco días de camino de sus toldos, pasando las salinas hasta una sierra grande “donde hay mucha más numerosa indiada que la de dicho cacique y Guachulap de una nación que llaman ranqueles con los que ellos tienen amistad y se abastecerían esta población de dicho ganado” (Viedma [1781] 1938: 537).

De este modo, a partir de la propuesta de Bayón y Pupio (2003: 347) -que estudian una etapa posterior- acerca de que las sociedades indígenas y la nacional tenían “lógicas distintas de conceptualizar la organización del espacio y del territorio”, pudimos analizar al menos dos modalidades distintas de diseñar el paisaje que manifestaban las relaciones sociales de poder en pugna. Concordamos con las autoras en que ninguna de estas sociedades definió aisladamente el uso del espacio, sino que lo hicieron “teniendo en cuenta las decisiones del otro, dando como resultado el solapamiento de territorios, con la consecuencia inevitable que cada sociedad reconoció como propias áreas sobre las que realmente no tenía control ni derecho de uso” (Bayón y Pupio 2003: 347)⁸⁷.

En este sentido, Quijada (2002a: 108) ha afirmado que los indígenas visualizaban como una línea los accidentes geográficos que los tratados les marcaban como señalizaciones de la prohibición de avanzar en el terreno, pero esto no implicaba que no pudiese cruzarse o que la visión fuera “incompatible con la percepción habitual nativa de ese espacio como un amplio territorio sujeto a múltiples

⁸⁷ Según Bayón y Pupio (2003), entre 1865 y 1879, el estado nacional habría reglamentado los límites jurisdiccionales del partido de Bahía Blanca a fin de forzar el acatamiento de su modo de diseñar el paisaje. De todas maneras, las sociedades indígenas también habrían influenciado la construcción del espacio fronterizo.

trasvases". Así, sería posible observar una concepción semejante de las "fronteras" que intentaban imponer los hispanocriollos presente ya en los modos de organizar la ocupación y uso del espacio por parte de los distintos grupos indígenas. Con relación a esto, consideramos la noción de "campo de poder" de Bourdieu⁸⁸ retomada por Bayón y Pupio (2003: 347), quienes plantearon que era preciso entender al paisaje como un "campo de conflicto" mediante el cual un sector buscaba ser dominante imponiendo una lógica de producción y reproducción social determinadas, forjando relaciones sociales asimétricas y jerárquicas. Esto lo observamos, por ejemplo, en los intereses agroproductivos de avance de la frontera hispanocriolla, aunque a fines del siglo XVIII la resistencia indígena y su control del territorio estudiado hayan tenido mayor fuerza que en la etapa trabajada por Bayon y Pupio (2003).

Este tipo de espacios en tensión fueron reflejados también en los relatos de Viedma ([1781] 1938: 548) al reseñar el envío del peón Antonio Godoy al río Colorado para contentar al cacique Vzel "por precaver cualquier riesgo a los que vienen de Buenos Ayes" -es decir, a la comitiva de Zizur-, ya que el día anterior éste se habría ido muy enojado a sus tolderías porque le habían dado poca yerba. Villarino ([1782] 1972: 1102) contaba que tenía "más de cien soldados (digámoslo así), en los indios de Chulilaquin, quienes precisamente han de pelear por defender sus vidas"⁸⁹. El piloto pensaba que era mejor esperar un potencial ataque de los aucas en el sitio donde se encontraba porque ahí era necesario nadar para llegar a las chalupas; en cambio, más arriba o abajo en el río se podía subir a las embarcaciones más fácilmente. Sin embargo, los comentarios de Viedma en el mismo diario de Villarino aludían a que el último se vería beneficiado como consecuencia de la presencia de Chulilaquin y sus indios, y la reciente muerte del cacique Guchumpilqui.

En relación con esto, hallamos en los relatos ejemplos de cómo los hispanocriollos buscaban establecer diversas defensas próximas a los vecindarios

⁸⁸ Este concepto de Bourdieu hace referencia a "un espacio de intereses en tensión, entre agentes que establecen vinculaciones objetivas entre posiciones de fuerza, marcadas por una estructura caracterizada por la relación dominio-resistencia" (Bayón y Pupio 2003: 347).

⁸⁹ Además, la gente del cacique defenderían a los expedicionarios porque necesitaba que los hispanocriollos estuvieran cerca para permanecer al resguardo. No obstante, según Villarino ([1782] 1972: 1102-1103), así como Chulilaquin "viene buscando nuestro socorro, podemos decir que hemos hallado nosotros socorro en él: porque si los aucaces, sabiendo que estamos juntos y 'aunados' (como dicen están persuadidos), vienen a avanzarnos, ciertamente que mejor lo harán cuando nos hallen solos e indefensos, los marineros con una embarcación a cuesta arrastrando, que ni para abajo ni para arriba se puede navegar dentro de ella, porque en todas partes vara, y la otra sola y varada de la misma suerte".

que pudieran funcionar a modo de "franja de amortiguación" (en el sentido de Prieto 1997/1998: 212, citado por Roulet 2002: 69) ante las agresiones. Por ejemplo, Viedma ([1784] 1910: 461) consideraba que era preciso extender las poblaciones de las fronteras⁹⁰ porque se conformarían como la mejor trinchera para contener

a los indios salvajes, que a manera de un torrente impetuoso cada día inundan estos campos, llevándose tras sí innumerable ganado caballar y vacuno, asolando las tristes habitaciones de los vecinos fronterizos a esta capital, haciendo que los caminos no sean seguros y víctima de su furor a muchos desgraciados que perecen inhumanamente cada día a sus manos de un modo horrible y espantoso.

Teniendo en cuenta esto, Viedma exhortaba al gobierno a mantener el establecimiento del río Negro como modo de facilitar la pesca de ballena y un puerto al sur, abrir caminos menos costosos y riesgosos hacia Chile que desde Buenos Aires, y abastecer el comercio de sal y carne a la capital del virreinato rioplatense⁹¹.

Al respecto, tuvimos en cuenta el planteo de Bayón y Pupio (2003) acerca de que las sociedades estadales buscaban salvaguardar la tierra, mientras que las sociedades indígenas móviles defendían principalmente al grupo social, el cual poseía derechos sobre el territorio -de uso de los recursos más que a los recursos mismos-⁹². Estas autoras sostuvieron que la defensa indígena de los límites sociales

⁹⁰ Viedma ([1779: f. 167]) había planteado ya que con el objeto de incrementar la seguridad de los poblados, resultaba de suma importancia fomentar el asiento de quienes habitaban en las fronteras -no sólo el envío de gente por el gobierno-, ya que: "El auxilio más necesario para este destino es de la gente de campo, que resguarda las fronteras de esa ciudad: hombres hechos al ejercicio del caballo más veinte o treinta para que corran el campo, y descubran cualesquiera abundancia de los indios, por cuya gente, y la partida de tropa que arriba hago expresión para resguardo del fuerte considero bastantes fuerzas, sin embargo de la mucha indiada, que cada día le esta presentando". Además, desde su punto de vista, al favorecer los asentamientos en los campos de los alrededores de Buenos Aires crecerían las poblaciones, particularmente si se incorporasen los vecinos que habitaban en chacras dispersas, dado que ese aislamiento era "perjudicialísimo al bien espiritual de aquellas almas y legislación real porque carecen de instrucción cristiana en nuestros sagrados dogmas; rara vez frecuentan los santos sacramentos de la penitencia y eucaristía, y casi no tienen o reconocen a quien obedecer y temer; de modo que poco se diferencian de los indios salvajes" (Viedma [1784] 1910: 458).

⁹¹ Dado que Viedma ([1784] 1910: 451), además, pretendía incrementar las transacciones con las campañas era preciso acrecentar la seguridad en las fronteras propiciando un aumento de las poblaciones y el control de los indios, atrayéndolos "al verdadero conocimiento de Dios y bien del Estado", ya que "la mayor de las utilidades que consiste en hacer hombres y hombres cristianos a este gran número de salvajes" (Viedma [1784] 1910: 461).

⁹² Desde el punto de vista de Bayón y Pupio (2003), las sociedades con alta movilidad tendrían un comportamiento flexible de defensa de sus límites espaciales sólo en lugares estratégicos o con recursos escasos, como en el caso de Choele Choel. Esto lo pudimos observar en el relato de Viedma ([1781] 1938), quien señalaba la relevancia de la ubicación de los ranqueles. El peón Godoy le habría dicho que cerca de las tolderías ranqueles había muchos indígenas acampados "en otros médanos mayores y se mantenía con agua de pozos [...], y en aquel paraje había mucho monte de grandes y espesos Algarrobos de cuyo fruto hacían aguardiente, por cuyo motivo rara vez lo desamparan" (Viedma [1781] 1938: 540).

implicaba la necesidad de cumplir cierto protocolo de petición para obtener permiso de movilizarse dentro y entre los territorios, anticipando las intenciones y acatando la decisión consecuente. Por ejemplo, Villarino ([1782] 1972: 1021) detallaba una situación en la que un cacique le habría dicho que “estas eran sus tierras, las cuales se extendían hasta mucho más abajo del Chuelechel a fin de que le diese cuatro frascos de aguardiente, para convidar a sus [...] indios; como dando a entender que quería que le pagase algún derecho por el pasaje”. Por ello, Villarino ([1782] 1972: 1021) le habría respondido que se alegraba

mucho de conocerle, y de saber que éstas eran sus tierras, y que fuese en ellas tan poderoso; porque así como nosotros cuando bajaban los indios a nuestros pueblos los regalábamos, y dábamos de comer y beber, así esperaba yo lo mismo de la amistad que tanto me encarece. Se rió bastante, y dio a entender la respuesta a todos los indios, que pasarían de sesenta, y al fin dijo, que cuando no tuviese que comer se lo avisase, que me daría una vaca, la que nunca vino.

Por su parte, Terrada ([1808: f. 9]) aseguraba que los indios estaban completamente convencidos de que los hispanocriollos debían “pagar el piso de sus tierras, y tributo, por la extracción de sal”. Así lo habría dado a entender el cacique Calepuquero al señalar que “el aguardiente, yerba, y tabaco que los cristianos les daban a ellos no era regalo, y si lo era la sal que ellos nos permitían extraer, pues estaba en sus tierras, y era suya” (Terrada [1808: f. 9]).

Por otro lado, las sociedades estadales utilizarían las líneas límite para definir territorios internos y externos, al tiempo que los derechos en el diseño del espacio serían permanentes, con “reglas de adquisición, uso y transferencia de derechos exclusivos y excluyentes de la propiedad” (Bayón y Pupio 2003: 348)⁹³. En un sentido semejante, Boccara (2005) propuso la noción de “límites fronteras”, que permitiría reconocer un ethnos no vinculado sistemáticamente a un espacio físico determinado. Así, desde su perspectiva, el límite primero separaría y, recién después, generaría relaciones de sujeción política, control y explotación⁹⁴. Por ejemplo, evidenciamos estos límites en los capítulos que Manuel Pinazo debía hacer

⁹³ En nuestro caso, a semejanza de lo que ocurría en la época estudiada por Bayón y Pupio, el territorio que el Estado consideraba como propio no coincidía con la región que efectivamente controlaba.

⁹⁴ Debe tenerse en cuenta que a fines del siglo XVIII en el territorio que investigamos aún no se había intentado una conquista armada como la analizada por Boccara (2005) para el caso de Chile.

firmar a los caciques en el tratado de paz de 1770. En ellos, Bucarelli y Ursúa ([1770: s/d]) exponía que los indígenas no podrían

pasar del terreno que se les tiene señalado a estas partes de las fronteras, y en caso de venir ha de ser precisamente a la de Luján, siguiendo el camino de Salinas, esto es en caso que vengan a hacer trato y cuando se les proporcione bajar a esta ciudad (que será una u otra vez) no excederá el número de seis, los que vendrán custodiados de uno, o dos soldados de aquella frontera⁹⁵.

Incluso, poco después advertía que ante cualquier daño que afectara a la jurisdicción española, aunque fuese hecho por “indios de otra nación, han de ser responsables a él respecto a que se le ha señalado el terreno sin límite a excepción que no pueden pasar a estas inmediaciones de las fronteras” (Bucarelli y Ursúa [1770: s/d]).

Sin embargo, a pesar de los diversos esfuerzos de los hispanocriollos, los límites territoriales y entre grupos se establecían a través de negociaciones emprendidas tanto por los indios como por los viajeros. Estas negociaciones evidenciaban distintas estrategias vinculadas a las relaciones de poder que eran desplegadas por los miembros de los grupos con el objeto de lograr ventajas con respecto a los otros. Por ejemplo, Hernández ([1770] 1910) relataba que al enterarse Pinazo de que unos indios armados habían perseguido a quienes él había mandado como emisarios para el teniente Macedo, habría llamado a los caciques y les habría advertido que no iría a ninguna parte hasta no haberse reunido con su gente detenida en el *Cairú*.

Particularmente con relación al paisaje, encontramos que los expedicionarios intentaban negociar con los indígenas con el objeto de que los orientaran en el territorio, les advirtieran sobre enemigos o los informaran acerca de algunos miembros destacados de su propio grupo. Por ejemplo, el superintendente Viedma ([1781] 1938: 508), preocupado por una partida de reconocimiento que no regresaba, habría intentado convencer a un indio de que fuera

por toda la costa de la mar hasta el *Quequen*, o más adelante por si descubría el bergantín, o la chalupa, y para ello que le entregaría una carta

⁹⁵ En este fragmento consideramos preciso destacar el grado de detalle de la instrucción recibida y transmitida por los expedicionarios a los caciques. Según el tratado que se buscaba “acordar”, los indios debían seguir el camino de Salinas -usualmente utilizado por los hispanocriollos para abastecerse de sal e intercambiar con los indígenas- y atravesar el “límite” del río Salado -que indicaba la frontera virtual entre su territorio y la jurisdicción de Buenos Aires- sólo por la guardia de Luján, custodiados y no más de seis para entrar en la ciudad.

de la que me había de traer respuesta que si lo cumplía la había de regalar mucho, quedó empeñado en hacer la diligencia.

Villarino también explicaba cómo recurría a los agasajos con el objeto de lograr que los indios llevaran una respuesta a Viedma para comunicarle las últimas novedades⁹⁶: los expedicionarios les dieron de comer a los indígenas y, “así para que hiciesen esta diligencia como por la buena armonía, fueron todos regalados con aguardiente, porotos, bizcochos, harina y abalorios” (Villarino [1781] 1972: 679). En un diario posterior, escribía que les habrían dado aguardiente a unos indios que fueron a pedirlo “por asegurar los chasques que vengan del pueblo, como por adquirir noticias, y por medio de sus indios o esclavos mandar ahora chasque con nuestra gente al pueblo, a fin de tener pronta respuesta a los oficios que envió” (Villarino [1782] 1972: 983). También habían agasajado a unos indios principalmente para llevarlos por algunos días cerca de las embarcaciones, porque serían del *Huechun-lauquen* -el Paraje de las Manzanas-, hacia donde se estaban dirigiendo, y el piloto quería conseguir que le prestaran caballos para la sirga, porque la gente no podía arrastrar las embarcaciones y se estaba enfermando⁹⁷.

Como hemos podido observar, era constante la preocupación de Villarino por facilitarse los medios para alcanzar la ciudad de Valdivia. Por ejemplo, detallaba que dos indios habían llevado pieles de guanaco y una bolsita de piñones para vender,

lo que no se les compró, así porque esto no es lo más importante, como porque querían mucho por ello; y lo más, porque hallándome ya casi destituido de las bujerías que traje para regalarlos, y de bastantes cosas mías propias, con que obsequié a unos y otros, algún resto que queda le voy resguardando hasta ver si hallo algún indio que quiera ir a Valdivia, en cuyo caso será indispensable regalarle bien (Villarino [1782] 1972: 1093).

⁹⁶ En general, en estas negociaciones los expedicionarios destacaban con mayor énfasis su participación con respecto a la de los indígenas, lo cual resulta más evidente en las situaciones de colaboración y agasajo por parte de los distintos grupos. Por ejemplo, Francisco de Viedma ([1780] 1938) aseguraba haberles regalado aguardiente, harina, ponchos y mantas a los parientes del difunto capitán Chiquito, a raíz de lo cual habiendo quedado éstos conformes se habrían ofrecido a ir a comprar caballos al Colorado. Por su parte, Zizur ([1781] 1973) narraba que había logrado que le devolvieran sus pertenencias obsequiando a quienes lo habían atacado; e incluso, más tarde, habría agasajado con una cena a los caciques, y especialmente, habría regalado a Katruen, quien se había mostrado a favor de que Calpisqui viajara a Buenos Aires.

⁹⁷ Por otro lado, Villarino ([1782] 1972: 1019) se quejaba de las dificultades para obtener información de los indígenas, ya que, según él era “imposible decir la paciencia que fue precisa tener con ellos: pero no pude recabar que me diesen al muchacho lenguaraz; tampoco pude saber de dónde viene, o si pasa por Mendoza el río Pequeño del noroeste Pichileubú, [...] porque dicen no son baqueanos de este río”.

En este sentido, Quijada (2002a) destacó la confianza que tenían los viajeros en disponer del apoyo de los indios en caso de requerirlo, evidenciado por el escaso contingente de soldados que generalmente acompañaba a las expediciones a tierras indígenas. En nuestro caso de fines del siglo XVIII, más allá de la confianza o no, esa anhelada ayuda indígena era consecuencia de la falta de gente dispuesta a desempeñarse como escolta entre los hispanocriollos. Según Quijada (2002a), esta colaboración se esperaba en función de las necesidades de los indios de mantener intercambios con los “blancos”, marcado desde el comienzo por un desequilibrio y una mayor dependencia hacia los productos europeos que a la inversa. No obstante, en nuestro estudio notamos que a fines del siglo XVIII en el norte de la Patagonia la dependencia se daba en ambos sentidos, incluyendo la de los hispanocriollos con respecto a los indios.

De esta manera, encontramos referencias a la ayuda recibida por los expedicionarios de parte de los indígenas, aunque generalmente los autores de los relatos buscaran minimizarla. Por ejemplo, Hernández ([1770] 1910: 553) comentaba que había caído la noche mientras estaban en el río de los Sauces, al sur de la sierra de la Ventana, donde los indios habían contribuido cazando con los viajeros y recolectando “bastantes huevos de avestruz, con lo que se saciaba el apetito”. Villarino ([1779: f. 8]) señalaba que unos desertores le habrían revelado que “habían recibido muchos favores de aquellos indios, y que en haberlos hallado había consistido su vida, pues faltaba muy poco para acabárseles”.

El superintendente Viedma ([1781: f. 5v]) también tenía presente el refuerzo que representaban los grupos indígenas para completar las misiones, a raíz de lo cual expresaba que se había enterado por la gente de Chulilaquini el indio Chanchuelo habría encontrado a un desertor y le habría dado “provisión de comida para que se mantuviera ínterin él estaba en el establecimiento, y lo dejó escondido fuera del camino”. Más tarde, Viedma señalaba que Gabriel, hijo del cacique Negro, había llegado con una comitiva de indios y chinas para avisar que el resto de los expedicionarios españoles permanecían en el río Colorado debido a la gran crecida de éste y el fuerte viento. El superintendente relacionaba este hecho con que los indígenas tuviesen un buen concepto sobre uno de los jefes, Piera, porque les habría regalado aguardiente, biscochos y yerba. En otra ocasión, al percatarse de que dos desertores habían robado unos caballos y dos recados del rey, Viedma ([1781: f. 8]) había enviado soldados a buscarlos “con orden de no parar hasta el río

Colorado, y que le avisaran al cacique Chulilaquini para que con sus indios hiciera diligencia de prenderlos”.

Además, tanto Viedma ([1781]) como Villarino ([1781] 1972) dieron cuenta de una colaboración más indirecta por parte de los indígenas al relatar cómo los intercambios organizados con ellos les permitían obtener caballos, vacas, novillos así como lazos, colleras y maneas. En su memoria, Viedma ([1784] 1910: 448) expuso que a pesar de que el Fuerte del Carmen habría estado “exento de las calamidades que sufrieron los otros, por sus excelentes aguas, abundante caza, y ganado vacuno con que nos socorrieron los indios, no por eso pudo librarse de iguales o mayores persecuciones”. Viedma ([1784] 1910: 450) analizaba la situación general de los establecimientos de la costa patagónica, en función de la carencia de auxilios por parte de la Corona que se sumaba a la rigurosidad del clima, lamentando encontrar socorros sólo “donde debía recelarse el riesgo”.

De esta manera, podemos observar que las estrategias que los indígenas desarrollaban con relación al uso y percepción del territorio evidenciaban los roles activos que asumían en el marco de las relaciones interétnicas⁹⁸. Por ejemplo, Zizur ([1781] 1973) lamentaba que un grupo de indígenas no les permitieran continuar el viaje porque querían que esperaran a que arribara el cacique Calpisqui a donde ellos estaban. De este modo, no sólo no podían cargar sus cosas, sino que además, llegaban más indios; y mientras tanto, el lenguaraz Medina y dos baqueanos habían desaparecido.

Villarino ([1782] 1972: 982), por su parte, señalaba que cuando el cacique Román se embarcó con él había advertido que lo que decía acerca de que estaba enfermo era sólo un pretexto, ya que comprendía que

no lo hacía por otra cosa que por observar nuestros movimientos, y yo me alegré; porque como el asunto, a mi parecer más importante, es el no quebrar con ellos, y aunque den ellos motivo por el cual me viese precisado a ello, no sería lo más favorable.

⁹⁸ Así, aunque las continuas afirmaciones sobre los beneficios que obtenían los expedicionarios encubrieran las estrategias y el poder que detentaban los indígenas, es preciso recordar que estos últimos actuaban según sus propios intereses, como hemos visto en el capítulo 5. Por ejemplo, Viedma ([1779: f. 163]) detallaba que algunos indios se habían ofrecido a auxiliarle para realizar un recorrido por tierra a cambio de “que se les diese el resguardo de esta gente por medio de los aucaces”. En otra ocasión, Viedma ([1781] 1938: 530) comentaba que le había encargado a Francisco Piera que “entretuviese todo el día a los indios regalándolos con aguardiente, y demás que quisieran para que con seguridad pudiéramos hacer la marcha”. En la misma época, Villarino ([1781] 1972: 681) se lamentaba de encontrarse aún a bordo “aguardando respuesta de río Negro, pues ya tiene el indio que llevó la carta sobrado tiempo para haber vuelto”.

Asimismo, Villarino ([1782] 1972: 1015) describió las tratativas para embarcar a un joven “que hablaba mejor el castellano que cuantos indios hasta ahora he visto desde que estoy empleado en la costa patagónica”, navegar hasta *Huechun* y luego pasar a caballo a Valdivia. El padre del muchacho se habría negado a autorizarlo argumentando que lo necesitaba para arrear una gran cantidad de ganado que tenían, aunque se habría mostrado dispuesto a ir él también hasta Valdivia, si antes pasaban por *Huechun-lauquen* y la expedición les pagaba⁹⁹.

De este modo, a pesar de que resulta más dificultoso, mediante los indicios que sugieren los relatos de los hispanocriollos también nos aproximarnos a las negociaciones que emprendían los indígenas con el fin de beneficiarse. Incluso, Viedma dio cuenta de cómo los mismos indios subrayaban la colaboración brindada a los viajeros para obtener ventajas. Según él, la gente de Chulilaquini le habría dicho que no sólo habían luchado contra la gente del cacique Negro, sino que además, habían apresado cerca de la sierra del Volcán a dos de los tres desertores hispanocriollos (Viedma [1781: f. 4v]). Asimismo, unos peones que habían llegado al campamento con vacas le habrían dicho que “traían encargo del Chulilaquini para que mandase cuatro peones por veintiuna reses vacunas de un cacique pariente suyo llamado Talquaquia” (Viedma [1781: f. 2v]).

Por otro lado, Viedma aludía a ciertos tratos impulsados por los indígenas a fin de obtener recompensas a cambio de los cautivos. Según sus propias palabras, le habrían dicho que en los toldos del cacique Chulilaquini había un indio del cacique Negro que tenía un esclavo cristiano mulato llamado Francisco que había sido apresado hacía cuatro meses “en el pago de la Magdalena: Que su amo quería venderle y pedía tres barrilitos de aguardiente, una olla de hierro, un sombrero y cuentas, lo que se le había de llevar a su toldo, y que allí entregaría el esclavo” (Viedma [1781: f. 5]). También el piloto Zizur ([1781] 1973) advertía que los indios reclamaban parientes que estaban detenidos en Buenos Aires por intermedio de sus caciques, a quienes entregaban regalos a cambio¹⁰⁰.

⁹⁹ En otras circunstancias, Villarino ([1782] 1972: 984) protestaba sobre este tipo de estrategias desarrolladas por los indígenas, cuando unos indios los siguieron a pesar de que los expedicionarios ya les habían dado de almorzar: “pararon a donde yo paré, para dar de comer a la gente: tuve la paciencia de obsequiarlos de la misma suerte. Pasado esto me pidió el cacique Francisco una vaca para dar de comer a su gente: a esto le dije que esperaba comprar ganado a los aucas: que mandaríamos un indio de sus toldos al pueblo; que si me mandaban ganado le daría, pues bien veía que el ganado que yo tenía era poco, y que ya se me acababan los víveres, y que no tenía que comer la gente: que mi viaje era muy largo, ni tampoco tenía donde hacer bastimento, ni menos adonde comprar. Ensilló su caballo, y se puso en camino muy enojado”.

¹⁰⁰ Las referencias a los intercambios de cautivos se reiteraban a lo largo de los relatos de los viajeros. En el caso de Viedma ([1781] 1938: 519), detallaba que el cacique Calpisquis no habría

Por su parte, Zizur aludía a las negociaciones con los indígenas describiendo las tratativas en torno al viaje del cacique Lorenzo a Buenos Aires y los intentos por convencerlo de que lo hiciese. Cuando éste aseguró que no iría, aquel le habría contestado que las muestras de buena fe de los españoles eran evidentes, y que la comisión podría permanecer en sus toldos como garantía hasta que él volviese de la ciudad. El cacique habría manifestado que cuando el Virrey volviese de Montevideo, él iría a Buenos Aires, pero no antes; entonces, el piloto le habría dicho que hiciera como gustase y que ellos seguirían su marcha hacia el Fuerte del Carmen. Además, Zizur advertía que los indígenas pedían a los expedicionarios aguardiente y se emborrachaban, amenazaban a la comitiva, se comían todo lo que éstos tenían, y no los dejaban dormir. En particular, criticaba la actitud de "Chanchuelo", un personaje que se había unido a la expedición porque supuestamente quería agradar al cacique Lorenzo para lograr matarlo cuando estuviera cerca. Sin embargo, Zizur temía una traición y sospechaba que, en realidad, estaba aliado con los indios. Dicho "Chanchuelo" por ejemplo, habría inducido a un indígena, según las afirmaciones de éste, a pedir mucho dinero a cambio por un cautivo, diciéndole que los cristianos eran ricos¹⁰¹.

En el caso del piloto Villarino (1782] 1972), un grupo de indios le había pedido ayuda porque, según dijeron, habrían matado a Guchumpilqui -cacique de los aucaces- para desagraviar a los españoles -aunque éstos no les habían pedido que hicieran nada- y solicitaban el apoyo de los soldados. No obstante, el piloto le habría mandado a decir al cacique Chulilaquin que su tropa no luchaba sin su capitán porque no comprendía la lengua de los indígenas, y que como él pretendía auxiliario si llegaba "a tiempo socorrería, y sino que trajese su gente y toldos para donde yo estoy, y entonces que no tuviese miedo, aunque viniesen más indios que yerba tiene

acompañado al Fuerte del Carmen a los peones González y Martínez que estaban en sus toldos porque pretendía reunir en sus tolderías a "todos los esclavos cristianos que tienen los indios, para que los fuesen rescatando [los hispanocriollos] por que no querían guerras", pero que fueran a comunicar el monto del rescate al superintendente Viedma y volviesen con ese importe, y él llevaría luego a los cautivos. Paralelamente, el peón Antonio Godoy le habría asegurado a Viedma ([1781] 1938: 535). que Calpisquis no quería que González y Martínez se fueran porque temía que no regresaran unos indígenas que habría enviado canjear a unas cristianas a Buenos Aires, dado que "en otras ocasiones le había sucedido enviar otros indios con la misma pretensión y los habían detenido, y apresado no obstante ir de paz".

¹⁰¹ De manera semejante, este tipo de engaños aparecen en otros relatos, por ejemplo, Villarino ([1782] 1972) exponía su fastidio debido a que un cacique había llevado a un famoso ladrón -Jacinto-, quien no sabía "hablar otra cosa que pedir aguardiente, yerba, tabaco y bizcocho" (Villarino [1782] 1972: 1082), en lugar de ir con la "lenguaraza" que él le había pedido.

el campo” (Villarino [1782] 1972: 1097)¹⁰². Chulilaquin le habría dicho que estaba seguro de que los aucaces lo perseguirían a él y su gente hasta su tierra, razón por la cual planeaba modificar su camino y dirigirse hasta el Fuerte del Carmen. A pesar de ello, el piloto le habría dicho que sus víveres escaseaban y no podría detenerse más, con lo cual el cacique se habría mostrado desconsolado¹⁰³.

De modo semejante, Terrada ([1808: f. 2-3]) comentaba que se hallaba todavía en camino sin haber arribado a destino, habían comenzado a aparecer

los embajadores o parlamentarios de los caciques, pretextando que tenían noticia iba de matar la expedición; queriendo decir que íbamos a darles guerra. A mi contestación se seguía ponerme delante un barril, una bolsa, o saco para yerba, con tal que a no devolvérselas bien llenas no las admitían.

Así, Terrada se habría visto obligado a permanecer ocho días en el sitio donde los indígenas asistían para reunirse con él y solicitarle bienes, mientras regresaban los mismos que ya habían pasado con la excusa de saludarlo en nombre de sus caciques, pero con nuevos barriles y bolsas para llenar¹⁰⁴. Incluso, relataba que el cacique *Añapi*, enojado porque no se habían “llenado dos barrilejos tan presto como él quería, montó en su caballo, sacó el alfanje¹⁰⁵, y empezó a hacer escaramuzas batiendo la cuchilla por el aire, y llamando sus indios, tomó el campo” (Terrada [1808: f. 5-6]).

A lo largo del capítulo 6 hemos abordado las luchas de sentidos disputados en la construcción de los paisajes del norte de la Patagonia, entendiendo las fronteras como espacios de negociación interétnica. En este sentido, planteamos que las representaciones sobre el territorio y las actividades desplegadas en el mismo

¹⁰² En otra ocasión en la que hacía varios días que el piloto esperaba el arribo de Chulilaquin y éste no llegaba, Villarino habría decidido partir y le habría comunicado al cacique que se iría al día siguiente. Entonces, el cacique le habría suplicado que “no le desamparase, ya que le había hecho tanto favor: que me debía la vida; que no le dejase en manos de sus enemigos, y dijo que [...] los parientes de Guchumpilqui [...] le habían regalado, y pagado fuertemente a todos los caciques [...] para que todos con sus indias viniesen incorporados para acabar con él y con sus indios, pero que sólo el respeto de nosotros había sido capaz de contener esta facción” (Villarino [1782] 1972: 1125).

¹⁰³ Además, Villarino afirmaba que cuando Chulilaquin se enteró de que los funcionarios planificaban regresar al establecimiento del río Negro, le había suplicado que se quedaran y, finalmente, habría logrado que un indio le vendiera un par de vacas para convencerlos de que no se fueran.

¹⁰⁴ Al respecto, Terrada ([1808: f. 3]) expresaba sus intentos por contener a los indios: “Reconvenidos por mí en orden a su ambición, y el ningún auxilio que esperaba, y del estado de escasez en que me hallaba, sus contestaciones eran llenarse de ociosidad”.

¹⁰⁵ Según la 22ª edición del Diccionario de la Real Academia Española, el alfanje es una especie de sable, corto y corvo, con filo solamente por un lado, y por los dos en la punta.

reflejaban las relaciones de poder entre los distintos grupos, tanto indígenas como hispanocriollos.

Asimismo, señalamos que estas diversas agrupaciones se veían en la necesidad de negociar la instauración de determinados límites territoriales con el objeto de ponderar sus intereses particulares. Por ello, reconocimos ciertas estrategias a las que recurrían unos y otros a fin de obtener ventajas o precaverse frente a posibles movimientos de los demás participantes. En relación con lo expuesto resultó relevante atender a los modos en que la resistencia de los indígenas se reflejaba en las interacciones con los hispanocriollos y el uso del territorio por parte de ambos, lo cual será abordado en el capítulo 7.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE CIENCIAS Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

CAPÍTULO 7: PAISAJES DE RESISTENCIA

Abordamos la cuestión de la resistencia teniendo en cuenta las asimetrías de poder manifestadas en las relaciones interétnicas e intentando recuperar la profundidad de unas interacciones que han sido silenciadas con el transcurso del tiempo. Consideramos los aportes de Oslender (2002: s/d) acerca de que el espacio es un concepto “político y saturado de una red compleja de relaciones de poder/saber que se expresan en paisajes materiales y discursivos de dominación y resistencia”. Así, el espacio no sería simplemente “el dominio del estado que lo administra, ordena y controla (representaciones del espacio), sino la siempre dinámica y fluida interacción entre lo local y lo global, lo individual y lo colectivo, lo privado y lo público, y entre resistencia y dominación” (Oslender 2002: s/d). Por ello, al pensar las fronteras como espacios de negociación podemos aproximarnos a las estrategias desplegadas por los grupos que interactuaban a fin de “mantener su autonomía a través de adaptaciones políticas y económicas, mestizajes biológicos y culturales y reconfiguraciones étnicas” (Nacuzzi *et al.* 2008: 13).

Al respecto, Oslender (2002: s/d) sostuvo que era preciso reconocer la intencionalidad de los sujetos históricos, la naturaleza subjetiva de las “experiencias en contextos espaciales dinámicos, y cómo los espacios están transformados en lugares llenos de significados culturales, memoria e identidad”. Su noción de “espacialidad de resistencia” resulta fundamental a la hora de abordar la trama de vínculos interétnicos que se tejía en el contexto estudiado, enfatizando en las relaciones de poder que se vislumbraban en la construcción del paisaje pampeano-patagónico. A partir de esta propuesta de Oslender (2002) analizamos las situaciones percibidas como amenazantes por parte de los distintos grupos que generaban desconfianzas mutuas. Los temores producto de la inseguridad ocasionaban diversas negociaciones entre los participantes en el intento de obtener información relevante y mantenerse a resguardo. Asimismo, en relación con dichas intimidaciones y las reacciones consecuentes, consideramos el concepto de “límites de la resistencia” de Luiz (2006) que nos permitiría comprender de manera más precisa la coyuntura fronteriza.

De este modo, retomamos la idea de Oslender (2002) acerca de que el espacio constituiría una pieza fundamental en las políticas de resistencia debido a que en el mismo se encontraría el potencial para desafiar al poder dominante. En este sentido, observamos cómo era percibido el comportamiento amenazante y/o defensivo de los

indios a través de la óptica de los expedicionarios. Por ejemplo, Hernández ([1770] 1910: 550) señalaba que la expedición había estado esperando formada con la artillería encendida, en prevención, cuando vieron llegar a “la indiada, formada en batalla con sus armas, coletos y algunas cotas de malla”. Los indígenas se habrían acercado a toda velocidad pasando por la izquierda del grupo de viajeros, cruzando una laguna por la retaguardia y regresando por el frente en dos ocasiones hasta que los caciques se reunieron con los miembros de la expedición. Le habrían explicado los razonamientos al comandante Pinazo través de intérpretes y luego de darse las manos unos a otros, éste les habría hecho regalos. Según Zizur ([1781] 1973), los expedicionarios no sólo habrían tenido miedo de que los indios les quitaran la ropa y no podían cocinar, sino que además dependían de los intereses de éstos y de sus decisiones al respecto¹⁰⁶. En determinada ocasión, Zizur ([1781] 1973) explicaba que había escuchado que como la mujer de Lorenzo y los demás indios que habían ido con ella a Buenos Aires no regresaban, los indígenas planeaban avanzar sobre la frontera y particularmente hacia la Guardia de Chascomús, lo cual las cautivas habrían confirmado.

Así, notamos ciertas desconfianzas mutuas con relación a esas relaciones de poder que se plasmaban en el paisaje de Pampa y Patagonia, teniendo en cuenta además lo expuesto previamente acerca de las representaciones que los actores sociales mostraban sobre sí mismos y los modos en que eran percibidos por los demás¹⁰⁷. Al respecto, coincidimos con la idea de Carlos Mayo retomada por

¹⁰⁶ En otras circunstancias, poco después de haberse encontrado con el cacique Calpiski, Zizur ([1781] 1973) habría solicitado ir de una vez a donde tenían que ir para reunirse, ya que el cacique no le confirmaba dónde sería el encuentro y las paradas que les hacían hacer sólo tenían por objetivo que los españoles proveyeran de bienes a los indígenas. Finalmente, Calpiski habría indicado partir hacia el sitio escogido, a pesar de que Zizur también quería ver a su hermano Pascual.

¹⁰⁷ En particular, gran parte de las sospechas mutuas se hallaban vinculadas a los problemas de comunicación que surgían a raíz de la diversidad de idiomas, principalmente porque tanto los hispanocriollos como los indígenas llevaban consigo ciertas personas que servían como traductores, ya que no confiaban en los intérpretes de los otros que podían querer beneficiarse individualmente. Por ejemplo, Bucarelli y Ursúa ([1770: s/d]) reseñaba que el comandante Pinazo había tenido que explicar a unos caciques los capítulos del tratado de paz mayo de 1770 “clara y distintamente en su idioma, por medio de dos intérpretes que lo fueron Francisco Almirón, y Luis Ponce”. Incluso, Bucarelli y Ursúa ([1770: s/d]) aclaraba que “por no saber firmar los expresados caciques hicieron cada uno de ellos una cruz”. Villarino ([1779: f. 9v]), por su parte, señalaba que había comenzado a “formar un vocabulario a fin de entenderles algunas cosas, y a contar que aprendimos con facilidad hasta cien en lengua Pampa, y Teguelchu”. En su relato, Zizur ([1781] 1973) explicitó que los indios querían que “Chanchuelo” viajara a Buenos Aires como traductor de Lorenzo Calpiski porque no se fiaban de Luiz, el lenguaraz de la expedición, quien había averiguado poco antes que los indígenas pretendían reunir a toda su gente y los caciques evaluar si convenía que Lorenzo fuera a Buenos Aires.

Inclusive, se hallaban frente a dificultades mayores al carecer de intérpretes, por ejemplo, Villarino ([1779: f. 10v]) indicaba que un cacique “por señas dio a entender que nos volviésemos a donde

Quijada (2002a: 114) de que la “la dialéctica ataque-defensa fue aplicada tanto por los indios como por la sociedad hispanocriolla”.

Por ejemplo, Villarino ([1782] 1972: 1087) advertía que cuando cuatro chinas - entre las cuales estaban la “Cacica Vieja” y la “lenguaraza” Teresa- y un indio repartieron dos bolsas de manzanas entre los marineros, el piloto les preguntó por qué habían ido y ellos le “dijeron que a ver, y que las mandaba el cacique Francisco”. Además, Villarino los interrogó acerca de las razones por las cuales no lo habían esperado en el Choelechel como habían acordado a fin de enviar un chasque al pueblo y luego proseguir juntos río arriba. Los indígenas habrían respondido que el marinero Miguel Benites les había dicho que Villarino ([1782] 1972: 1087) pretendía avanzarlos porque “los quería prender a todos con los toldos, caballos y lo que tuviesen, y que por esto habían venido dos indios del Colorado, a decirle de parte del cacique Negro a Francisco que no se fiase de nosotros, pues traíamos intentado prenderle y matarle”. Entonces el piloto habría intentado convencerlos de que eso era un error y de que “Miguel Benites estaba en poder de Francisco, que me lo trajese y viniese con él, y que vería como confesaba la mentira, con que los había engañado, sólo con el fin de casarse con la hija de Francisco, de quien se hallaba apasionado” (Villarino [1782] 1972: 1087)¹⁰⁸.

En este sentido, coincidimos con la perspectiva de Rose (1995: 97), quien postula que “*senses of places may become more intense when they are perceived as being under threat. The same location may be interpreted through different senses of place*”. Al respecto, Viedma ([1781] 1938) presentó un detallado relato sobre las advertencias de unas cautivas por un potencial ataque al Fuerte del Carmen a raíz de la amenaza que progresivamente representaban las instalaciones del virreinato del Río de la Plata en la conservación de los territorios indígenas. Unas cristianas prisioneras habrían informado que los caciques Calpiskis, Guchulap, Toro, Guachan, Chanel y otros “se habían juntado a tratar sobre destruir este establecimiento, echarnos de él, o matarnos porque habían conocido que los cristianos los iban cercando por todas partes y quitándoles todas sus tierras”

estábamos” y, en otra oportunidad, “llegaron tres indios y dos chinas, los que no se pudieron entender por no haber traído lenguaraz: los obsequié como siempre” (Villarino [1781] 1972: 682).

¹⁰⁸ Los indios entonces se habrían reído junto con la gente de Chulilaquin diciendo “¡cómo le habían de dar a un esclavo la hija de un cacique!” (Villarino [1782] 1972: 1088). En el marco de esta situación, pudimos observar cómo los indígenas percibían las relaciones y jerarquías al interior de su propio grupo y con respecto a los que no pertenecían al mismo -lo cual ha sido abordado ya en el capítulo 5-.

(Viedma [1781] 1938: 521). No obstante, el indio ladino Mathias habría intentado convencerlos de que desistieran, argumentando que

de balde querían venir a morir todos, porque estábamos muy fortificados todos, y aunque pronto se contuvieron, determinaron para mayor certeza enviar un indio ladino llamado Lorenzo, que hace dos meses estuvo aquí, reconociese el fuerte, y habiendo vuelto les informó lo mismo que Mathias, y suspendieron las maniobras empezadas y mudaron de intención (Viedma [1781] 1938: 521).

Por su parte, Villarino ([1782] 1972: 988) evidenciaba ciertos aspectos con respecto a los "otros" que él consideraba relevantes para tener en cuenta a la hora de tomar medidas preventivas:

el no saber si los indios de dicho Guisél habrán hallado a la partida que trajo el ganado, como asimismo el no saber adónde van, que intenciones llevan, y si se juntaron ya con Francisco: si éste está en paraje donde se le pueda atacar, qué indiada se juntó con él, qué hacienda tiene; o si esta en paraje adonde no pueda ser atacado con las embarcaciones, o si teniéndolo debajo de río, tener seguro nuestro ganado, y de no tomar otro medio que tierra, qué paso en el río etc.

Así, las situaciones de desconfianza hacia los indígenas por parte de los hispanocriollos fueron reflejadas más frecuentemente en los relatos que las circunstancias opuestas. Por ejemplo, Villarino ([1779: f. 10]) mencionaba que se esforzaba por agradar a los indígenas pero "siempre con precaución y reserva, pues nunca me fié de ellos porque no me gustaban algunos movimientos suyos". Además, en su relato de 1782 (1972), observamos que, dependiendo de la posibilidad de los ataques indígenas, los expedicionarios pasaban la noche acampados en islas o con la tripulación dentro de las embarcaciones y lejos de la costa. Buscaban dormir en lugares seguros ante las sospechas, y repetidas veces hacían guardias por las noches después de hallar rastros de jinetes en las inmediaciones. De manera semejante, Zizur ([1781] 1973) señalaba que las primeras noches las habían pasado con temor, frío y rodeados de indios pidiendo; y comentaba que la comisión había preparado las armas para pasar la noche más seguros y tranquilos. Al mismo tiempo, evidenciaba la desconfianza que sentía con respecto a los indígenas en relación con la tardanza de los chasques, razón por la cual, una vez que llegaron, habría retornado la tranquilidad a la comitiva. Zizur ([1781] 1973) también rememoraba cómo había creído que unos indios *ranquichules* del oeste de las

Salinas habían llegado con el objeto de vender sal, y al día siguiente se había enterado de que, en realidad, pretendían tomar ganado de los campos del este y, para lograr que los dejaran pasar les habían hecho regalos.

Por su parte, Viedma ([1781] 1938: 525) reseñaba que, después de haber advertido la falta de tres reses, el marinero Nicolás Padilla había salido a buscarlas, pero no había vuelto a aparecer “y recelaba le habían cautivado, o muerto los indios”. Posteriormente, habían llegado algunos indios del Colorado diciendo que los enviaba el cacique Vzel para aconsejarle que no se preocupara por una partida¹⁰⁹ porque estaban bien, “pues si los aucas les hubieran hecho algo, hubiera llegado a sus toldos la noticia, y al instante me lo avisara; pero sin embargo no daban razón del paradero de ella, y como tardá tanto, estamos con notable cuidado y desconfianza” (Viedma [1781] 1938: 550).

En relación con esto, observamos ciertos indicios que les revelaban a los expedicionarios que podrían haber habido indígenas vigilándolos o que habrían trasladado sus toldos recientemente a raíz de su acercamiento. Por ejemplo, el capitán Hernández ([1770] 1910: 552) señalaba que una partida de indios que iba acompañada por el baqueano Funes avisaron que habían encontrado “vestigios de dos tolderías, una mayor que otra, que había pocos días se habían mudado; hallando asimismo dos perros bayos que se consideraba ser de los enemigos”. Luego dicho capitán comentaba que al reconocer los parajes donde habían estado las tolderías, habían hallado cuarenta y cinco fogones, razón por la cual supusieron que habría otros tantos toldos.

Asimismo, Viedma ([1780] 1938: 379) reseñaba que una noche luego de que arribara un tío del cacique Negro junto a otros indios se habían disparado “tres tiros a algunos bultos que los centinelas advirtieron, y que no quisieron responder al quien vive”¹¹⁰. El piloto Villarino ([1780: f. 12]) también advertía que habían encontrado rastros de que había habido gente acampando: junto al cadáver de un

¹⁰⁹ Esta partida marchaba bajo el mando de Piera hacia los toldos de Calpisqui donde se encontraba la comitiva de Zizur, para brindarles apoyo a dichos expedicionarios.

¹¹⁰ El alcance o no de un tiro de fusil resultaba útil para calcular ciertas distancias. Por ejemplo, Baygorri de las Fuentes ([1778: f. 1v]; el destacado es nuestro) advertía acerca de la inquietante proximidad de unos indígenas armados y narraba que después de haber recibido un parte informando que había diez indios cerca, la gran guardia habría ido a reconocerlos y aquellos “viniendo formados con sus lanzas, a distancia de un tiro de fusil, hicieron alto, y se adelantaron sólo tres, hasta cerca de la avanzada, a la que preguntaron a que venían, y que buscaban, y sin aguardar respuesta alguna, se retiraron al galope, y viniéndose, con los demás, se huyeron, y desaparecieron”.

De la misma manera, Villarino ([1782] 1972) detallaba la estimación que había realizado de la distancia que lo separaba del cacique Chulilaquin en función del alcance de un disparo manifestando la desconfianza existente.

(mano)
de
distancia

caballo reyuno había naipes y un cartucho, “por lo que hice juicio que allí había estado la partida nuestra, pero parece que también los indios habían estado allí por unos pellejitos de guanaco que hallamos”. La gente de Villarino mantenía la guardia en función de los frecuentes rastros que encontraban, los indios que veían y los fuegos relativamente cercanos, y el piloto modificaba el manejo del ganado que llevaba a cabo la expedición a raíz de la presencia o no de indios. Villarino ([1781] 1972: 676) ordenaba a sus subordinados desembarcar para encender fuego en los pajonales y carrizales de las márgenes del río “pues si estando algo seco pegaron fuego los indios u otros cualesquiera, estando la maciega en el estado de hoy, precisamente se quemarían las embarcaciones que estuviesen ancladas en él”.

De esta forma, los expedicionarios brindaban información acerca de aspectos que le hacían sospechar la existencia próxima de agrupaciones que constituyesen un peligro para la comitiva. Por ejemplo, Hernández ([1770] 1910: 556) revelaba que había llegado “Pedro Funes con la noticia de haber visto animales de color y dos jinetes que los arreaban, y que sin duda estaban allí los enemigos”, razón por la cual, el comandante Pinazo habría ordenado marchar inmediatamente. El piloto Villarino ([1779: f. 7]) habría decidido continuar río arriba con las embarcaciones “a fin de hacer algún reconocimiento de este país y sus habitantes, pues el fuego y los perros me motivaron a sospechar gente en este río”. En un relato posterior, el piloto advertía que por la noche habían sentido

a dos cuadras de distancia gritar los furuteros¹¹¹, y repitiendo el chillido muchas veces hice juicio que era gente; estuve con desconfianza, y velando toda la noche y de mañana hallé el rastro de tres caballos adonde habían dormido distancia media legua de nosotros (Villarino [1780: f. 11]).

En otra ocasión, según las palabras de Villarino ([1782] 1972: 1028), los expedicionarios habían hallado

unos coletos, o ponchos de cuero de vaca, frescos recién hechos; montones de piedras, y cuero fresco, y guascas cortadas para retobar bolas, en la misma parte donde hallaron los ocho pares de bolas: y según esto parece que los indios estuvieron dispuesto el avanzarnos¹¹².

¹¹¹ Aunque el término no aparece en la 22ª edición de la Real Academia Española, consideramos que los denominados “furuteros” podrían ser, en razón de la semejanza fonética y del comportamiento, las aves zancudas conocidas como “teros” que, según ese diccionario andan en bandadas y alborotan “mucho con sus chillidos desapacibles al levantar el vuelo” (Real Academia Española 2001: s/d).

¹¹² Poco después, los viajeros también vieron polvaredas alejándose y, donde habrían estado acampados los indígenas, encontraron algunas bolas de los indios y seis reses vacunas muertas y desolladas, que aún poseían toda la carne y con cuyo cuero habían hecho coletos. Sin embargo, no

Por otro lado, en los documentos también encontramos testimonios de las desconfianzas de los indígenas con respecto a los expedicionarios. Por ejemplo, Hernández ([1770] 1910) escribía que el teniente Macedo le había contado que cuando llegaron a los toldos de los indios enemigos, descubrieron que éstos se habían fugado la noche anterior al sentirlos cerca. En el caso de Viedma ([1781] 1938: 525), un grupo de indígenas le habría preguntado al negro lenguaraz Bentura si los expedicionarios que acompañaba avanzaban “de paz o guerra, y habiéndoles respondido que de paz, dijeron para que íbamos tanta gente a que le satisfizo que yo no caminaba de otra manera”. Por su parte, Villarino ([1782] 1972) daba cuenta de la huida de unos indígenas que, al ver que los expedicionarios se aproximaban, habrían salido corriendo llevándose por delante gran cantidad de ganado caballar y abandonando los toldos con todas sus pertenencias. Según el piloto, los viajeros habían divisado unas tolderías próximas a la “Cabeza de Carnero” y pretendían saber de qué parcialidad eran.

Villarino dejaba entrever el escepticismo de los indios con respecto a las actitudes de los hispanocriollos, evidenciando además sus dudas acerca de los miembros de la expedición. Así, suponía que Benites había intentado sublevar a los indígenas, advirtiéndoles a los güilliches, tehuelches y aucaces que los expedicionarios pretendían instalar guardias y poblar el Choelechel con el objeto de que

estas naciones no pudiesen tener comunicación con los campos de Buenos Aires, que es de donde se proveen de todos los ganados, y esto es lo que más sienten los indios y verdaderamente si esta comunicación les falta no tienen como vivir, y se verán precisados a domesticarse y reducirse, por esto dicen que están (los aucaces particularmente) muy mal con nuestro reconocimiento, y por cuantos caminos halla su imaginación, procuran saber a qué fines nuestra venida, y dicen que de ningún modo les puede ser a ellos útil. (Villarino [1782] 1972: 1089).

De este modo, en los documentos hallamos rastros de los interrogatorios de los indígenas a los miembros de la expedición a fin de conocer los motivos reales de la

habían matado esas vacas mientras el peón José Oyola había estado entre ellos dos noches atrás, por lo cual Villarino ([1782] 1972: 1029) sospechaba “que su intento fue sorprendernos, porque esta prevención tan repentina da a conocer su alevosía, y que no tuvieron valor para ejecutarla”.

En otra oportunidad, el piloto Villarino ([1782] 1973: 1067) detalló que un carpintero habría visto al atardecer a un hombre en la orilla norte del río, “del cual no hizo mayor aprecio, creyendo que fuese alguno de las chalupas que se hubiese adelantado a reconocer”; sin embargo, resultó que habían estado siendo espiados. Villarino ([1782] 1973) también indicó que un marinero había visto gente cerca y, mientras averiguaba si eran miembros de la expedición, las personas habían logrado esconderse.

presencia de extraños en el territorio. Por ejemplo, Villarino ([1782] 1972) destacaba la desconfianza despertada en los indígenas como consecuencia de la presencia de los marineros, quienes decían estar buscando manzanas únicamente. No obstante, él se había enterado que “en sus conferencias decían que no era posible, porque en la tierra de los cristianos había de esta fruta, y que la podíamos conducir al río Negro en las embarcaciones mayores, sin pasar los trabajos que pasamos por este río arriba” (Villarino [1782] 1972: 1090).

De manera semejante, Viedma ([1781] 1938: 527) detalló que, mientras realizaba un reconocimiento de la costa del río Negro, el marinero Nicolás Padilla había descubierto que faltaban unas vacas y había salido a buscarlas, pero de repente se habría visto cercado por siete indios que lo habrían querido matar

y viendo que uno de ellos se iba para él con las bolas, le tiró con una pistola pero no le dio, que el que hacía cabeza de ellos le dijo no le harían daño que se fuera con ellos a los toldos para hablar con una mulata que allí hay ladina (lo que pudo entender porque el indio sabía hablar alguna cosa castellano) pues que querían saber a lo que yo había venido.

Al llegar a los toldos habrían llamado a la mulata y a través de ella los indígenas le habrían preguntado a Padilla cuál era el motivo de la presencia de Viedma, a lo que el marinero habría respondido que sólo había ido a pasear unos pocos días. No obstante, le habrían replicado que ellos tenían informaciones de que el superintendente Viedma “iba a matar a todos ellos, y que las carretas eran para llevarse las chinas; a los que satisfizo ser mentira, pues yo no pensaba en hacerles daño antes si regalarles como lo habían experimentado” (Viedma [1781] 1938: 527)¹¹³.

Asimismo, los indígenas decían tener gran cantidad de gente a favor suyo para intimidar a los hispanocriollos. Por ejemplo, Viedma ([1781: f. 1v]) exponía que el cacique Chulilaquini había alegado que “a su padre lo habían convidado repetidas veces los *aucaz*, y el cacique Negro para que con su gente les acompañasen a los avances de las fronteras de Buenos Aires pero que jamás había querido”¹¹⁴. En

¹¹³ Poco después, el superintendente Viedma exponía que dos indios habrían ido a ver al alférez Francisco Piera de parte de sus caciques para enterarse las razones de la travesía del grupo de expedicionarios. En caso de no regresar al día siguiente sería señal de que los hispanocriollos los habrían asesinado y el resto de los indios debían huir tierra adentro. Viedma ([1781] (1938) 1938: 528) pormenorizaba entonces: “los acaricé y regalé desimpresionándoles del susto que traían, y estaban muy gustosos: me dijeron habían llevado a la isla dos reses vacunas de las perdidas”.

¹¹⁴ En otra ocasión, Viedma ([1781: f. 2]) le habría preguntado a la china ladina Juana María López sobre los terrenos por donde pasaba el río Negro, quien habría declarado que “en las tierras del Chulilaquini donde se crían las manzanas silvestres en tiempo de su suegro habían hechos unos

cierto momento, el interprete negro Bentura había asegurado que los aucas le habrían informado que gran cantidad de su gente y del cacique Negro habían salido a avanzar las fronteras de Buenos Aires -aunque tenían una alianza pacífica con los hispanocriollos de ahí-. Según dicho lenguaraz,

si no fuera por él en lugar de ir a Buenos Aires hubieran venido a atacarnos al fuerte: Que habían estado entre la gente del cacique Negro algunos aucas cuando vinieron a vender caballos, y vacas para reconocerle: Que fueron diciendo estaba inconquistable, a cuyo informe había respondido el cacique Principal de los aucas: Que en atacándonos por dos partes nos vencerían pues estaban hechos a vencer los fuertes de las fronteras de Buenos Aires siendo la misma gente, y teniendo armas de fuego (Viedma [1781: f. 4v]).

También el indio ladino Juan le habría contado a Viedma ([1781] 1938: 515) que en las toderías de Calpispis no sólo estaban los caciques Toro, Villaviqui, Guacham, Catumila, Yaneacin, Talquaquia, y Chanel, sino también “que inmediato a las Salinas está Guachalap, Canopeyn y otros muchos caciques, y que esta indiada es más numerosa que la de Calpispis”, lo cual dejaba en evidencia el interés de parte del interlocutor de amedrentar a los expedicionarios.

En el caso del piloto Villarino ([1782] 1972: 1015), reseñaba que al preguntarle a un indígena “si por el Huechun huechun había muchos indios, tomó un puñado de arena para significar una multitud”. Según el piloto, la “lenguaraza” Teresa afirmaba que los aucaces eran muchísimos en comparación con el grupo de Chulilaquin -junto a quienes se encontraba Villarino-. Al respecto, Villarino agregaba que la informante le habría asegurado que los aucases querían sorprenderlos y que Guchumpilqui había mandado a un tal Ignacio Delgado para observar sus movimientos. La “lenguaraza” sostenía que los indígenas habrían pensado regalarles o venderles algunas vacas a los expedicionarios para que las carnearan afuera y quedaran desprotegidos, a fin de matarlos y apoderarse de la carga de las embarcaciones, ya que “haciendo esto no poblarían el Choelechel, ni les estorbarían el paso a los campos de Buenos Aires, que es donde se surten de ganado” (Villarino [1782] 1972:

cristianos dos casas, las que después se arruinaron, y aún permanecen los vestigios”. La mujer también habría advertido que el hijo de Guiliner le había dicho que los cristianos estaban poblando un sitio que llamaban *launangin*, el cual estaba en un paraje muy fértil, con abundante ganado lanar, a tres días de camino de la tierra de las manzanas. Sin embargo, Viedma decía dudar de la información suministrada por la ladina López a raíz de las continuas mentiras de los indios.

En un relato posterior, Viedma ([1781] 1938) indicaba que el cacique Talquaquia -proveniente de la sierra del Volcán- le había comentado que al pasar por el Colorado habrían salido a su encuentro cuatro indios y le habrían anunciado que Basilio Villarino les había regalado aguardiente. Nuevamente, el superintendente Viedma dudó de la veracidad de la información escribiendo al respecto: “Esta noticia la dudo y creo que es ficción de los indios” (Viedma [1781] 1938: 512).

1102). Sin embargo, desde el punto de vista del piloto, el mejor momento para atacar a la expedición era de día cuando toda la comitiva iba desnuda arrastrando las embarcaciones, dejando las demás varadas y solas mientras avanzaban, para luego ir a buscarlas dejando las otras en semejante disposición.

De esta manera, los temores de los expedicionarios como consecuencia de la presencia indígena generaban diversas negociaciones entre los grupos. Por ejemplo, el capitán Hernández ([1770] 1910) puntualizaba que cuando los caciques le mandaron a decir al comandante Pinazo que los esperara en determinado paraje, el último habría ordenado detenerse, formar a la gente, armar la artillería en tierra, y estando así prevenidos con las mechas encendidas, "se vio venir la indiada, formada en batalla con sus armas, coletos y algunas cotas de malla" (Hernández [1770] 1910: 550). Luego, el capitán explicitaba que Pinazo se había opuesto a la determinación de los caciques de avanzar debido a que aún no había aparecido una partida de indígenas que se había despachado previamente. Después de discutir al respecto, habían marchado cediendo a las instancias de los caciques, hasta que los había alcanzado un indio de esa primera partida para advertirles que había visto algunos indígenas bajar con cargas hacia un arroyo, a raíz de lo cual el comandante ordenó retroceder hasta dicho arroyo.

Por su parte, el superintendente Viedma ([1780] 1938) expresaba que Piera había mandado a avisar que en la isla en la que él se encontraba habían estado cinco indígenas a quienes no había permitido pasar la noche en el lugar por no querer fiarse de ellos, razón por la cual estos se habrían marchado disgustados. En otro diario, narra que cuando el indio Chanchuelo llegó a pie al rancho de los caballeros y le interpelaron "¿Quién vive? No respondió hasta la segunda vez que dijo España, y reconvenido a que iba a aquellas horas dijo que a tomar un mate que le había convidado el capataz Cabrera, y preguntando éste dijo que no" (Viedma [1781: f. 3v]). En otra oportunidad, el cacique Talquaquia se había ido a quejar junto a otro indígena porque el poblador Antonio Cañadas habría herido gravemente de un disparo de fusil a un pariente de ellos entre un ojo y la nariz. Según Viedma, los indios habrían recogido sus cosas y se habían marchado temiendo que los cristianos quisieran matarlos a todos, y el negro lenguaraz Bentura recién habría logrado alcanzarlos en un paraje distante cuatro leguas -los Pozos-. El superintendente puntualizaba que Talquaquia habría regresado con cierto recelo con el objeto de presentar su acusación del cristiano debido a que al enterarse de lo ocurrido el

cacique Negro le habría insistido en informar a Viedma, quien seguramente castigaría al culpable.

A lo largo del diario de Zizur ([1781] 1973) pueden observarse las imprecisiones vinculadas con el viaje de Lorenzo Calpisqui a Buenos Aires como una manera de mantener en vilo a los hispanocriollos y obtener beneficios. Esta indecisión y los conflictos subyacentes habrían generado que, frente a la indeterminación dentro del mismo grupo indígena acerca de la conveniencia de la travesía, el cacique se negara a viajar esgrimiendo que los españoles habían atacado recientemente a los indios que estaban en un potrero cercano.

Según Villarino ([1782] 1972: 1126), cuando en mayo de 1783 finalmente decidió regresar al Fuerte del Carmen sin llegar hasta Valdivia, protestaba por la actitud de Chulilaquin y su gente, quienes hasta el último momento se habían excusado de marcharse pero “aún no había perdido de vista los toldos, cuando vi que los indios a toda prisa recogían sus caballadas”. Más tarde, el piloto fundamentaba el accionar del cacique al ver pasar a los indígenas río abajo mientras los expedicionarios componían una embarcación, afirmando que “tal es el miedo que tiene a los aucaces, y la prisa que se dio en levantar los toldos; pero es cierto que si nosotros estuviéramos junto a sus toldos, él no pensaría en moverse de allí” (Villarino [1782] 1972: 1127).

Por otro lado, notamos la mencionada “espacialidad de resistencia” (Oslender 2002) en las negociaciones desplegadas por los indígenas. Por ejemplo, los indios de Chulilaquini le habrían dicho a Viedma ([1781]) que la hija de dicho cacique no iba a ir a su encuentro porque estaba enferma, pero que enviara algunos peones a componer los pozos del camino para que pudieran transitar los indígenas e instalar las tolderías en la banda opuesta del río donde el superintendente Viedma les indicara. En un relato posterior, Viedma ([1781] 1938: 510) contaba que “los indios cabrales el ladino, Mathias y el cacique Guachan (alias) Maciel, con una porción de indios entre ellos un sobrino del cacique Calpisquis” le habían llevado cada uno un caballo de regalo de parte de otros caciques y bastante ganado para venderles. Guachan le solicitaba además que enviara a dos soldados a buscar a una mujer cristiana que tenía cautiva en sus toldos.

Los peones Juan José González y José Martínez, enviados desde el Fuerte del Carmen como emisarios a la sierra de la Ventana, habrían demorado siete días en llegar hasta los toldos de Calpisqui, Negro y su gente, después de haber pasado al Colorado, los indios cabrales les habrían querido quitar el aguardiente que llevaban

de regalo para Calpisquis y Toro. Al negárselos, habrían querido matar a los peones, pero “entonces Maciel que les acompañaba, y Mathias les defendieron y no consiguieron su intento, y después se sosegaron todos” (Viedma [1781] 1938: 516)¹¹⁵.

Por otra parte, a partir de lo expuesto acerca de la colaboración de los indios con respecto a los expedicionarios, consideramos que el concepto de “adaptación en resistencia” de Stern (1990) nos permite abordar las estrategias indígenas organizadas principalmente con relación al comportamiento de los hispanocriollos. Desde el punto de vista de este autor, los actores sociales serían capaces de interpretar los códigos de los otros con quienes mantienen relaciones asimétricas de poder, adaptándose según sus posibilidades de acción. Aunque Stern aplicó el término en un contexto distinto al nuestro, en el que la situación de dominación era explícita luego de la conquista española, los diarios de viaje que analizamos muestran también acciones y respuestas tácticas frente a los funcionarios del Virreinato del Río de la Plata¹¹⁶.

Como vimos en el capítulo 6, los nativos buscaban beneficiarse de la necesidad de los hispanocriollos de contar con guías para orientarse durante los trayectos y aprovechaban los temores de los expedicionarios con respecto a la cercanía de posibles enemigos¹¹⁷. Por ejemplo, podemos observar este tipo de estrategias indígenas para alarmar a los españoles mediante referencias a potencias extranjeras en el relato de Viedma de 1779. En cierta ocasión, unos indígenas le habrían contado que habían obtenido cuentas, pellones, espuelas, etc. a cierta distancia río arriba donde estaba instalada “una población cuya gente tiene el mismo traje que nosotros, gastan armas de fuego de artillería y fusilería, y que es bastante populosa, y rica” (Viedma [1779] 1938: 421). Entonces les habría preguntado si había “religiosos, y soldados poniéndoselos delante para que vengan en conocimiento, y

¹¹⁵ Con respecto a este tipo de pedidos y/o entregas de regalos con el objeto de evitar agresiones por parte de los indígenas, por ejemplo, Viedma ([1780] 1938) le habría entregado un vestido al cacique Chulilaquini y a su hijo frente a la probabilidad de que los quisieran atacar. Por su parte, Villarino ([1781] 1972) relataba que, en cierta ocasión, los indios habían llevado un rebaño de aproximadamente cien ovejas y cabras de entre las cuales les habían obsequiado cuatro a los viajeros, quienes se habrían hallado en la obligación de devolverles el favor ofrendándoles cada uno lo que pudo.

¹¹⁶ Según Boccara (2005: 24), “la resistencia de los pueblos nativos no remite a una operación puramente negativa o conservadora de preservación o de vuelta a las tradiciones y a los modos de organización social prehispánicos”.

¹¹⁷ En particular, esta necesidad de orientación de los hispanocriollos fue explicitada por Luiz (2006) en relación con un oficio del Marqués de Loreto a Antonio Valdés, fechado el 18 de septiembre de 1788 en Buenos Aires -el cual puede hallarse en AGI/AGS Secretaria de Guerra, 7306 y AGI Buenos Aires 100-.

me dicen que sí; cuyas noticias me persuaden (si no son ficciones de los indios) a creer es algún pueblo de los nuestros bien Mendoza o San Juan” (Viedma [1779] 1938: 421). Sin embargo, Viedma ([1779] 1938: 422) advertía que la misma mañana la “lenguaraza” Teresa le había dicho que aunque no había llegado hasta esa población, había estado cerca donde unas personas habrían estado bajando “aguardiente, y otras bujerías para cambiar con los indios por pieles, y otros efectos suyos, y que el idioma de estas gentes no era como el nuestro, pero el traje lo mismo”¹¹⁸.

De esta manera, teniendo en cuenta lo expuesto, coincidimos con Luiz (2006: 333) en que las fronteras también evidencian los “límites de la resistencia”, lo cual observamos en los constantes ataques de los indios a las poblaciones instaladas cerca del río Salado –que en ese momento conformaba la línea de frontera- y las intimidaciones padecidas por los hispanocriollos durante las travesías de las expediciones por los territorios indígenas. En la misma época, el enclave fronterizo del Fuerte del Carmen también sufría ciertas provocaciones, lo cual fue reseñado por el piloto Villarino ([1779]) al relatar el trabajo que les había costado lograr que los indígenas abandonaran una embarcación, teniendo que agasajarlos bastante. Contaba que habían llegado “los que estaban con el hospital, horno y herrería pidiendo socorro porque los indios los querían degollar” (Villarino [1779: f. 19v-20])¹¹⁹ y la comitiva había ido por tierra y capturado al líder, “un mulato cautivo muy pícaro” (Villarino [1779: f. 20]). Tiempo después, una china le habría informado que “los

¹¹⁸ En otra oportunidad, Viedma ([1779: f. 147]) les preguntó a un grupo de indios si había poblaciones en la zona de San Julián, si habían visto algún barco cruzando esos mares, qué distancias había y si había ríos en el camino hasta dicha bahía, estos le habían respondido que no había poblaciones ni siquiera al sur de San Julián, pero que sí habían visto navíos, y un anciano le habría mostrado “una estampa de San Liborio, que le había dado un hombre, que había llegado a San Julián con otros en una embarcación bastante tiempo hace según se explicaba”.

¹¹⁹ En otra ocasión, un presidiario había avisado una noche que los “Teguelchus” habrían pasado nadando a la isla donde estaban los expedicionarios cortando madera y “los habían amenazado de muerte diciendo que al día siguiente de mañana tuviesen prevenida comida, y ropas la que tuviesen que volverían en busca de ella, esto junto con haberme avisado a mí una india de que socorriésemos a nuestra gente de la isla porque los teguelchus habían de procurar matarlos” (Villarino [1779: f. 18v]).

En consecuencia, Francisco de Viedma le habría ordenado a Villarino apresar a un indio especialmente, que suponían que era el cabecilla, “para que el castigo de éstos fuese escarmiento de otros” (Villarino [1779: f. 18v]). No obstante, como hacía frío, los indígenas no aparecieron hasta las diez de la mañana cuando ya iban a ir a buscarlos a los toldos, incluso llegó el cacique Julián, quien se había comprometido a entregar al mencionado líder. Entonces fueron juntos a unas tolderías donde se suponía que estaría este último y el piloto dejó su “gente en el bote con las armas en la mano, inmediatamente a dichos toldos para que a la primera señal hiciesen fuego” (Villarino [1779: f. 19]). Cuando encontraron al cabecilla buscado, el cacique le dio su caballo para que acompañara a los expedicionarios y otros dos fueron de rehenes del indio junto a él; no obstante, al arribar a la sumaca, “pidió Julián por él, y se le dijo que al otro día lo trajese ofrecido, pero antes del día se fue” (Villarino [1779: f. 19]). Más tarde, Julián habría ido a despedirlo y el piloto habría acordado el intercambio por un poncho y un poco de pan.

intentos de los indios habían sido apoderarse de las embarcaciones, y apresarnos a todos, para cuyo fin a su ayuda había venido su cacique, pero que no habían podido ejecutar sus intenciones por mi vigilancia” (Villarino [1779: f. 21]). Además, le habría sugerido al piloto que no confiase en los indígenas, y le habría asegurado que ella le advertiría sobre sus intenciones.

En síntesis, en este capítulo hemos estudiado las relaciones interétnicas considerando especialmente las asimetrías de poder, a partir de la noción de “espacialidad en resistencia” de Oslender (2002). Al respecto, abordamos la coyuntura fronteriza profundizando en las situaciones de desconfianza mutua entre los distintos grupos y las negociaciones consecuentes desarrolladas con el objeto de preservarse.

Así, analizamos las percepciones acerca de esas circunstancias intimidantes en base al planteo de Rose (1995) de que los sentidos de lugar podían volverse más intensos al hallarse bajo amenaza, y reconocimos los intereses de los grupos en el desarrollo de esos casos teniendo en cuenta el concepto de “límites de la resistencia” de Luiz (2006). Del mismo modo, reflexionamos acerca de la intencionalidad de los sujetos históricos a fin de comprender en mayor medida las diversas posibilidades que han sido acalladas a través del tiempo evadiendo la continuidad histórica.

CONSIDERACIONES FINALES

A lo largo de esta investigación hemos problematizado los intentos de los hispanocriollos por conocer la región norpatagónica bajo dominio indígena a fines del siglo XVIII a través de los relatos de los funcionarios gubernamentales que participaban de las expediciones en la zona. Integramos la producción académica actual con la información de documentos históricos publicados e inéditos, revisando los conceptos de "espacio", "territorio" y "paisaje" desde una perspectiva que nos permitió abordar la temática considerando tanto aspectos naturales como sociales que no fueron tratados conjuntamente.

Analizamos cómo era utilizado el paisaje por los viajeros y las formas en que percibían las estrategias de manejo del territorio desarrolladas por los indios. A partir de lo expuesto en los capítulos 3 y 4, comprobamos que las representaciones de los expedicionarios acerca del paisaje reflejaban los modos de percibir a los grupos indígenas que habitaban esos territorios, mientras éstos generaban sus propias ideas sobre los hispanocriollos afectando dichas percepciones. Como mostramos en el capítulo 5, los indios entendían que los expedicionarios se encontraban en una situación más lamentable que la propia, y si bien los indígenas eran vistos por los viajeros como "bárbaros" e "infieles", en la práctica sus saberes y permisos eran requeridos para poder transitar las áreas desconocidas. Así, frecuentemente los hispanocriollos mantenían las denominaciones indígenas de los sitios controlados por éstos como un modo de orientarse en el territorio ajeno, lo cual sostenemos que constituye una evidencia de las relaciones de poder plasmadas en el paisaje. En otros casos, los expedicionarios designaban con nuevos nombres los lugares que los remitían a algún sentimiento familiar -por ejemplo, recuerdos de su España natal- y que podían resultar útiles para otros viajeros que establecieran relaciones similares. A raíz de esto señalamos la relevancia del contexto implícito en las imágenes sobre el paisaje, que llevaba a encubrir la semejanza entre las modalidades para obtener víveres desarrolladas por los indios y por los funcionarios gubernamentales.

Por otro lado, le otorgamos relevancia a la movilidad de los expedicionarios y no sólo a la de los indígenas, que generalmente había sido realizada en detrimento de la primera en relación con las asociaciones historiográficas tradicionales entre el nomadismo y el salvajismo. En este sentido, observamos que la movilidad que definía a los viajeros hispanocriollos se presenta desdibujada aunque, en la mayoría

de los casos, evidenciaba menores grados de previsibilidad y de conocimiento sobre el territorio que los que exhibían los indios. Así, considerar las pautas de circulación de los indígenas y de los funcionarios gubernamentales por el territorio nos permitió comprender la movilidad como otra de las estrategias de aprovechamiento de los recursos y de organización del espacio y las relaciones sociales.

Como sostuvimos en los capítulos 4 y 5, a fines del siglo XVIII el conocimiento indígena de la región constituía una herramienta que confería poder a quien la manejara, y era conscientemente aprovechada por los indios en sus relaciones con otros grupos tanto indígenas como hispanocriollos. Paralelamente, los relatos de los funcionarios gubernamentales sobre el interior norpatagónico se conformaron como instrumentos hispanocriollos de saber, útiles para comprender las dinámicas territoriales en una región bajo dominio indígena y a fin de pensar estrategias de control de los grupos sociales. No obstante, las prácticas de las distintas sociedades siempre estuvieron condicionadas por las interacciones con los "otros" y las respuestas de éstos afectaron el desarrollo de los contactos interétnicos.

En este sentido, nos pareció sugerente el aporte de Morphy (1995, citado por Hirsch 1995: 18) sobre el "mapa" como una forma de representación continuamente llevada al campo cotidiano a través de narrativas, canciones, rituales, que nos permite reflexionar acerca de la inscripción de las percepciones de los hispanocriollos en los relatos de viaje. Al respecto, también tomamos en cuenta la idea de Luiz (2006) acerca que los mapas mostrarían un discurso codificado sintetizando información acerca de la forma en que el espacio era percibido, teniendo en cuenta aspectos conocidos y desconocidos. Según la autora, los documentos históricos con los que trabajó permitirían vislumbrar las maneras en que el mundo indígena era percibido, atendiendo al uso de ciertos nombres¹²⁰. Así, como hemos mencionado, al abordar las fuentes nos encontramos frecuentemente con indicaciones de sitios mediante topónimos indígenas, e incluso en algunos casos la imposición de nuevos nombres con los que los viajeros en cierta forma "bautizaban" los lugares. Por ello, coincidimos con el punto de vista de Potteiger y Purinton (1998), quienes sugirieron que los paisajes no tendrían un autor, el observador se convertiría en narrador, razón por la cual el entender al paisaje como una red de

¹²⁰ Sin embargo, Luiz (2006) no profundizó dicho análisis, aunque advirtió que la selección y jerarquización de los datos dependían de la política de vigilancia llevada a cabo, teniendo en cuenta que los grupos eran reconocidos en función de la ocupación de territorios particulares, la cantidad de personas y toldos que comprendían, y las diversas relaciones que se presentaban al interior de las mismas organizaciones y entre sí. Luiz (2006) retomó la "adscripción" de territorios de aucas, pampas y tehuelches realizada por Nacuzzi (1998) en base a los documentos históricos.

Bruno - Cartografía colonial ?

7 x 8 no profundizar

narrativas permitiría redescubrir las narrativas y los paisajes como sistemas culturales de significación y reconocer la importancia del rol de los “lectores” en la producción de significado.

De esta manera, consideramos interesante estudiar las formas en que las percepciones de los autores de los relatos eran afectadas por otros hispanocriollos y por las interacciones con los indígenas, ya que al mismo tiempo el contacto también influiría en estos últimos, tanto al interior de las agrupaciones como entre ellas. Por ello, expusimos cómo las relaciones de poder adquirirían mayor significación explicitadas en relación con el conocimiento diferencial sobre el territorio por parte de los hispanocriollos en contraposición con el de los indios, lo cual se evidenciaba en sus representaciones y los usos del mismo. En este sentido, destacamos los roles activos adoptados tanto por los viajeros como por los indígenas en pos de obtener beneficios según sus intereses particulares. Así, las diversas asociaciones entre los sentidos de lugar y las representaciones identitarias que hallamos en los documentos nos permitieron entender de modo más profundo la construcción conjunta de los paisajes en disputa. Por tales motivos hemos pensado a las fronteras en un sentido amplio trascendiendo las líneas de fortines españoles, teniendo en cuenta que los distintos grupos organizaban sus propios límites territoriales, como planteamos en el capítulo 6.

En relación con esto, constatamos que durante el periodo de relativa paz estudiado de fines del siglo XVIII, los territorios indígenas se transformaron en espacios de resistencia y negociación interétnica, donde se reflejaban las relaciones de poder entre los grupos. Consideramos que los lugares no poseen significados inherentes sino que les son otorgados por los seres humanos, razón por la cual abordamos esas resistencias y negociaciones desde una aproximación crítica a las estrategias de los indígenas y de los hispanocriollos vinculadas a los intereses de dominio, el conocimiento de la región, el control y manejo de los recursos de la misma. De esta manera, como mostramos en el capítulo 7, a pesar del contexto de tratados y pactos de vínculos pacíficos, encontramos que las rivalidades entre los diversos grupos indígenas entre sí y con los hispanocriollos permanecían latentes y se evidenciaban constantemente en las representaciones sobre el paisaje. Por ello, a lo largo de la investigación reflexionamos acerca de la intencionalidad de los actores sociales involucrados en las relaciones interétnicas a fin de comprender las alternativas que formaron parte del pasado y han sido apartadas de la continuidad histórica reconstruida posteriormente.

De esta forma, el análisis realizado nos permitió complejizar los interrogantes iniciales acerca de la presencia o no de estrategias gubernamentales de inclusión y/o exclusión de las poblaciones indígenas, ya que las representaciones sobre el paisaje mostraron que esos intentos se veían condicionados por las tácticas indígenas de manejo de los territorios bajo su dominio. Por estas razones consideramos que el esquema de valores expresado en las fuentes históricas no difiere en gran medida del que más tarde enfrentará a “el indio” y “el blanco” como entidades completamente separadas y diferentes. No obstante, reconocemos que en los documentos revisados resulta posible hallar a los indígenas más allá de sus relaciones con los hispanocriollos, lo cual da cuenta de cierta transformación posterior de los roles de los distintos grupos nativos con respecto a su autonomía.

El paisaje heterogéneo del norte de la Patagonia a fines del siglo XVIII será homogeneizado sólo posteriormente mediante los discursos hegemónicos de los siglos siguientes que crearon una imagen uniforme de “desierto” sobre la región. Podemos observar en el caso estudiado cómo muchos de los aspectos considerados relevantes fueron dejados de lado luego en la construcción del territorio como “desierto”, evidenciando las relaciones sociales de poder que existen en los sentidos de lugar. Al respecto coincidimos con Rose (1995: 100) en que *“the most obvious example of the way power relations can structure senses of places is cases where one sense of place becomes so dominant that it obscures other, perhaps more important, understandings about that same place”*.

De este modo, al comprender el paisaje como una construcción política a lo largo del tiempo, hemos detallado ciertos elementos que resultaban significativos en la organización de los espacios de las distintas sociedades de fines del siglo XVIII y que permitirían establecer comparaciones con respecto a su alcance actual. En este sentido, pensamos que la cuestión puede ser profundizada teniendo en cuenta las nociones planteadas por Küchler (1993, citada por Bender 1993: 11) de *“landscape of memory”* -donde pueden leerse las relaciones socioculturales desde el punto de vista de los colonizadores- y de *“landscape as memory”* -desde la óptica de los colonizados, donde el paisaje es un proceso-. Entendemos que los distintos modos de conceptualizar el paisaje sustentaban las relaciones interétnicas y por ello, finalmente, el avance territorial hispanocriollo oscureció las modalidades de uso y representación del paisaje desarrolladas por los grupos indígenas. Así, en concordancia con la afirmación de Rose (1995: 102) de que *“many of these kinds of efforts to establish a sense of place so that certain groups are tempted to move to an*

area erase alternative interpretations of those place", queremos señalar la complejidad de hallar, actualmente, rastros de formas de utilización del territorio que difieran del discurso hegemónico de control y exterminio propugnado por las sucesivas "campañas al desierto" decimonónicas. — *H. H. Bawelis*

Coincidimos con Potteiger y Purinton (1998) en su planteo de que el paisaje puede convertirse en un recurso mnemónico, dado que aunque algunos elementos aparezcan como inconsecuentes en un mapa, el borrarlos o modificarlos podría amenazar la estructura de creencias y de experiencia compartida. Según dichos autores, las narrativas reproducirían las relaciones de poder de la sociedad dado que los grupos dominantes controlarían las interpretaciones contando su historia en el paisaje. No obstante, teniendo en cuenta que mediante lecturas alternativas acerca del paisaje sería posible desafiar lo que se presenta como natural en los discursos dominantes (Potteiger y Purinton 1998), consideramos que es precisa una perspectiva crítica en el análisis de la organización del territorio en el pasado. Por ello, nos parece útil una noción de paisaje que, al trascender lo meramente natural, permite descubrir los procesos sociopolíticos que lo conformaron a través del tiempo, ya que a partir de revalorizar esa continuidad histórica podemos reflexionar sobre los discursos alternativos que fueron silenciados por los sectores dominantes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BARTH, F.

1976. Introducción, *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*. México, Fondo de Cultura Económica.

BAYÓN, C. Y M. A. PUPPIO

2003. La construcción del paisaje en el sudoeste bonaerense (1865-1879): una perspectiva arqueológica". En Mandrini, R. y C. D. Paz (comp.) *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVIII-XIX*. Neuquén, Bahía Blanca, Tandil, CEHR, Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur, IEHS.

BECHIS, M.

2008. *Piezas de etnohistoria del sur sudamericano*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Colección América.

BENDER, B.

1993. Introduction: Landscape – Meaning and action. En Bender, B. (edit): *Landscapes: Politics and perspectives*. Oxford, Berg Publishers Ltd.

BOCCARA, G.

2005 Génesis y estructura de los complejos fronterizos euro-indígenas. Repensando los márgenes americanos a partir (y más allá) de la obra de Nathan Wachtel. *Memoria Americana - Cuadernos de Etnohistoria*, nº 13. Buenos Aires, Sección Etnohistoria – Instituto de Ciencias Antropológicas.

BOLTON, H.

[1917] 1990. La misión como institución de la frontera en el septentrión de Nueva España. *Revista de Indias*, Anexo 4, España, Instituto de Historia, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

BUSTOS, J.

1993. Indios y blancos, sal y ganado más allá de la frontera. Patagones 1820-1830. *Anuario del IEHS*, VIII, Tandil, UNCPBA.

CRIADO BOADO, F.

1995. Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje. En Barros, C. y J. Nasti (comp.) *La perspectiva espacial en arqueología*. Buenos

Aires, Centro Editor de América Latina, Colección Fundamentos de las Ciencias del Hombre.

CRIVELLI MONTERO, E.

1991. Malones: ¿saqueo o estrategia? El objetivo de las invasiones de 1780 y 1783 a la frontera de Buenos Aires. *Todo es historia*, 28: 6-32.

CURTONI, R.

2000. La percepción del paisaje y la reproducción de la identidad social en la región pampeana occidental (Argentina). En Gianotti García, C. (coord.) *TAPA: Paisajes Culturales Sudamericanos: de las practicas sociales a las representaciones. Trabajos en Arqueología da Paisase*, nº 19 (diciembre). Laboratorio de Arqueología e Formas Culturais, IIT, Universidade de Santiago de Compostela.

2004. Territorios y territorialidad en movimiento: la dimensión social del paisaje, en *Revista Etnia*, nº 46-47, Olavarría.

ENTRAIGAS, R.

1960. *El fuerte del Río Negro*, Buenos Aires, Don Bosco.

GELMAN, J.

1997. Producción y explotaciones agrarias bonaerenses entre la colonia y la primera mitad del siglo XIX. Rupturas y continuidades. *Anuario del IEHS*, XII. Tandil, UNCPBA.

GORLA, C.

1985. *Los establecimientos españoles en la Patagonia: estudio institucional*. España, Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla – Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

HIRSCH, E.

1995. Introduction: Landscape: Between place and space. En Hirsch, E. y M. O'Hanlon (edit.): *The anthropology of Landcape. Perspectives on Place and Space*. Oxford, Clarendon Press.

INGOLD, T.

1993. The temporality of the landscape. *World Archaeology. Conceptions of time and ancient society*, 25 (2): 152-174. Londres, Taylor & Francis Ltd.

2000. Making things, growing plants, raising animals and bringing up children. *The perception of environment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. London and New York, Routledge.

IRURTIA, P.

2002. La visión de los indios respecto de los "cristianos" y "huincas" en el norte de la Patagonia, siglos XVIII y XIX. En Nacuzzi, L. (Comp) *Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de Pampa y Patagonia (Siglos XVIII y XIX)*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

2007. "Intercambio, novedad y estrategias: las misiones jesuíticas del sur desde la perspectiva indígena". En *Revista de Antropología Social* 11. Programa de Posgrado en Antropología Social, Universidad Nacional de Misiones-Argentina.

2006. "Marcas, huellas y señales en el territorio. La relación de los indígenas de la Patagonia y las entidades del paisaje en el siglo XIX". En *Cuadernos del Sur*, 35: 1-26. Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur.

LUIZ, M.

2006. *Relaciones fronterizas en Patagonia: la convivencia hispano-indígena del periodo colonial*. Primera edición. Ushuaia, Asociación Hanis, Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco.

MANDRINI, R.

1986. La agricultura indígena en la región pampeana y sus adyacencias (siglos XVIII y XIX). *Anuario del IEHS*, I. Tandil, UNCPBA.

1992. Indios y fronteras en el área pampeana (siglos XVI y XIX). Balance y perspectivas. *Anuario del IEHS*, VII. Tandil, UNCPBA.

1997. Las fronteras y la sociedad indígena en el ámbito pampeano. *Anuario del IEHS*, XII. Tandil, UNCPBA.

NACUZZI, L.

1991. La cuestión del nomadismo entre los tehuelches. *Memoria Americana - Cuadernos de Etnohistoria*, nº 1. Buenos Aires, Sección Etnohistoria – Instituto de Ciencias Antropológicas.

1998. *Identidades impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia*. Buenos Aires. Sociedad Argentina de Antropología.

2002. Leyendo entre líneas: una eterna duda acerca de las certezas. En Visacovsky, S. y R. Guber (Comp.) *Historias y estilos de trabajo de campo en la Argentina*. Buenos Aires. Antropofagia.

2005. El queso y los gusanos en el extremo sur de América. Grupos étnicos, disputas académicas y un juicio por registro de marca. *Revista de Indias* LXV (234): 427-452. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

2006. Tratados de Paz, Grupos Étnicos y Territorios en Disputa a Fines del Siglo XVIII, en *Investigaciones Sociales*, Año X, 17: 433-453. Lima, UNMSM / IIHS.

2007. Los grupos nómades de la Patagonia y el chaco en el siglo XVIII: Identidades, espacios, movimientos y recursos económicos ante la situación de contacto. Una reflexión comparativa. *Chungara, Revista de Antropología Chilena*, Volumen 39, Nº 2. Arica (Chile), Universidad de Tarapacá.

2008. Repensando y revisando el concepto de cacicazgo en las fronteras del sur de América (Pampa y Patagonia). *Revista Española de Antropología Americana*, vol 38, 2: 75-95. Madrid, Universidad Complutense de Madrid.

NACUZZI, L. Y C. PÉREZ DE MICOU

1994. Rutas indígenas y obtención de recursos económicos en Patagonia. *Memoria Americana - Cuadernos de Etnohistoria*, nº 3. Buenos Aires, Sección Etnohistoria – Instituto de Ciencias Antropológicas.

NACUZZI, L.; C. LUCAIOLI Y F. NESIS

2008. *Pueblos nómades en un estado colonial. Chaco - Pampa - Patagonia, siglo XVIII*. Buenos Aires, Antropofagia.

OSLENDER, U.

2002. Espacio, lugar y movimientos sociales: hacia una "espacialidad de resistencia". *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, vol. VI, núm. 115. Universidad de Barcelona. En línea: <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-115.htm> [consulta agosto de 2008].

PALERMO, M.

1986. Reflexiones sobre el llamado "complejo ecuestre" en la Argentina. *Runa*, XVI. Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas de la U.B.A.

1988. La innovación agropecuaria entre los indígenas pampeano-patagónicos. Génesis y procesos. *Anuario del IEHS*, III. Tandil, UNCPBA.

PINTO RODRÍGUEZ, J.

1996. Integración y desintegración de un espacio fronterizo. La Araucanía y las Pampas, 1550-1900. En Pinto Rodríguez, J. (edit.): *Araucanía y Pampas. Un mundo fronterizo en América del Sur*. Temuco, Ediciones Universidad de la Frontera.

POTTEIGER, M. Y J. PURINTON

1998. *Landscape narratives*. New York, John Wiley & Sons Inc.

QUIJADA, M.

2002a. Repensando la frontera argentina: concepto, contenido, continuidades y discontinuidad de una realidad espacial y étnica (siglos XVIII - XIX), *Revista de Indias* 224: 103-142, volumen LXII. Madrid, Instituto de Historia.

2002b. ¿Bárbaro, aliado o ciudadano potencial? El discurso de las élites intelectuales y su incidencia en los modelos oficiales de tratamiento de la diversidad (El río de la Plata, siglos XVIII y XIX). En Quijada, M. y J. Bustamante (eds.) *Élites intelectuales y modelos colectivos. Mundo ibérico (siglos XVI-XIX)*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Historia, Departamento de Historia de América.

2002c. A modo de Presentación. En Nacuzzi, L. (Comp.) *Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de Pampa y Patagonia (Siglos XVIII y XIX)*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

2001. *Diccionario de la Lengua Española*. En línea: <http://www.rae.es/rae.html> [consulta octubre de 2009].

ROSE, G.

1995. Place and identity: a sense of place. En Masey, D. y P. Jess (edit.): *A Place of the world? The shape of the world: exploration in human geography*. Oxford, The open university.

ROULET, F.

2002. Guerra y diplomacia en la frontera de Mendoza: la política indígena del Comandante José Francisco de Amigorena (1779-1799). En Nacuzzi (Comp.) *Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de Pampa y Patagonia (Siglos XVIII y XIX)*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

2004. Con la pluma y la palabra. El lado oscuro de las negociaciones de paz entre españoles e indígenas, *Revista de Indias*, Vol LXIV, num 231: 313-348. Madrid, Instituto de Historia.

STERN, S.

1990. Introducción a la parte I: De la resistencia a la insurrección: crisis del orden colonial. *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes. Siglos XVIII al XX*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

TURNER, F.

[1893] 1990. El significado de la frontera en la historia americana. *Revista de Indias*, Anexo 4. España, Instituto de Historia, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

VILLAR, D.

1993. *Ocupación y control del espacio por las sociedades indígenas de la frontera sur de Argentina (siglo XIX). Un aporte al conocimiento etnohistórico de la Región Pampeana*. Bahía Blanca, Departamento de Humanidades.

WEBER, D.

1990. Turner, los boltianos y las tierras de frontera. *Revista de Indias*, Anexo 4. España, Instituto de Historia, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

1998. Borbones y bárbaros. Centro y periferia en la reformulación de la política de España hacia los indígenas no sometidos. *Anuario del IEHS*, XIII. Tandil, UNCPBA.

WHITE, R.

1991. *The middle ground. Indians, empires, an republics in the Great Lakes region, 1650-1815*. Estados Unidos, Cambridge University Press.

WRIGHT, P.

1998. El desierto del Chaco. Geografías de la alteridad y el estado. En Terjel, A. y O. Jerez (eds.) *Pasado y presente de un mundo postergado. Trece estudios de antropología, arqueología e historia del Chaco y piedemonte andino*. Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.

FUENTES DOCUMENTALES

BAYGORRI DE LAS FUENTES, J.

[1778] Diario que principia el 21 de septiembre de 1778, en que se da noticia de la expedición y destacamento que [...] marchó al campo del enemigo reconociéndolo hasta llegar a las Salinas. Colección de Manuscritos de De Angelis en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro I 29, 9, 61.

BUCARELLI URSÚA, F.

[1770] Tratado de paz, 8 de mayo de 1770. Capítulos que debe proponer el sargento mayor Don Manuel Pinazo a los indios Aucas para convenir en el [...] de la paz que solicitan. AGN IX 1-7-4.

SÁA Y FARÍA, J.

[1783] 1972. Respuesta de este Brigadier al Virrey, sobre el reconocimiento y diario de Villarino. En Pedro de Angelis: *Colección de obras y documentos... de las provincias del Río de la Plata*, Tomo VIII, Volumen B, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra.

DE ANGELIS, P.

[1836] 1972 Discurso preliminar al reconocimiento del Colorado, *Colección de obras y documentos... de las provincias del Río de la Plata*, Tomo VIII, Volumen B, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra.

GARCÍA, N.

[1779] Relación del viaje de D. Nicolás García al Fuerte del Carmen en el río Negro. Biblioteca Nacional de Rio de Janeiro, I 29, 10, 9.

GARCÍA, P. A.

[1823] (1910) Diario de la expedición de 1822 a los campos del sud de Buenos Aires, desde Morón hasta la Sierra de la Ventana... En Pedro de Angelis: *Colección de obras y documentos... de las provincias del Río de la Plata*, Tomo IV, Buenos Aires, Librería Nacional de J. Lajouane & Cía. (edit.).

HERNÁNDEZ, J.

[1770] 1910. Diario que el Capitán D. Juan Antonio Hernández ha hecho, de la expedición contra los indios Tehuelches, en el gobierno del Señor D. Juan José de Vértiz, Gobernador y Capitán General de estas Provincias del Rio de la Plata, en 1º de Octubre de 1770. En Pedro de Angelis: *Colección de obras y documentos... de las provincias del Río de la Plata*, Tomo IV, Volumen B, Buenos Aires, Librería Nacional de J. Lajouane & Cía.

TERRADA, J.

[1808] Diario de la expedición a Salinas al mando de Juan Ignacio Terrada. Biblioteca Nacional de Rio de Janeiro, I 29, 11, 19.

VARELA, J.

[1783] 1972. Respuesta de este Capitán de navío al Virrey, sobre el reconocimiento y diario de Villarino. En Pedro de Angelis: *Colección de obras y documentos... de las provincias del Río de la Plata*, Tomo VIII, Volumen B, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra.

VIEDMA, F.

[1779] Informe de don Francisco Biedma sobre el Carmen de Patagones. En Archivo General de la Nación, Biblioteca Nacional, Legajo 196.

[1779] 1938. Informe de Fr. de Viedma al virrey Vértiz del 17 de junio de 1779. Explotación de la zona de Rio Negro. *Revista de la Biblioteca Nacional*, II (7): 419-423, Buenos Aires.

[1780] 1938. Documento relativo a la expedición de Juan de la Piedra a las bahías Sin Fondo y San Julián, emprendida el 14 de Diciembre de 1778. *Revista de la Biblioteca Nacional*, II (6): 364-384. Buenos Aires. Reproducción de copia realizada en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro. [Comienza en diciembre de 1778, finaliza en septiembre de 1780].

[1781] Continuación del diario de los acontecimientos y operaciones del nuevo establecimiento del Rio Negro en la costa Patagónica desde 1º de octubre de este año hasta el día ultimo de su fecha. En Archivo General de la Nación, Buenos Aires 327. Documento original. [Comienza en octubre de 1780, finaliza en enero de 1781].

[1781] 1938. Diario de Francisco de Viedma, sobre las exploraciones y descubrimientos en las zonas de Rio Negro. *Revista de la Biblioteca Nacional*, nº 7, tomo II, Buenos Aires.

[1783] 1972. Oficio del intendente al virrey Vértiz sobre el reconocimiento y diario de Villarino. En Pedro de Angelis: *Colección de obras y documentos... de las provincias del Río de la Plata*, Tomo VIII, Volumen B, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra.

[1784] 1910. Memoria sobre los obstáculos que han encontrado, y las ventajas que prometen los establecimientos de la costa Patagónica.... En Pedro de Angelis: *Colección de obras y documentos... de las provincias del Río de la Plata*, Tomo I, Buenos Aires, Librería Nacional de J. Lajouane & Cía.

VILLARINO, B.

[1779] Diario de la descubierta al Río Colorado. En Archivo General de la Nación, Biblioteca Nacional, Legajo 167. Colección Félix Frías. Copia realizada en la Biblioteca Nacional de Rio de Janeiro.

[1780] Diario de los reconocimientos del Río Colorado, Bahía de Todos los Santos, e internación del Río Negro hecho por el 2º Piloto de la Real Armada D. Basilio Villarino. En Archivo General de la Nación, Biblioteca Nacional, Legajo 167. Colección Félix Frías. Copia realizada en la Biblioteca Nacional de Rio de Janeiro.

[1781] 1972. Diario de la navegación emprendida en 1781 desde el río Negro, para reconocer la Bahía de Todos los Santos, las islas del Buen Suceso, y el desagüe del río Colorado. En Pedro de Angelis: *Colección de obras y documentos... de las provincias del Río de la Plata*, Tomo VIII, Volumen B, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra.

[1782] 1972. Diario del piloto de la Real Armada D. Basilio Villarino del reconocimiento que hizo del Río Negro en la costa oriental de Patagonia... En Pedro de Angelis: *Colección de obras y documentos... de las provincias del Río de la Plata*, Tomo VIII, Volumen B, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra.

ZIZUR, P.

[1781] 1973. Diario a Sierra de la Ventana... En Vignati, M: Un diario inédito de Pablo Zizur, *Revista del Archivo General de la Nación* 3: 65-116, Buenos Aires.

[1786] 1910. Diario de la expedición a Salinas... En Pedro de Angelis: *Colección de obras y documentos... de las provincias del Río de la Plata*, Tomo V, Buenos Aires, Librería Nacional de J. Lajouane & Cía. (edit.).